

Réplica a Maximino, obispo arriano

Traductores: PP. José María Ozaeta, OSA y Teodoro C. Madrid , OAR

Libro primero

Sobre los dos dioses

1. A lo que afirmaste acerca de los dos dioses, responderé con tus mismas palabras. Dijiste que vosotros adoráis a un solo Dios. A esto dije: "Por consiguiente, o no adoráis a Cristo o no adoráis a un solo Dios, sino a dos". Intentaste responder a mi deducción hablando en demasía y sosteniendo que también adoráis a Cristo Dios. Y aunque no negaste que adoráis a dos dioses, tampoco te atreviste a confesarlo. Te percataste que los oídos de los cristianos no podían soportar el tener que escuchar que hay que adorar a dos dioses. ¡Oh cuán en breve te corregirías si temieras creer lo que temes decir!

Pues, como proclama el Apóstol: Con el corazón se cree para conseguir la justicia, y con la boca se confiesa para conseguir la salvación. Si piensas que para la consecución de la justicia pertenece lo que crees, ¿por qué no reconoces que para la salvación se necesita la confesión oral? Porque si se admite que para la salvación no es preciso adorar a dos dioses, sin duda alguna tampoco será necesario creerlo para conseguir la justicia. Luego tú, que no quieres condenar a tu boca con semejante confesión, ¿por qué no cambias tu corazón, apartándole de tal creencia? Sostén con la Católica que el Padre no es el Hijo y que el Hijo no es el Padre; que Dios es Padre y que Dios es Hijo; y, sin embargo, ambos simultáneamente no son dos dioses, sino uno. Sólo de este modo podrás adorar al Padre y al Hijo.

Y no digas que los adoras como a dos dioses, y no como a uno, no sea que tu conciencia se sienta herida por el delito de impiedad, cuando suenen en tus oídos los dichos divinos: *No hay más que un único Dios*¹; *Escucha, Israel: el Señor, tu Dios, es un único Señor*²; y cuando oigas: *Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo servirás*³. Puedes estar seguro que no sólo al Padre, sino también al Hijo se debe dar el culto, que únicamente se tributa al único Dios. Recuerda, pues, que no respondiste a lo que te objeté, a saber: que vosotros no adoráis a un solo Dios, sino a dos.

Sobre los contagios humanos

2. En segundo lugar traté contigo de aquellas palabras tuyas que decían: "Dios Padre no descendió a los contagios humanos". Según esto, Cristo, al asumir la carne, se vio afectado por ellos. Te advertí en qué sentido se suele entender el término "contagio"; es decir, en relación con algún vicio. Y sabemos que Cristo estuvo inmune de toda clase de vicios. Tampoco a esto pudiste responder. Pues los divinos testimonios que citaste no te sirvieron para tu propósito, ya que no pudiste probar que Cristo estuvo contaminado con el contagio humano.

Adujiste el texto del Apóstol: *Porque Cristo, no siendo pecador, se hizo pecado por nosotros*. Léelo con más atención. Y no sea que tuvieras entre las manos un código equivocado o el intérprete latino hubiera errado, recurre al griego, y en esa lengua comprobarás que Cristo no se hizo pecado por nosotros, sino que Dios Padre hizo pecado al mismo Cristo, esto es, le hizo sacrificio por el pecado. Pues dice el Apóstol: *Os suplicamos en nombre de Cristo, reconciliaos con Dios; a quien no conoció el pecado, le hizo pecado por nosotros*⁴. Porque no se hizo él mismo pecado, sino Dios le hizo pecado

por nosotros, a saber, y como ya dije, le hizo sacrificio por el pecado. Pues si recuerdas o repasas, encontrarás en los libros del Antiguo Testamento que se llaman pecados los sacrificios por los pecados.

También la semejanza de la carne de pecado, en la que vino a nosotros, se denomina pecado: *Envió Dios a su Hijo en la semejanza de la carne de pecado, y del pecado condenó el pecado en la carne*⁵; es decir, de la semejanza de la carne de pecado, que era la suya, condenó el pecado en la carne de pecado, que es la nuestra. Por esto, también se dice de él: *Porque lo que murió al pecado, murió una sola vez; mas lo que vive, vive para Dios*⁶. Pues murió una sola vez al pecado, porque murió a la semejanza de la carne de pecado, cuando al morir se despojó de la carne; significando por este misterio que los que son bautizados en su muerte, mueren al pecado para vivir para Dios.

Del mismo modo, por la carne se hizo en favor nuestro objeto de maldición⁷, pues, colgado en un palo, la muerte, que venía por una maldición de Dios, fue clavada en la cruz. Así, *nuestro hombre viejo fue con él crucificado*⁸, para que no se entienda equivocadamente aquel dicho de la Ley: *Maldito todo el que está colgado de un madero*⁹. ¿Qué quiere decir *maldito* sino que *eres tierra y volverás a la tierra*?¹⁰ ¿Y qué significa *todo* sino que también el mismo Cristo, siendo la vida, padeció una verdadera muerte, no fingida? Si entendiérais estos misterios, también entenderíais que no son contagios. Pero ¿qué nos importa si, según tu modo de hablar, acaso quisiste llamar contagio al contacto con los mortales, mientras que admitas con nosotros que el Señor Jesús no tuvo pasado ni en el espíritu ni en la carne?

Sobre el Dios invisible

3. En tercer lugar, tratando del Dios invisible, te exhorté a que creyeras que era invisible, no sólo el Padre, sino también el Hijo, según la divinidad, no según la carne, en la cual ¿quién negará que apareció visible a los mortales? Más adelante discutí de esto en otro lugar. Pero tú, sometiéndote a la verdad evidente, consentiste en afirmar que el Hijo es invisible y, en consecuencia, rechazaste lo que habías afirmado, esto es, que "el único invisible es el Padre".

Pero después asustado por tu concesión, según la cual el Hijo es también invisible, te atreviste a decir que lo menor es visto por lo mayor, mientras que lo mayor no puede ser visto por lo menor. Así, los ángeles son vistos por los arcángeles, las almas son vistas por los ángeles, pero los ángeles no son vistos por las almas. De aquí deduces que Cristo, según la sustancia de su divinidad, no es visto ni por los hombres ni por las virtudes celestes. Y por eso sostuviste que sólo el Padre es invisible, puesto que no hay otro ser superior que le pueda escrutar. Dinos, te lo ruego, ¿cuándo te indicaron los arcángeles que ellos ven a los ángeles y que no son vistos por éstos? ¿Conociste, por revelación de los ángeles, que ellos ven a las almas y éstas no les ven? ¿De quién oíste esto? ¿En dónde lo aprendiste? ¿En dónde lo leíste? ¿Por ventura no sería preferible que concentraras tu atención en los Libros Divinos, pues en ellos leemos que los ángeles fueron vistos por los hombres cuando quisieron y como quisieron ser vistos, ordenándolo y permitiéndolo el Creador de todos?

Sin embargo, tú, que afirmaste que "sólo el Padre" podía ser llamado "invisible, porque no tenía otro ser superior que le escrutase", después confesaste que es visible al Hijo, aduciendo contra ti mismo el testimonio evangélico, en el que el Hijo dice: *No porque al Padre le haya visto alguien, sino el que es de Dios, ése ha visto al Padre*¹¹. Aquí se ve clarísimamente que la verdad te vence; pero tú no quieres ser librado del error, no quisiste ser vencido saludablemente. Pues, citando contra ti mismo el testimonio evangélico, según el cual aparece claro que el Padre es visto por el Hijo, ya que el mismo Hijo lo dice:

El que es de Dios, ése ve al Padre, después, añadiste de tu propia cosecha: "Pero vio al incomprendible".

Entre tanto te perdiste lo que habías dicho, a saber: que sólo el Padre es invisible, pues no tiene otro ser superior; pero, vencido por la verdad, confesaste que el Padre es visto por un inferior. Pues sostuviste, obligado por el testimonio del Hijo, que vosotros afirmáis que el Hijo es inferior al Padre, y sin embargo le ve.

Más adelante hablaremos del incomprendible para que también entonces la verdad te venza. De todos modos, la cuestión que se ventilaba entre nosotros no era sobre el comprendible e incomprendible, sino sobre el visible e invisible. Y en esta cuestión te verás vencido, si reconoces que tú mismo eres visible para ti.

Sobre el Dios inmortal

4. En cuarto lugar traté contigo de la inmortalidad de Dios, aplicada también al Hijo. Porque tú querías que aquello que dice el Apóstol: *El cual solo tiene la inmortalidad*¹², se entendiera como si únicamente del Padre hubiera sido dicho; cuando Pablo no dijo esto del Padre, sino de Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Demostré, consecuentemente, que también el Hijo tiene la inmortalidad según la sustancia de su divinidad; pues, según la carne, ¿quién negará que fue mortal? Pero tú, queriendo responderme a este lugar, te viste obligado por la evidencia a confesar que también Dios Hijo tiene la inmortalidad. Así fuiste vencido por lo mismo que sostenías: que el Apóstol tan sólo atribuía al Padre la inmortalidad.

Sin embargo, tampoco conseguiste romper los vínculos de la verdad al decir que "el Hijo tiene ciertamente la inmortalidad, pero recibida del Padre". No se trataba de dónde la tenía, sino si la tenía. Tú quieres que se entienda únicamente del Padre lo que está escrito: *solo él tiene la inmortalidad*¹³. El Padre tiene la inmortalidad sin recibirla de otro; también el Hijo tiene la inmortalidad, pero recibida del Padre. Sin embargo, tanto el Padre como el Hijo tienen la inmortalidad. Por lo demás, si el Hijo no la tuviere, sería o porque el Padre no se la hubiera dado, o porque el Hijo, una vez recibida, la hubiera perdido. Pero el Padre se la dio y el Hijo no la perdió. El Padre no perdió al dar lo que dio, engendrando. Por tanto, el Padre y el Hijo tienen la inmortalidad; ésta no es exclusiva del Padre. Así, te viste en la necesidad de confesar que no sólo se había dicho del Padre: *El cual solo tiene la inmortalidad*, pues ya te habías visto obligado a reconocer que también el Hijo tenía la inmortalidad. La inmortalidad *únicamente* la tiene Dios, que no sólo es el Padre, sino que también el Hijo y el Espíritu Santo de ambos son un solo Dios.

Pero por qué de solo Dios se diga que tiene la inmortalidad, siendo así que el alma, a su modo, es inmortal, lo mismo que otras criaturas espirituales y celestes, esto lo veremos más tarde. Ahora nos basta saber que a lo que te dije fuiste incapaz de responder y no te quedó más remedio que confesar que no sólo el Padre tiene la inmortalidad, sino también el Hijo, aunque la haya recibido del Padre.

En qué sentido el Padre es mayor

5. En quinto lugar mostré por qué el Padre es mayor que el Hijo. No porque, en cuanto Dios, sea mayor, pues el Hijo es coeterno a él, sino porque el Hijo se hizo hombre en el tiempo. Con ese motivo cité el testimonio apostólico: *Porque, siendo de condición divina, no consideró usurpación el ser igual a Dios*¹⁴. En efecto, era igual a Dios por naturaleza, no por usurpación. A esto respondiste: "¿Quién negará que el Hijo existe en la forma de Dios? Creo que ya he expuesto por extenso que el Hijo es Dios, que es Señor, que es Rey. Y que no juzgó usurpación el ser igual a Dios nos lo enseña Pablo, y nosotros no decimos que lo usurpara". Tus palabras no demuestran nada en contra de nuestra tesis;

es más, parece que están a favor nuestro. Pues si confieras que el Hijo tiene la forma de Dios, ¿por qué no confieras sin tapujos al Hijo de Dios igual a Dios? Sobre todo teniendo en cuenta las palabras del Apóstol: *No consideró usurpación el ser igual a Dios*. Te fue imposible encontrar respuesta a favor de tu interpretación. Y puesto que no pudiste negar que el Apóstol enseñase esto, por eso dijiste que "tampoco nosotros decimos que él lo usurpara"; como si fuera lo mismo *no usurpó* la igualdad con Dios que no la tuvo, Y así, se dijo: *No consideró usurpación el ser igual a Dios*, esto es, no consideró que la igualdad con Dios tenía que usurparla, porque carecía de ella. Porque el que se apodera de lo ajeno es un usurpador. Como si el Hijo, pudiendo, no quisiese usurpar la igualdad con Dios. Ya ves cuánta necedad aflora aquí. Luego entiende por qué el Apóstol dijo: *No consideró usurpación el ser igual a Dios*, pues no consideró que le fuera ajeno ser lo que le pertenecía por nacimiento.

Sin embargo, y aunque consideró que la igualdad con Dios no le era ajena, sino propia, se *humilló*¹⁵, no buscando su interés, sino nuestro bien. Sabiendo tú que esto es así, presta atención cómo llega el Apóstol a esta enseñanza. Pues cuando mandó a los cristianos la humildad de la caridad: *Considerad los unos a los otros como superiores, buscando cada cual no sus ventajas, sino las de los otros*; a continuación dijo, para exhortarles con el ejemplo de Cristo a no buscar o procurar lo propio, sino lo de los demás: *Cada uno de vosotros tenga los mismos sentimientos que tuvo Cristo: el cual, siendo de condición divina, pues le era propia, no consideró usurpación*, es decir, no consideró que le era ajeno *el ser igual a Dios*. Pero, buscando nuestro bien y no el suyo, se *humilló*, no perdiendo la forma de Dios, sino *tomando la forma de siervo*¹⁶. Pues la naturaleza divina no es mudable, para que pudiera rebajarse perdiendo lo que era, sino que asumió lo que no era; tampoco disipó lo que le era propio, sino que tomó lo nuestro.

Por fin, tomando la forma de siervo, en cuanto hombre se hizo obediente *hasta la muerte de cruz*. *Por lo cual, Dios le exaltó y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre*¹⁷, etc. Esto se lo concedió al hombre, no a Dios. Porque, existiendo en la forma de Dios, era excelso, y ante él debía doblarse toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos. Sin embargo, cuando se dice: *Por lo cual, Dios le exaltó*, aparece suficientemente claro por qué le exaltó: por su obediencia *hasta la muerte de cruz*. Luego fue crucificado en la forma de siervo y en la misma fue exaltado, recibiendo *el nombre que está sobre todo nombre*, para que, con la misma forma de siervo, sea llamado Hijo Unigénito de Dios. Así, pues, no hagas a la forma de Dios desigual a Dios. Ni siquiera entre los hombres puede afirmarse esto, porque, cuando se dice, este hombre existe en la forma de aquel otro, todos entienden que son iguales.

Acaso no quieres que interpretemos lo dicho: *Existiendo en la forma de Dios*, de modo que en la forma de Dios Padre se entienda al Hijo, cuando sólo se pretende establecer la igualdad de ambos; en cambio, pensarías que *en la forma de Dios* se había de entender su propia forma, ya que también es con toda certeza Dios. No me preocupa gran cosa si prefieres esta interpretación. Porque el crecimiento en edad no le proporciona la plenitud de la forma, sino que, por generación divina, ha nacido Hijo perfecto. No cabe la menor duda de que si la forma del Hijo no es igual a la forma del Padre, no es verdadero Hijo. Así está escrito: *Para que seamos en el verdadero Hijo suyo, Jesucristo*¹⁸. Pues la forma del verdadero Hijo no puede ser desigual a la forma de Dios Padre. En consecuencia, tampoco a este punto de mi exposición, en el que corroboré con las palabras del Apóstol la igualdad del Hijo y del Padre, pudiste responder algo en favor de vuestro intento.

Sobre los verdaderos hijos d los animales

6. En sexto lugar, a fin de manifestarte que el Hijo es de la misma naturaleza que el Padre, objeté contra vuestro absurdo error, recurriendo también al parto de los animales,

para así acusar a vuestro espíritu, ya que negáis que Dios Hijo sea de la misma naturaleza que el Padre, aunque no neguéis que sea verdadero Hijo. Como el mismo Dios concedió a los animales que pudieran engendrar seres iguales a ellos, por eso llamé hijo no sólo al hombre nacido de otro hombre, sino también al perro engendrado por otro perro. Esto no lo afirmé por equiparación a la generación divina, sino para confusión de los que rebajan al Hijo de Dios. Estos, viendo que las naturalezas corruptibles y mortales tienen la unidad de naturaleza con sus padres, sin embargo no quieren admitir que el Hijo tiene en común con el Padre la misma naturaleza, pues es inseparable del Padre, e incorruptible y eterno con el Padre.

Por eso, también dije que, según vuestro sentir, la condición humana era mejor, pues puede crecer, y creciendo, los hijos pueden llegar a la perfección de sus padres. Pero el Hijo de Dios, conforme decís y enseñáis, es engendrado menor que el Padre y así permanecerá, de modo que no le es posible llegar a la forma del Padre, no le es posible crecer. A lo dicho, para que se vea el inmenso peso de la verdad que te oprime, no pudiste responder absolutamente nada, sino que como aquel que anhela el aliento por carecer de él, juzgaste que yo debía ser amonestado, diciendo que tan baja comparación, esto es, la del hijo de un hombre y la de un perro, no debía ser aplicada a tan excelsa inmensidad.

¿A esto se llama responder o, mejor, manifestar la carencia de respuesta? Como si yo hubiera propuesto estos ejemplos de las naturalezas terrenas, para igualar la corrupción a la incorrupción, la mortalidad a la inmortalidad, lo visible a lo invisible, lo temporal a lo eterno; y no, principalmente, para que vosotros, que erráis en las cosas grandes y sublimes, os convenzáis por medio de las cosas pequeñas e íntimas, pues no os parece bien que el Creador sumamente bueno concediera también a las criaturas últimas y despreciables, que distan abismalmente de lo que él es, el poder engendrar lo que ellas son.

Ni os fijáis en la infamia que sostenéis, pues como los hombres y los perros y otros seres parecidos tengan verdaderos hijos, a los que ellos, engendrando, la verdad ha creado, no admitís que el verdadero Hijo de Dios sea la misma verdad. Porque si, obligados por la Sagrada Escritura, concedéis que sea verdadero Hijo, os rogamos que no permitáis que sea un degenerado. ¿Cómo sería un degenerado? Escuchen los católicos de qué tienen que avergonzarse los herejes. Al hijo de un hombre robusto, si carece de fortaleza, se le llama degenerado, y, sin embargo, es hombre, lo mismo que su padre; y aunque tenga un modo de vida desemejante a su padre, no tiene una sustancia distinta de él. Pero vosotros queréis que el Hijo Unigénito de Dios sea de tal modo un degenerado, que le negáis la misma sustancia de su Padre. Alardeáis de que nació menor y permanece menor; no le concedéis edad alguna para que pueda crecer, no le dais la misma forma por la que pueda ser igual al Padre. Quitáis tanto de su naturaleza que me admiro con qué cara podéis llamarle verdadero Hijo, a no ser que penséis, conforme a vuestro miserabilísimo error, que sólo se puede llegar a la gloria del único Padre por la afrenta del único Hijo.

Sobre la grandeza del Hijo

7. En séptimo lugar dije: "Hasta tal punto reconocemos al Hijo gran Dios, que le proclamamos igual al Padre. Así, sin razón alguna, quisiste probarnos con testimonios y mucha palabrería lo que nosotros confesamos con energía". A estas palabras mías añadí una exposición, en la que daba razón de por qué el Hijo, que es igual al Padre, sin embargo le llama Dios suyo. En este sentido dice: *Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios*¹⁹. Pues recordaste este testimonio evangélico, pensando que con él probabas que el Hijo no era igual al Padre. Yo, en respuesta a tu interpretación, dije

que el Padre es Dios Unigénito, en cuanto que éste se hizo hombre y nació de una mujer. Y esto responde a lo que dice el salmo, que predijo lo que acontecería en el futuro: *Tú eres mi Dios desde el vientre de mi madre*²⁰; en donde se manifiesta que el Padre es su Dios, ya que el Hijo se hizo hombre. Porque como hombre nació del seno de una madre y en cuanto Dios hecho hombre nació de una virgen para que no sólo fuera Padre suyo el que le había engendrado de sí mismo, sino que también fuera su Dios el que le había creado hombre del seno de una madre. Queriendo responder a esto, hablaste mucho y adujiste muchos testimonios, que en nada te favorecían. Pues de ningún modo pudiste descubrir por qué se dijo: *Tú eres mi Dios desde el vientre de mi madre*, aunque recordaste las mismas palabras de la Sagrada Escritura.

Por qué citaste en el mismo lugar el testimonio de otro salmo, a saber: *Contigo el principado en el día de tu poder, en los esplendores de los santos, te engendré del seno antes de la aurora*²¹, en absoluto lo veo, pues no es la persona del Hijo la que dice desde tu seno o desde tu vientre tú eres mi Dios. Si a aquella divina generación también se la puede designar con la expresión "desde el seno del Padre", esto significa que Dios engendró a Dios de sí mismo, es decir, de su propia sustancia: como cuando nació del seno de su madre el hombre engendró al hombre.

Así, podemos entender que en ambas generaciones no son distintas las sustancias del que nació y de los que lo engendraron. Ciertamente es distinta la sustancia de Dios Padre y del hombre-madre; pero no es diversa la sustancia de Dios Padre y de Dios Hijo, como no es diversa la sustancia del hombre-madre y del hombre-hijo. De todos modos escucha lo que dice este Hijo en la profecía: *Tú eres mi Dios desde el vientre de mi madre*²². No pretendas oscurecer con muchas palabras innecesarias para el tema lo que está más que claro. El que, desde su seno, es Padre del Hijo, es su Dios desde el vientre de una madre y no desde el suyo. En absoluto pudiste responder a esto.

Sobre la sujeción del Hijo

8. En octavo lugar te contesté a lo de la sujeción por la que el Hijo está sometido al Padre. Pues dijiste: "Con su sometimiento indica la existencia de un solo Dios". Te respondí que puede entenderse correctamente que el Hijo, en cuanto hombre, esté sujeto al Padre. No hay por qué admirarse de esto, puesto que se lee con toda claridad que, según la forma de siervo, estuvo sujeto a sus padres. También de él estaba escrito: *Le hiciste algo inferior a los ángeles*²³. A todo esto tú, como si intentaras dar una respuesta, dijiste que me había expresado muy bien, pues, en la forma de siervo, también estuvo sujeto a sus padres. Después, como queriendo inclinar a tu favor lo que veías que estaba en contra tuya, y así poder engañar a los incautos y a las personas poco atentas que esto leyeren; como si te obligara a responder, cuando nada tenías que decir, añadiste: "Si se presenta sometido a sus padres, que los había creado, ya que todo fue creado por él, porque no conocemos al Hijo engendrado por el Padre después de los tiempos, sino antes de los tiempos: si, pues", repites, "estuvo sometido a sus padres, conforme a la autoridad de la Sagrada Escritura, que lo proclama con la máxima claridad, ¿cuánto más estará sometido a su Padre, que le engendró tan grande y de tanta categoría?" Así lo dice Pablo: *Cuando todas las cosas estuvieren sometidas al Hijo, entonces el mismo Hijo también estará sometido a aquel que le sometió todas las cosas*²⁴. Estas palabras tuyas puede parecer que fueron dichas por mí, y sin duda me serían atribuidas si no fuera porque los presentes las oyeron cuando las pronunciaste, y luego, al leerlas, aparece con claridad que tú las dijiste. Pues ¿quién creerá que podéis consentir con nosotros en afirmar que Cristo estuvo sujeto al Padre según la forma de siervo, pero no según la forma de Dios?

Si el Espíritu Santo adora al Padre

9. En noveno lugar pretendíamos que nos mostraras por las Sagradas Escrituras, si eras capaz de ello, si el Espíritu Santo adora al Padre. Pues esto afirmaste. Pero como tu misma exposición, a la que respondí, lo indica suficientemente, no lo probaste. Ve, por tanto, qué respondiste a mi pregunta con tu posterior explicación. Porque dijiste cuanto quisiste sobre el juicio del Hijo, lo cual nosotros creemos fielmente, y sobre su sujeción, que no negamos que, según la forma de siervo, el Hijo debe al Padre.

Después pasaste a probar que el Padre es adorado por el Espíritu Santo, recurriendo a aquellos gemidos, sobre los que ya te había respondido según el uso de las Sagradas Escrituras, en las que se dice: *Y el mismo Espíritu ruega con gemidos inenarrables*²⁵. No vayamos a creer que el Espíritu Santo nunca puede existir sin gemir, pues no se encuentra ningún día, ninguna hora, ningún instante, en que los santos no dirijan oraciones a Dios en todas partes, unos aquí y otros en aquel lugar. Ahora bien: como no hay tiempo sin que los santos oren, puesto que tanto de día como de noche no faltan ciertamente los que oran movidos por el deseo santo, mientras otros comen y beben, otros hacen otra cosa y otros duermen; así sucedería que el Espíritu Santo, que en todas partes asiste a todos, no podría por un breve rato dejar de gemir, lo cual es la máxima miseria, ya que cualquier persona que desee orar le obligaría a gemir. A no ser que rogar con gemidos inenarrables se entienda como yo lo dije, a saber: que el Espíritu Santo hace rogar a los santos con gemidos de deseos santos, pues él infunde el pío afecto de la gracia espiritual.

Pero como expliqué que se dan semejantes modos de expresarse, cuando por la causa eficiente se significa el efecto producido, por ejemplo, cuando llamamos al frío perezoso, porque nos vuelve perezosos, y al día triste o alegre, porque nos hace estar tristes o alegres. También recordé lo que nos enseñan las Sagradas Escrituras. Así, dice Dios a Abrahán: *Ahora conozco*²⁶, que no es otra cosa sino decir: "Ahora hago que conozcas". Pues no se puede admitir que entonces conociese, cuando lo que antes de ser hecho jamás pudo ignorarlo. Respecto a estos modos de hablar, que tomé de la Palabra Divina, no encontraste otra posible interpretación. Por eso, de ningún modo debiste recurrir de nuevo a los gemidos. Pues nadie siente así del Espíritu Santo, sino los carnales, pero no los que entienden según el espíritu.

Y aunque se te concediera lo que tú sientes, esto es, que el Espíritu Santo ruega de esa manera en favor de los santos, has de saber que una cosa es rogar u orar y otra adorar. Todo el que ora, ruega; no todo el que adora, ruega; ni todo el que ruega, adora. Recuerda las costumbres con los reyes: muchas veces son adorados, y no se les pide nada; algunas veces se les pide algo, y no se les adora. Por lo dicho, bajo ningún concepto pudiste demostrar que el Padre es adorado por el Espíritu Santo.

Cómo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un único Dios

10. En décimo lugar disputé contigo para que entendieras cómo la Trinidad, de la que decimos que es de una sola sustancia, por aquella inefable unión, es un único Dios. Porque también encontramos diversas sustancias que forman un ser. Así, el espíritu del hombre y el espíritu del Señor, en virtud de la unión del hombre con Dios, forman un solo espíritu, según enseña el Apóstol: *El que se une al Señor se hace un solo espíritu con él*²⁷. Respondiendo tú a esto, o mejor, no callando, pretendiste demostrar cómo el Padre y el Hijo sean uno: no por la unidad de la naturaleza, sino por la unidad de la voluntad. Pues acostumbráis decir esto. pero sólo cuando se os objeta con aquel dicho del Señor: *Yo y el Padre somos uno*²⁸.

Sin embargo, no quise probar con este texto que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son

uno, lo cual creemos fielmente y con toda certeza, en virtud de la unidad de la sustancia, sino que la misma Trinidad es un único Dios. Porque una cosa es son uno, y otra es un solo Dios. Distingue entre es y son. El Apóstol no dijo: "Los que se unen al Señor son uno", pues entre ellos la sustancia es distinta, sino: *El que se une al Señor es un espíritu con él*. Ahora bien: si vosotros, cuando de dos se afirma que es uno (en masculino) y que se especifica qué sea ese uno, como dice el Apóstol: *es un espíritu*, pensáis que es lo mismo que cuando de dos se dice que son uno (en neutro) y no se explica qué sea ese uno, conforme a la afirmación del Salvador: *Yo y el Padre somos uno*, ¿por qué no decís que el Padre y el Hijo son un solo Dios? ¿Por qué cuando oís: *Escucha, Israel: el Señor, tu Dios, es un único Señor*²⁹, pretendéis que se refiera exclusivamente al Padre? Puesto que el Padre es Señor Dios y el Hijo es Señor Dios, ¿por qué para vosotros no son los dos un solo Señor Dios, como para el bienaventurado Apóstol el espíritu del hombre y el Espíritu del Señor *son un solo espíritu*? ¿Qué aprovecha a vuestra causa que digáis que esto se realiza por la conformidad de la voluntad? Es cierto que se da esa conformidad.

Pero sólo donde hay diversidad de naturalezas, como diversas son las naturalezas del hombre y del Señor, se puede decir: *el que se une al Señor*, ciertamente por la conformidad de la voluntad, *es un espíritu con él*. Por consiguiente, si no queréis afirmarlo por la unidad de la sustancia, afirmadlo por la conformidad de la voluntad. Decid alguna vez, decid de algún modo, que el Padre y el Hijo son un único Dios. Sin embargo, no lo decís, no sea que os veáis obligados a confesar lo que nunca quisisteis admitir: que se dijo de los dos, y no sólo del Padre, *Escucha, Israel: el Señor, tu Dios, es un único Señor*³⁰.

Y porque no queréis aceptar que el Espíritu Santo sea Dios, tampoco queréis confesarle como Señor. Decid, os lo repito, en qué razón os fundáis para profesar que el Padre y el Hijo son un único Señor Dios, a fin de que, sirviendo al Padre y al Hijo, no sirváis a dos dioses y a dos señores, contra el precepto de Dios, sino a un solo Señor. Sobre esta cuestión ya se ha dicho más que suficiente. Pienso que, cuando leas esto, si depones la rivalidad, no negarás que no pudiste responder nada al texto del Apóstol que cité: *El que se une al Señor es un espíritu con él*³¹.

Sobre el templo del Espíritu Santo

11. En undécimo lugar demostré que el Espíritu Santo es Dios con el testimonio del Apóstol sobre el templo del Espíritu Santo, que somos nosotros: *¿Ignoráis que sois templo de Dios y el Espíritu de Dios habita en vosotros?*³² Y en otro lugar: *¿No sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, y habéis recibido de Dios?*³³ A esto no respondiste absolutamente nada. Pero sí dijiste: "Admito el texto que has presentado: *¿Ignoráis que sois templo de Dios y el Espíritu de Dios habita en vosotros?*" Y añadiste: "Dios no habita en un hombre si antes no ha sido santificado y purificado por el Espíritu". De este modo quisiste dar a entender que el Espíritu Santo no debe llamarse Dios, y que nosotros no podemos ser templo suyo, sino de Dios, pues en este sentido se dijo: *Sois templo de Dios*. Y cuando se añade: *El Espíritu de Dios habita en vosotros*, es para significar que el Espíritu Santo purifica el templo de Dios, no el suyo; y sólo, una vez limpiado, habitará Dios en ese templo.

Ahora no pretendo exponer los absurdos que se siguen de tu interpretación. Pero sí debo manifestar que, hablando sin parar, nada dijiste sobre el tema. Pues dejaste de lado la cuestión y pasaste a las alabanzas del Espíritu Santo que expusiste copiosamente en contra tuya. Y digo que fueron expuestas en contra tuya, ya que no quieres llamarle Dios, y, sin embargo, te viste obligado con tanta alabanza a confesar su divinidad. Porque afirmaste que es único, que está presente en todas partes, que no falta a nadie para

santificarle; que se manifiesta en cualquier parte que alguien quiere ser cristiano y desea rogar a Dios, asistiendo simultáneamente a todos los que han de ser bautizados en Cristo, ya sea en Oriente o en Occidente. Esto también lo decimos nosotros. Pero lejos de nosotros el negar la divinidad al que aplicamos tales y tantas alabanzas. También se demuestra lo mismo con prontitud y facilidad por medio de lo dicho sobre su templo, que somos nosotros mismos, ya que si no fuera nuestro Dios, no podíamos ser su templo.

Tú, para ocultarlo y con tu exposición apartar las mentes de los hombres de la luz de la verdad, no quisiste que se entendiera del Espíritu Santo todo lo que dijiste del templo de Dios. Callaste por completo lo dicho sobre el templo del Espíritu Santo, lo cual había quedado demostrado con toda evidencia. Pues como te citara dos testimonios del apóstol Pablo: uno, *¿No sabéis que sois templo de Dios y el Espíritu de Dios habita en vosotros?*³⁴; y el otro, *¿Ignoráis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, que está en vosotros?*³⁵, ¿por qué actuaste tan arteramente que citaste uno: *Sois templo de Dios*, y omitiste el otro: *Vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, que está en vosotros?* Te ruego que me expliques por qué hiciste esto. ¿No será porque de ningún modo podías argumentar que quien nos tiene de templo no podía menos de ser Dios? Pues no cabe la menor duda que le reconoceríamos como Dios si la Sagrada Escritura nos ordenara construirle un templo de madera y piedras.

Sobre aquello según lo cual el Padre y el Hijo son uno

12. En duodécimo lugar te advertí que manifestaras, si te era posible, qué autoridad divina dijo que sean uno (en neutro), cuando las sustancias son diversas. Tú, queriendo responder a mi pregunta, no pudiste presentar ningún argumento. Pero te atreviste a afirmar, obligado por enormes agobios, que los apóstoles son uno con el Padre y el Hijo. Esto de ningún modo lo dijo Cristo. Así, pues, fue dicho por ti que el Padre y el Hijo y los apóstoles son uno. Porque Cristo no dijo: "Para que ellos y nosotros seamos uno", sino: *Para que sean uno, como también nosotros somos uno.*

Voy a citar las mismas palabras del Evangelio. Cristo dijo *Padre santo, guarda en tu nombre a los que me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno.* ¿Acaso dijo: "Para que sean uno con nosotros", o: "Que ellos y nosotros seamos uno?" Poco después prosigue: *No ruego sólo por ellos, sino por todos los que han de creer en mí por medio de su palabra, para que todos sean uno.* Tampoco aquí dijo: "Para que sean uno con nosotros". Luego añadió: *Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros.* Aquí tampoco dijo: "Que seamos uno", o "Que sean uno con nosotros", sino: *Que sean uno en nosotros*, para dar a entender que los que son uno por naturaleza, puesto que son hombres, también sean uno en el Padre y en el Hijo, pero no sean uno con el Padre y el Hijo, es decir, no para que éstos y aquéllos sean uno. Aún añade: *Para que el mundo crea que tú me enviaste, y yo les di la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en la unidad*³⁶.

Habiendo repetido tantas veces: *Que sean uno*, no dijo en parte alguna: "Para que ellos y nosotros seamos uno", esto es, que sean uno con nosotros, sino que dijo: *en nosotros* o *como nosotros*, a saber: ellos en conformidad con su naturaleza y nosotros según la nuestra. Puesto que quería que ellos, que son uno por naturaleza, en cuanto que eran uno fuesen perfectos. Pues no porque dijo: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*³⁷, quería que ellos, por la unidad de naturaleza, estuvieran unidos a Dios, como si ellos y él tuvieran una e idéntica naturaleza; pero quiere que sean perfectos en su naturaleza, como Dios es perfecto en la suya, aunque ambas sean diversas y no una. Porque si no estamos en él, no podemos en modo alguno existir. Y no como en él están todos, porque él contiene todo lo que creó, por lo cual se dijo de él: *No se encuentra lejos*

de cada uno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos ³⁸; sino, como en él están aquellos de quienes se dijo: *Porque en otro tiempo fuisteis tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor* ³⁹. Asimismo se puede aplicar aquel otro pasaje: *El que quiera, que se case, pero sólo en el Señor* ⁴⁰.

No pudiste responder sobre lo que se dijo: "Son uno", de los que tenían no una, sino diversa sustancia; sin embargo, en un lugar oscuro quisiste insinuar que los apóstoles son uno con el Padre y el Hijo: como si los apóstoles, el Padre y el Hijo fuesen uno, cuando es claro que la sustancia de los apóstoles es distinta de la sustancia del Padre y del Hijo. Pero como jamás Cristo empleó las expresiones: "Para que ellos y nosotros seamos uno", o <"Sean uno con nosotros", resulta evidente que no pudiste respondernos y pretendiste engañar.

Sobre el testimonio que el Padre dio del Hijo

13. En decimotercer lugar te advertí que el Padre no es mayor que el Hijo porque diera testimonio de éste. Pues te recordé que también los profetas dieron testimonio de él, y no puedes sostener que ellos fueron mayores que el Hijo. Porque dijiste que Padre dio testimonio del Hijo, lo cual puede ser entendido como si quisieras probar con esto que el que da testimonio de uno es superior a éste. Pero, como en tu ulterior exposición omitiste por completo esto, interpreté tu silencio como si asintieras a mi postura.

Aunque también puede suceder que dijeras que el Padre dio testimonio del Hijo para probar de aquí que el uno y el otro son distintos, y no que el uno sea mayor que el otro. Es un dogma, común a vosotros y a nosotros contra los sabelianos, que uno es el Padre y otro el Hijo, pues el Padre no es el mismo que el Hijo. Los sabelianos enseñan que no son distintos personalmente, sino que el mismo Hijo es el Padre. Pero nosotros sostenemos que el Padre y el Hijo son dos personas distintas, aunque lo que es el Padre por naturaleza también lo es el Hijo.

Sobre el amor del Padre y del Hijo

14. En decimocuarto lugar, a lo que dijiste: "Leo amado y creo que el Padre es el que ama y el Hijo el que es amado", respondí: "De aquí deduces que entre el Padre y el Hijo hay diversidad de naturaleza, porque el Padre ama y el Hijo es amado; como si pudieras negar que el Hijo también ama al Padre". Esto en verdad dije, para que no negarais que los dos poseen una sola naturaleza, cuando afirmaste que uno ama y el otro es amado. En tu respuesta admitiste ciertamente que también el Hijo ama al Padre, pero no quisiste reconocer que también es de la misma naturaleza. Como si el Hijo amara al Padre del mismo modo que la criatura ama a su Creador, y no como el Unigénito ama al que le ha engendrado; pues queréis que el Hijo sea un degenerado por la diversidad de sustancia respecto a su Padre.

Sobre la invisibilidad de la Trinidad

15. En decimoquinto lugar dije, igualmente, que la Trinidad es invisible, y no sólo el Padre. Pero sólo el Hijo, en la forma de siervo, se apareció visiblemente, y por tener dicha forma pudo afirmar: *El Padre es mayor que yo* ⁴¹. Ahora bien: puesto que la divinidad se mostró a los padres, por eso sostuve que esa manifestación se realizó sirviéndose de una criatura, y no por su propia naturaleza, en virtud de la cual la Trinidad es invisible. Y para probarlo cité a Moisés, que le decía a aquel con quien hablaba cara a cara: *Si he hallado gracia delante de ti, muéstrate claramente a mí* ⁴²; para que entendieras cómo veía a aquél, al cual deseaba ver con mayor claridad. Pues, en verdad, si hubiera visto a Dios en

la misma sustancia por la que es Dios, ciertamente no le hubiera rogado que se le manifestara claramente.

También dije que Cristo es creador de lo visible e invisible, para probar que él no es visible en su propia sustancia, ya que por él fueron creadas no sólo las cosas visibles, sino también las invisibles. A esto intentaste responder, pero los que te lean verán que dijiste muchas cosas que no se referían al tema planteado. Tampoco te atreviste a decir nada sobre el caso de Moisés, que hablaba con Dios y, sin embargo, quería que se le manifestara claramente, lo cual resulta absurdo si veía su naturaleza o sustancia. Y aun no dejaste de afirmar que el Hijo es creador de lo invisible y que, antes de asumir la forma de siervo, fue visible en la forma de Dios, pero con anterioridad habías confesado que el Hijo, invisible en la sustancia de su divinidad, pudo ser visto en la forma de siervo.

Sobre el único Dios sabio

16. En decimosexto lugar, porque mantuviste que únicamente del Padre dijo el Apóstol: *Al solo Dios sabio*⁴³, yo repliqué: "Luego solo el Padre es Dios, sabio, y no es sabio la misma sabiduría de Dios que es Cristo, del cual dice el Apóstol: Cristo poder de Dios y sabiduría de Dios"⁴⁴. A continuación añadí: "Sólo falta que digáis (¿cómo no os atrevéis?) que es ignorante la sabiduría de Dios". A esto respondiste: "El bienaventurado apóstol Pablo sólo llama sabio al Padre, cuando dice: *Al solo Dios sabio*. Pero hay que averiguar la razón en virtud de la cual se denomina al Padre el solo sabio, pues Cristo también es sabio".

Luego proseguiste y añadiste cómo confiesas que también Cristo es sabio. Pues, después de trenzar algunas cosas, que no se referían a la cuestión, para de ese modo alargar tu intervención y el tiempo, introdujiste entre tus palabras lo siguiente: *Pero solo el Padre es verdaderamente sabio*. Como si el Apóstol hubiera dicho, "Al solo Padre sabio", cuando dijo: *Al solo Dios sabio*. Pues Dios es también el Hijo, lo cual vosotros admitís; y Dios es también el Espíritu Santo, aunque no lo queráis reconocer. Y esta Trinidad es el solo Dios sabio, que jamás pudo ni podrá ser ignorante; y no participa de la sabiduría por gracia, sino que es sabio por la inmovilidad e inmutabilidad de su naturaleza.

Pues si te dijere, oh hombre, que te glorías del nombre cristiano, ¿cómo Cristo es sabio, de forma que no sea verdaderamente sabio?; ¿luego Cristo, que es verdadero Dios, no es verdaderamente sabio? ¿Acaso no te turbarías con estos interrogantes, para responderme de inmediato que Cristo es verdaderamente sabio? ¿Pues qué es lo que dijiste: "el verdaderamente sabio es el Padre?" Seguramente que ya te has dado cuenta adónde llegaste a parar y de qué enorme blasfemia te debes retractar.

Sobre el Dios increado

17. En decimoséptimo lugar disputé contigo sobre el Hijo increado. También éste, y no sólo el Padre, es increado, a saber: no hecho. Pues dijiste que vosotros precisamente proclamáis un solo Dios, porque uno es por encima de todo no nacido, increado. De este modo respondí a tu audacia: "¿Por ventura afirmas que el Padre es increado, de modo que el Hijo, por quien todo fue hecho, sea creado?" Seguidamente añadí "Sabed que el Hijo fue creado, pero en la forma de siervo. Pues en la forma de Dios no puede ser creado, ya que por él todo fue hecho. Si, en consecuencia, él fue hecho, por él no fue creado todo, sino lo restante". A esto tú, con todo lo prolijo de tu exposición, no encontraste nada que replicar, de manera que enmudeciste por completo, como si no hubieras oído nada de este asunto.

Sobre el Padre ingénito

18. En decimoctavo lugar también creí que tenía que discutir contigo sobre el Padre no nacido, esto es, ingénito, pues tú habías hablado de ello. Por eso dije: "No afirmo ciertamente que el Hijo sea ingénito, sino que el Padre es el que engendra y el Hijo el engendrado. Pero el Padre engendró lo que él mismo es, de lo contrario, el Hijo no sería verdadero Hijo, si lo que el Padre es no lo es el Hijo. En este sentido hemos hablado antes de los partos de los animales". Tampoco a esto pudiste decir algo, ya fuera verdadero o falso.

Sobre la igualdad del Espíritu Santo con el Padre

19. En decimonoveno lugar, puesto que me pediste que te demostrara que el Espíritu Santo es igual al Padre, te manifesté "¿Sabes lo que pides? Que te demuestre que el Espíritu Santo es igual al Padre, como si tú hubieras demostrado que el Padre es mayor que el Espíritu Santo. Pudiste demostrar esto del Hijo por la forma de siervo que asumió; pues sabemos que se ha dicho que el Padre es mayor que el Hijo, porque el Hijo existió en la forma de siervo, y aún existe en la forma humana, que elevó al cielo. Por eso se ha dicho de él que también ahora *ruega por nosotros*⁴⁵. Y esta misma forma inmortal será eterna en el reino, por lo cual se dijo: *Entonces también el mismo Hijo estará sometido a aquel que le sometió todo*⁴⁶. Pero en relación al Espíritu, que no asumió criatura alguna en la unidad de su persona, aunque también él se dignó manifestarse visiblemente por medio de las criaturas, ya sea en figura de paloma o en lenguas de fuego, nunca se dijo que el Padre fuese mayor que él; nunca se dijo que el Espíritu Santo adorase al Padre; nunca se dijo que el Espíritu Santo fuese mayor que el Padre". A esto trataste de responder, pero en realidad no lo conseguiste. Pues no pudiste demostrar que en alguna parte se dijera del Padre que era mayor que el Espíritu Santo; como el Hijo, por la forma de siervo, pudo decir: *El Padre es mayor que yo*⁴⁷.

Y habiendo dicho yo que el Espíritu Santo no había asumido criatura alguna en la unidad de su persona, tú, en cambio, sostuviste que el Espíritu Santo se apareció en la paloma o en el fuego, del mismo modo que Cristo se manifestó en el hombre. Como si la paloma y el Espíritu o el fuego y el Espíritu fuesen una persona, a la manera que el Verbo y el hombre son una persona. Porque aquellas figuras, que mostraban de modo visible al Espíritu Santo invisible, fueron pasajeras, para significar por la paloma el amor santo, y por el fuego, la luz y el fervor de la caridad. Y habiendo cumplido su oficio de significar, aquellas figuras corporales desaparecieron, y con posterioridad no se volverían a dar; como la columna de la nube, oscura durante el día y luminosa por la noche.

Por último, nunca se lee que el Espíritu Santo se apareciese más tarde de semejante manera, para que no se pensara que la paloma o la llama de fuego pertenecían a la sustancia del Espíritu Santo, o que la naturaleza de tan grande majestad se había convertido en esos seres visibles, o que el Espíritu Santo los había asumido en la unidad de su persona. Cristo, que no asumió pasajeramente la figura humana, en la que se apareció a los hombres, para luego dejar esa forma, sino que la asumió en la unidad de su persona, permaneciendo en la forma invisible de Dios, tomó la forma visible de hombre. No sólo nació en ella de un hombre-madre, sino que también creció en ella, y comió y bebió y durmió en ella, y fue matado en ella, y resucitó en ella, y ascendió al cielo y está sentado a la derecha del Padre en ella, y vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos en ella, y en su reino estará sometido en ella a aquel que le sometió todo.

Explicué esto, expuesto brevemente en mi respuesta, y que ahora la explico para ver si así lo entiendes. Pues no quisiste atender ni reflexionar, cayendo en la abominable blasfemia de sostener, ¡qué horror!, que la naturaleza divina de Dios y del Espíritu Santo

es transformable y mudable. Pues éstas son tus palabras: "Todo lo que he expuesto sobre la invisibilidad del Dios omnipotente, también tú lo afirmaste con otras palabras y con otra finalidad; a saber, que el Espíritu Santo fue visto en figura de paloma y de fuego; que el Hijo ciertamente fue visto en la forma de hombre. Pero el Padre ni fue visto en figura de paloma ni en la forma de hombre. Ni alguna vez se convirtió en tales formas, ni tampoco podrá convertirse en ellas. Por eso, de él está escrito: *Yo soy el que soy, y no cambio*"⁴⁸. A continuación añadiste: "El Hijo, ya constituido con toda certeza en la forma de Dios, como tú afirmaste, tomó la forma de siervo, que no tomó el Padre; igualmente, el Espíritu Santo tomó la figura de paloma, que no tomó el Padre. Luego has de saber -concluías- que uno es el invisible, y también uno el incomprendible y el inmenso".

¿Por ventura hubieras dicho esto si hubieras pensado lo que decías según el espíritu y no según la carne? Porque eres un hombre, que lees en las Sagradas Escrituras: *Yo soy el que soy, y no cambio*. Y como estas palabras se refieren no sólo al Padre, sino a la Trinidad, que es un solo Dios, tú, aplicándolas exclusivamente al Padre, opinas que el Hijo es mudable. ¡Crees que es mudable el Unigénito, por el que todo fue hecho! ¡Crees que es mudable aquel de quien dice el Evangelio: *En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios*; y también: *Todo fue hecho por él!*"⁴⁹

Ahora, ¿qué diré sobre el Espíritu Santo, cuando a aquel que confiesas verdadero Hijo de Dios y verdadero Dios crees que es mudable? Esto, ciertamente, no lo creerías si creyeras como católico que la forma de siervo fue asumida por la forma de Dios, y no que la forma de Dios fue cambiada en forma de siervo. Y pensarais, no según la carne, sino según el espíritu, que, asumiendo al hombre visible, permaneció Dios invisible. No desconfiarías rivalizando, sino que lo verías reconociéndolo.

También podrías ver fielmente que el Espíritu Santo, permaneciendo en su naturaleza invisible, de ningún modo se cambió o convirtió en aquellas figuras de fuego o de paloma, sino que, cuando quiso, se manifestó visiblemente, sirviéndose de tales criaturas. De todos modos, recuerda que no pudiste demostrar en contra de mi exposición con testimonios divinos que el Padre sea mayor que el Espíritu Santo y que sea adorado por el Espíritu Santo.

Aunque el Padre sea ingénito, sin embargo el Hijo es igual a Él

20. En vigésimo lugar, porque habías dicho del Hijo: "Si es igual al Padre, ciertamente es idéntico; y si es idéntico, ciertamente es no nacido", te respondí. Pero dices del Hijo, "si es igual, ciertamente es idéntico"; esto es, "porque no es ingénito, no parece que sea idéntico. Podías decir que no fue hombre el engendrado por Adán ya que Adán no fue engendrado, sino creado por Dios. Pero si Adán, no siendo engendrado, pudo engendrar lo que él mismo era, ¿cómo es que no quieres que Dios pueda engendrar a Dios igual a sí mismo?"

No me admira que no encontrases respuesta a esto. Es más, te alabo porque ni siquiera intentaste responder. ¡Ojalá siempre hubieras hecho lo mismo! En ninguna parte de nuestra discusión pudiste hallar algo válido para responderme, y, sin embargo, no quisiste callar prácticamente en ninguna. Pero como en otros lugares te extendías muchísimo, no aportando lo preciso al tema que nos ocupaba y consumiendo el tiempo con tu verborrea, por eso hay que estarte agradecido, pues, cuando veas que no te era posible refutar alguno de mis argumentos, preferiste ignorarlo con un silencio absoluto.

Réplica a Maximino, obispo arriano

Libro segundo

Prefacio

Alusión al contenido del libro

El asunto exige ahora que, con la ayuda del Señor, cumpla mi promesa en relación a lo que aún falta. Pues al comienzo de esta obra escribí: "Primero manifestaré que no pudiste refutar lo que te dije; luego, según lo vea necesario, rebatiré lo que tú dijiste". Ya que pude, con el favor de Dios, mostrar que lo que había expuesto no te fue posible refutarlo, queda ahora que yo refute lo que tú dijiste, como espero conseguirlo ayudado por Dios.

Así, no retracto en la presente disquisición, que ahora emprendo, mis exposiciones, que siguieron inmediatamente a las primeras que presentaste. Pero respecto a aquella última, tan prolija, que en aquel día no me dejó tiempo para responderte, la refutaré de tal modo, si lo permite el que nos gobierna, que puedas asentir a la luz de la verdad si no amas las tinieblas de la confrontación.

En primer lugar, prescindiré de lo superfluo que dijiste, para que mi respuesta sea precisa. Pues la cuestión que se discutía entre nosotros era ésta: si el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son distintos, como vosotros decís; o más bien, como nosotros afirmamos, son de una sola y misma sustancia, y la Trinidad es un solo Dios. Porque estamos de acuerdo en que el Padre no es el mismo que el Hijo, ni el Hijo es el mismo que el Padre, ni el Padre ni el Hijo son los mismos que el Espíritu Santo. Reconoce, por tanto, que todo lo que con tanta profusión dijiste en tu exposición, para demostrarnos que uno es el Padre, otro el Hijo y otro el Espíritu Santo, es totalmente innecesario proponerlo cuando discutís con nosotros. En caso de que se presenten los sabelianos para atacarte, si te parece bien, haz que las armas contra ellos sean comunes a vosotros y a nosotros.

Asimismo hablaste mucho a fin de probar que el Señor Jesucristo es Dios magno. ¿Qué tiene que ver esto con nosotros, pues también nosotros lo afirmamos? De igual modo proferiste grandes y verdaderas alabanzas en honor del Espíritu Santo; nosotros las podemos aumentar, de ninguna manera negar. No era necesario que las proclamaras contra nosotros cuando las profesamos contigo. Igualmente, ¿no confesamos que Cristo está sentado a la diestra del Padre?; y, sin embargo, de tal modo quisiste probarlo con testimonios de los Libros Sagrados, que parecía que en alguna parte lo habíamos negado. Ambos sabemos y profesamos que Cristo vino en la carne; y con todo, citaste los testimonios divinos para enseñarlo, como si nosotros nos opusiéramos a ello.

Esto y otras cosas más, que expondré en sus correspondientes lugares, en los que

pulverizaste castillos de naipes, para alargarte y ganar tiempo, debo tocarlo recordándolo, no refutarlo discutiendo.

Hablar conforme al temor de Dios

I. Dijiste que yo, "protegido por el poder de los príncipes, no hablé según el temor de Dios", cuando sabes que se nos manda pedir por los reyes para que lleguen al conocimiento de la verdad. Nosotros damos gracias a Dios de que esto se haya realizado en algunos; vosotros os doléis de ello.

Nuestras palabras, a los que las entiendan correctamente, indican quién es el que de nosotros dos habla según el temor de Dios. El que alaba a Dios Padre, incluyendo en su alabanza el haber engendrado un Hijo igual a sí, o el que deshonra al que engendra y al engendrado, afirmando del primero que no pudo engendrar un Hijo en todo semejante a él, y diciendo del segundo que no degeneró una vez nacido, sino que nació degenerado.

Cómo Cristo tiene un nombre que está sobre todo nombre

II. Dices que "vosotros adoráis a Cristo como al Dios de toda criatura, ante *el cual toda rodilla se dobla, en los cielos, en la tierra y en los abismos*". Sin embargo, no admitís que sea igual a Dios Padre, porque *todo eso se lo concedió el Padre*. Pues dice el Apóstol: *Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble*, etcétera. No indagáis a quién se le otorgó esto, si al hombre o a Dios. Pero aparece con evidencia cómo le fue concedido: *Se humilló hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre*¹. Si, pues, le concedió el nombre que está sobre todo nombre porque se hizo obediente hasta la muerte de cruz, ¿acaso antes de que esto sucediera no era Dios sublime, Hijo de Dios, Verbo de Dios, Dios junto a Dios, sino que después que fue exaltado, porque se hizo obediente hasta la muerte de cruz, comenzó a ser el Hijo sublime de Dios, el único de Dios, Dios, y entonces comenzó a tener el nombre que está sobre todo nombre? Esas prerrogativas, que ya tenía el mismo Hijo de Dios, Dios nacido de Dios e igual a él, se le concedieron en cuanto hombre, porque se hizo obediente hasta la muerte de cruz.

Al Espíritu Santo se le debe adoración

III. Me arguyes porque afirmé que el Espíritu Santo era igual que el Hijo. Lo mantengo enteramente. "Presenta -me instas- testimonios según los cuales el Espíritu Santo es adorado". Por lo que veo, le concedes el ser igual a Cristo si es adorado como Cristo. Confiesa, pues, que Cristo es igual al Padre, puesto que reconoces que es adorado como el Padre.

¿Qué clase de hombres sois, qué humildad religiosa tenéis, que no queréis adorar al Espíritu Santo y, sin embargo, leéis: *La letra mata, pero el Espíritu vivifica*?² No queréis adorar al que reconocéis que vivifica las almas, siendo así que nuestro padre Abrahán adoró a aquellos hombres que le proporcionaron un sepulcro para que pudiera depositar el cuerpo de su mujer fallecida. Pues así está escrito: *Vino Abrahán a hacer duelo y a llorar por Sara. Luego se levantó Abrahán delante de su muerta, y habló así a los hijos de Het: Yo soy un peregrino y forastero, que reside entre vosotros. Dadme la propiedad de un sepulcro para sepultar a mi muerta. Respondieron los hijos de Het, diciéndole: ¡Lejos de nosotros semejante cosa, señor! Escúchanos ahora: Tú eres un rey de origen divino, que mora entre nosotros. Sepulta a tu muerta en uno de nuestros mejores sepulcros, pues ninguno de nosotros te negará su sepulcro para que entierres a tu muerta. Abrahán se levantó y adoró al pueblo de los hijos de Het*³. ¡Y vosotros, permaneciendo

desagradecidos a la gracia de Dios, no permitís que el Espíritu Santo sea adorado!

Pero me dices: "Presenta testimonios según los cuales el Espíritu Santo es adorado". Como si no entendiéramos en lo que leemos algunas cosas que no están escritas. Para no verme obligado a buscar en muchas partes, sólo te preguntaré: ¿En dónde has leído que el Padre es ingénito o no nacido? Y, sin embargo, lo es. Pero lo que has dicho algunas veces, a saber: que el Padre es incomparable respecto al Hijo, ni lo has leído ni es verdadero.

Si piensas, movido por la religión que da culto a Dios como es debido, comprenderás que es mucho más que el Espíritu Santo tenga templo a leer que es adorado. Porque, como antes he dejado claro, sabemos que también los hombres son adorados por los santos. Sin embargo, los hombres no construyen un templo sino al Dios verdadero, como lo hizo Salomón, o a aquellos que son tenidos por dioses, como lo hacen los gentiles que desconocen a Dios. Al Espíritu Santo no sólo se le aplica lo que con sumo honor fue dicho de Dios: *No habita en templos fabricados por mano de hombres*⁴, sino que nuestro cuerpo es templo suyo. *Y para que no desprecies nuestros cuerpos, ten en cuenta que son miembros de Cristo*⁵. Ahora bien, ¿qué Dios será, si se le edifica un templo por el mismo Dios y con los miembros de Dios?

Cristo, en cuanto hombre, está sentado a la diestra de Dios

IV. Dices que "Cristo está a la derecha de Dios y ruega por nosotros". ¿Por qué nos arguyes si no sólo le reconoces como Dios, sino también en cuanto hombre? ¿De qué te sirve que se lea con frecuencia que está sentado a la derecha del Padre? Te esfuerzas inútilmente en probarnos lo que nosotros confesamos y, por añadidura, con testimonios frívolos.

Sobre el honor debido a las tres divinas Personas y sobre el significado de contagio terreno

V. Afirmas que "vosotros honráis convenientemente al Espíritu Santo como doctor, guía, iluminador y santificador; a Cristo dais culto como creador; al Padre, en cuanto autor, adoráis con sincera devoción". Si llamas al Padre autor, porque de él procede el Hijo y él no procede del Hijo, y porque de él y del Hijo procede el Espíritu Santo, en cuanto que por generación dio al Hijo que de éste también procediera el Espíritu Santo; si llamas al Hijo creador, sin negar que el Padre y el Espíritu Santo lo sean; si, finalmente, dices que el Espíritu Santo es doctor, guía, iluminador y santificador, en cuanto que no pretendes que esas acciones no pertenezcan al Padre y al Hijo, puedo decirte que tus palabras coinciden con las nuestras.

Pero si acoges en tu corazón tales ídolos, que admites dos dioses, uno mayor, el Padre, y el otro menor, el Hijo, y de tal manera al Espíritu Santo le haces el menor de los tres, que ni siquiera te dignas llamarle Dios, en ese caso ésta no es nuestra fe, porque no es la fe cristiana y, por consiguiente, no es fe.

Asimismo te perdonamos que hayas dicho de modo inexacto que "Cristo descendió a los contagios terrenos". Y porque quise corregirte ese modo de hablar, para que supieras en qué sentido debemos emplear el término "contagio", dijiste que mis precisiones "eran calumnias" y pensaste que "perteneían a la instrucción filosófica". Me basta que creas que de tal modo Cristo descendió a los contagios terrenos, que confieses que careció de todo pecado.

Sobre los partos de los animales

VI. Respecto a la mención que hice de los partos de los animales, que, siendo terrenos y mortales, sin embargo engendran lo que ellos son, por ejemplo, el hombre al hombre y el perro al perro, sospecho que no te horrorizaste por lo despreciable de los ejemplos, sino que fingiste desprecio y horror, diciendo que no debí aducir tan baja comparación en relación a tan gran inmensidad. ¿Por qué dijiste esto sino porque, tal como en realidad sucedió, refiriéndome a los partos corruptibles, la verdad te cerró la boca y no te concedió respiro? Pues percibís con toda claridad que la criatura corruptible pueda engendrar a un hijo que sea como ella es, y, sin embargo, sostenéis que Dios Padre omnipotente no pudo engendrar a su Hijo único si no es concediéndole una naturaleza degenerada.

El Padre engendró un Hijo igual a sí mismo

VII. Pero dices: "El Señor engendró al Señor, Dios engendró a Dios, el Rey engendró al Rey, el Creador engendró al Creador, el bueno engendró al bueno, el sabio engendró al sabio, el clemente engendró al clemente, el poderoso engendró al poderoso". Si bajo estas expresiones piensas que eludes lo que te objetamos, a saber: que vosotros no admitís que Dios pueda engendrar lo que él mismo es, y por eso dices que "el Señor engendró al Señor, que Dios engendró a Dios", etc., ¿por qué, como dijiste "el poderoso engendró al poderoso", no dices el Omnipotente engendró al Omnipotente?

Si quieres decir lo que sientes, di: el Señor mayor engendró al Señor menor, el Dios mayor engendró al Dios menor, el Rey mayor engendró al rey menor, el Creador mayor engendró al creador menor, el mejor engendró al bueno, el más sabio engendró al sabio, el más clemente engendró al clemente, el más poderoso engendró al poderoso. Pero si no sostienes esto y admites que el Hijo no tiene menos que el Padre, ¿por qué no le llamas igual?

¿Por qué no formulas todo esto, diciendo, el Señor engendró al Señor igual, Dios a Dios igual, el Rey al Rey igual, el Creador al Creador igual, el bueno al bueno igual, el sabio al sabio igual, el clemente al clemente igual, el poderoso al poderoso igual? Pero si niegas que el Hijo sea igual al Padre, di claramente que es un degenerado. Puesto que no decís que sea un Dios menor nacido de un Dios mayor, por lo menos permitidle crecer como a un niño, para que alguna vez pueda llegar a ser igual que su Padre. Pero a esto respondéis que el Hijo nació perfecto, no para que su alabanza aumente, sino porque permanece menor en su naturaleza.

Y sosteniendo esto, añades: "el Padre nada quitó al Hijo al engendrarlo". ¿Cómo no le quitó nada al engendrarle, si no le engendró igual, pues le engendró menor? ¿Acaso no le quitó nada porque de lo que le dio al engendrarle nada le quitó después de engendrado? En este sentido, ciertamente nada le quitó. Pero tampoco a los hijos de los hombres, que nacen pletóricos, el Creador nada les quita una vez nacidos; es más, les añade, para que obtengan al crecer lo que no tenían al nacer.

¿Por qué llamaste magno al Padre en relación a su único Hijo, cuando éste no fue hecho de la nada o de alguna materia, sino que nació del mismo Padre? ¿Será el Padre magno por no quitar al Hijo lo que le dio, si, no dándole, le quitó lo que le pudo dar? ¿Cómo dijiste que el Padre no era por eso envidioso? ¿Por ventura no pudo dar al Hijo el ser igual a él? ¿Dónde está la omnipotencia de Dios Padre? En relación a esta cuestión podemos establecer el siguiente dilema: Dios Padre, o no pudo engendrar un Hijo igual a él, o no quiso. Si no pudo, es impotente; si no quiso, parece ser envidioso. Sin embargo, ambos extremos son falsos, porque el Hijo verdadero es igual a Dios Padre.

Parece, pues me alabas por ello, que te agradó el testimonio que aduje: "Lo invisible de Dios se percibe por el entendimiento a través de los seres creados". Luego entiende el

nacimiento invisible del verdadero Hijo de Dios por medio de aquello que fue hecho en la criatura visible, como es el caso de los padres que engendran lo que ellos son, y así no podrás decir que Dios Padre no engendró lo que él es. Pero si engendró lo que él es, no neguéis que el Padre y el Hijo son de una única sustancia.

Agustín omite hablar de la cruz o de la encarnación de Cristo

VIII. Respecto a todo lo que entrelazaste sobre la cruz y la encarnación de Cristo, para probarnos lo que también nosotros creemos, te mantuviste en tu modo habitual de actuar. También yo, fiel a mi promesa, no te responderé a esto.

Sobre la Trinidad invisible

IX.1. Al tratar del Hijo invisible, pues admitiste que era invisible según su divinidad, cuando habías sostenido que sólo el Padre era invisible, dijiste muchas cosas de las criaturas invisibles que no pertenecían a nuestro tema. Esto lo podrán comprobar los que lean las actas del debate.

Pero entre nosotros se trataba del Dios invisible. Y en esto consiste el asunto: que vosotros pensáis que sólo del Padre dijo el Apóstol: *Al inmortal e invisible solo Dios*⁶. Si hubiera dicho: "Al solo Padre", acaso el problema tendría una solución más difícil, pero, puesto que dijo: *Al solo Dios*, este testimonio no es un argumento contra nosotros. Tanto el Unigénito en la forma de Dios como el Espíritu Santo en su naturaleza son invisibles. Pues nosotros profesamos que la Trinidad es un solo y único Dios. Sabemos que esto es verdad, ya que en otros lugares lo hemos demostrado; y si aún fuere necesario demostrarlo, lo demostraremos.

Ahora, no sin razón, se puede abordar en esta cuestión en qué sentido se dijo de solo Dios que es la misma Trinidad: *Al invisible solo Dios*, cuando existen otras criaturas invisibles, y por eso se afirmó de Cristo que *en él fueron creadas todas las cosas, las visibles y las invisibles*⁷. Porque hay falsos dioses visibles, se dijo: *honor y gloria al solo Dios invisible*; pues aunque exista la criatura invisible, sin embargo no la consideramos dios. Pero si no hubiera dicho: *Al solo Dios*, sino: *honor y gloria al Rey de los siglos, al inmortal, al solo invisible*, ¿quién sino Dios sería ése? Porque el honor y la gloria se tributan al solo Dios, que es invisible, aunque no sea el solo invisible, pues, como ya hemos dicho, también la criatura es invisible.

Asimismo se puede investigar por qué se dijo: *Nadie ve jamás a Dios*⁸, cuando las palabras del mismo Señor afirman lo contrario: *¿Ignoráis que sus ángeles siempre ven el rostro de mi Padre, que está en los cielos?*⁹ Esta sentencia refuta vuestra tesis, porque no sabéis en qué sentido llamáis invisible al Padre. Pues en aquel texto que dice: *No es el que alguien haya visto al Padre, sino aquel que ha venido de Dios, ése ha visto al Padre*¹⁰, la palabra "alguien" se puede aplicar a los hombres; y puesto que el que entonces hablaba en la carne era hombre, dijo esto de modo que se entendiera: "Ningún hombre ve al Padre, sino sólo yo". Como también se dijo: *¿Quién es el sabio que entienda esto?*¹¹ Porque esto no se puede aplicar a los santos ángeles. Por eso el Apóstol lo propuso con mayor claridad: *Al cual ningún hombre ha visto, ni le puede ver*¹². No dijo: "Ninguno", sino: *Ningún hombre*. Así manifestó cómo se ha de entender la frase *Nadie ha visto jamás a Dios*, es decir, ningún hombre. Y en idéntico sentido: *Nadie ascendió al cielo*¹³, ya que los ángeles suelen ascender allí, pues suelen descender de allí. Sin embargo, el Apóstol no dijo: "Ningún hombre podrá ver a Dios", sino: *Ninguno puede*. Pues el hombre podrá ver a Dios cuando alcance el premio eterno de los fieles. Por lo cual, el apóstol Juan afirmó: *Amadísimos, somos hijos de Dios, y aún no se ha*

manifestado lo que seremos; sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es ¹⁴.

Pero ¿qué es lo que dices al afirmar que sólo el Padre es invisible? Esa afirmación sería errónea aunque el Padre solo fuera visto por el Hijo. Ahora bien: como las palabras divinas atestiguan que también es visto por los ángeles, y que también será visto por los hombres cuando éstos lleguen a ser semejantes a los ángeles, ¿qué es lo que dices? ¿En dónde se encuentra lo que has osado proponer, a saber: que "los seres menores son vistos por los mayores, pero éstos no son vistos por los menores?" Esta argucia te perdió, pues más tarde tuviste que confesar que el Padre era visto por el Hijo, aunque sostenías que en la misma sustancia de la divinidad el Hijo era menor y el Padre era mayor. Pero ¿qué puedes decir de los ángeles, que siempre ven el rostro de Dios Padre? ¿Acaso, en virtud de esta norma tuya, que estableciste sin fundamento alguno, los ángeles han de ser tenidos como mayores que Dios Padre?

2. Sin embargo, pensaste que habías encontrado una salida airosa en relación al Hijo: "Ve al padre, pero ve al incomprensible". No te das cuenta que, aunque vea al incomprensible, que, conforme a tu opinión, no pudo comprender, con todo pudo verle, y, en consecuencia, ya no es invisible. Porque tú, al establecer esta distinción, disputabas con nosotros no sobre el comprensible o el incomprensible, sino sobre el visible y el invisible. Además, el Apóstol tampoco dijo: "Al incomprensible", sino: *Al solo Dios invisible* ¹⁵. Por consiguiente, aduciendo este testimonio en favor de tu tesis, creíste que con él podías hacer palidecer al Hijo, como si éste, existiendo en la forma de Dios, no fuese invisible. Pero, puesto que fuiste convencido por la verdad y confesaste que el Hijo es invisible, preparaste, a mi parecer, esta expresión: "El invisible engendró al invisible", aunque entendida en el mismo sentido que aquella otra: *El poderoso engendró al poderoso*, para que si se te preguntara en la discusión sobre su significado, pudieras responder: "el más invisible engendró al invisible", como el más poderoso engendró al poderoso, el más sabio engendró al sabio, y todo lo restante que añadiste.

Pero ¡qué sabiamente mostraste que el Padre es incomprensible para el Hijo y el Hijo es comprensible para el Padre! Pues afirmaste: "Ve al Padre, pero ve al incomprensible; el Padre, sin embargo, ve al Hijo como si lo tuviera y mantuviera en su seno". Así no piensan sino los que piensan carnalmente. Porque, por lo que veo, te figuras que el seno es alguna capacidad del Padre mayor en la que el Hijo menor es recibido y permanece; como, por ejemplo, la casa que alberga corporalmente al hombre o el regazo de la nodriza que guarda al niño.

Luego entre lo maravilloso de Cristo también hay que incluir que, existiendo en la forma de siervo, creció y se hizo mayor que lo que era en la forma de Dios, pues antes estaba en el seno del Padre y ahora está sentado a la derecha del Padre. Arroja de tu corazón estos fantasmas pueriles o seniles y acepta que se dijo seno del Padre para dar a entender que uno es el engendrado y otro el que engendra, pero bajo ningún aspecto que éste sea mayor y el otro sea menor.

Porque si el Padre es incomprensible y el Hijo no lo es, resulta imposible que sea verdadera aquella frase: *Todo lo que tiene el Padre es mío* ¹⁶, ya que se le podría responder: el Padre tiene la incomprensibilidad, y tú careces de ella. Pero, como es verdadero lo que dijo la Verdad, y todo lo que tiene el Padre es del Hijo, éste tendrá tanta incomprensibilidad cuanta tiene el Padre. Debemos citar una y otra vez la sentencia del Señor: *Todo lo que tiene el Padre es mío*, como norma rectísima para convencerlos o, lo que más deseamos, para corregirlos. Recurriremos a ella, en cuanto que es testigo fidelísimo contra vuestros errores o vuestras mentiras, siempre que atribuyáis al Padre algo que negáis al Hijo.

¿Será necesario enfrentarme a ti cuando sostienes que la sabiduría humana es visible, siendo así que concedes que el alma, en la cual reside la sabiduría, es invisible? Pero aun admitiendo lo que te plazca respecto a toda criatura invisible, ha quedado suficientemente demostrado, en lo que se refiere a Dios, que el Padre no es el solo invisible.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un único Dios

X.1. Piensas que Dios Padre, con el Hijo y el Espíritu Santo, no puede ser un solo Dios Padre, pues tienes miedo de que el Padre no sea un solo Dios, sino una tercera parte del único Dios. No temas: en la unidad de la deidad no se da división de partes. Uno es Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, esto es, la misma Trinidad. Sólo hay un Dios, de quien se dijo: *No hay más que un único Dios*¹⁷, y también: *Escucha, Israel: el Señor, tu Dios, es un solo Señor*¹⁸.

Reconocemos servir sin la menor reserva a este único y solo Dios, pues oímos y leemos: *Al Señor, tu Dios, adorarás, y a él solo servirás*¹⁹. Si la frase *Servirás sólo al Señor, tu Dios*, la interpretáramos como referida en exclusiva al Padre y no a la misma Trinidad, parecería que, basados en tales palabras, no querríamos servir o a Cristo, de quien somos miembros, o al Espíritu Santo, de quien somos templo. Sin embargo, cuando se os pregunta de quién creéis que se escribió: *El Señor, tu Dios, es un solo Señor*, respondéis que de Dios Padre. Asimismo, cuando se indaga de qué Señor Dios se dijo: *Al Señor, tu Dios, adorarás, y a él solo servirás*, volvéis a responder: "De Dios Padre". Entonces se os dice: Si el Señor, Dios nuestro, es un solo Señor, y éste es el Padre, ¿por qué admitís dos dioses, puesto que afirmáis que Cristo es Señor Dios?

Del mismo modo, si el Padre es el único Señor Dios, al que sólo hay que servir, ¿cómo cumplís este precepto, si también servís a Cristo como a Señor Dios? Pues no sirve a aquel sólo quien también sirve a éste. Pero, según la fe ortodoxa, decimos que la Trinidad es nuestro único Señor Dios, y confiamos en servir a ese único Señor Dios cuando le servimos verdaderamente con aquel culto que sólo se debe a Dios.

2. Dices "Luego Dios Padre es una parte de Dios". De ningún modo. Pues en Dios hay tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y los tres, porque son de una sola sustancia, son uno; y son en grado sumo uno, ya que en ellos no hay diversidad de naturalezas ni de voluntades. Porque si fuesen uno por naturaleza y no por conformidad de voluntades, no serían uno en grado sumo, mas si fueran distintos por naturaleza, sencillamente no serían uno. Luego estos tres, que son uno por la inefable unión de la deidad, en virtud de la cual están unidos inefablemente, son un único Dios.

Por otra parte, Cristo es una persona en dos sustancias, ya que es Dios y hombre. Y, sin embargo, no puede decirse que Dios sea una parte de esta persona. Por lo demás, el Hijo de Dios, que es Dios antes de tomar la forma de siervo, no sería íntegro y tendría que crecer cuando su divinidad asumió al hombre. Y si en una persona resulta absurdo decir que Dios puede ser una parte de ella, ¿cuánto más ninguno de los tres podrá ser parte de la Trinidad?

Por añadidura, oye lo que dice el Apóstol: *El que se adhiere al Señor, es un Espíritu con él*²⁰; ¿acaso el Señor es una parte de este espíritu? Si esto afirmáramos, ¿qué otra cosa vendríamos a decir sino que Dios aumenta por la adhesión del hombre y decrece por la separación? Por consiguiente, en la Trinidad, que es Dios, el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, y los tres son a la vez un solo Dios. Ni uno es una tercera parte de la Trinidad, ni dos son una parte mayor que uno, ni los tres son algo mayor que cada uno en particular, ya que la magnitud es espiritual, no corporal. El que pueda entender esto, que lo entienda; pero el que no lo pueda entender, que crea y ore para que pueda entender lo que cree. Pues es cierto lo que dice el profeta: *si no creyereis, no*

entenderéis ²¹.

3. Ciertamente dijiste que "el Dios único no está compuesto de partes". Y puesto que lo quieres aplicar exclusivamente al Padre, añades: "Lo que él es, es virtud ingénita, simple". Sin embargo, observa cuántas cosas atribuyes a esta virtud simple. Pues tus palabras, anteriormente citadas, son las siguientes: "Dios engendró a Dios, el Señor engendró al Señor, el Rey engendró al Rey, el Creador engendró al Creador, el bueno engendró al bueno, el sabio engendró al sabio, el clemente engendró al clemente, el poderoso engendró al poderoso". Pero ¿cómo a esa virtud simple que es Dios, no temiste referir tantas virtudes? Voy a omitir las cuatro primeras y hablaré de las otras cuatro, que podemos dar a conocer con sus nombres propios. ¿Acaso la bondad, la sabiduría, la clemencia y el poder son partes de aquella virtud, que defendiste ser simple? Si dijeras "Son partes", se seguiría que la virtud simple consta de partes. Y esta virtud simple, según tu explicación es el único Dios.

Por consiguiente, ¿sostienes que el solo Dios está compuesto de partes? No lo digo, afirmas. Luego no son partes, y, sin embargo, son cuatro y una sola virtud, y ésta simple. Si, pues, en la sola persona del padre encuentras muchas virtudes y no encuentras partes, ¿con mayor razón no admitiremos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios por la indivisible deidad, y por la propiedad de cada uno son tres personas, y por su perfección no son parte del único Dios? Virtud es el Padre, virtud es el Hijo y virtud es el Espíritu Santo. Esto lo afirmas, y es verdadero. Pero es falso y va contra la fe recta y católica no querer que la virtud engendrada de la virtud y la virtud procedente de la virtud tengan la misma naturaleza.

Sobre la invisibilidad del Hijo

XI. Vuelves a preguntarme cómo es invisible el Hijo, cuando ya dije anteriormente que es necesario sostener que fue visto. Pero añades: "Si tú admites que el Hijo es invisible, porque no puede ser visto con los ojos humanos, ¿por qué no dices igualmente que las virtudes celestes también son invisibles, pues tampoco ellas pueden ser vistas por la mirada humana?" Esto lo afirmas como si el hombre pudiera comprender el modo según el cual las virtudes celestes son invisibles, o como si debiéramos estar dispuestos para investigarlo, cuando la Escritura enseña: *No indagues lo que te supera* ²². Pero tú, despreciando este precepto, te atreviste a decir que el ángel es visto por el arcángel, aunque éste no es visto por el ángel. Basta lo que ya manifesté anteriormente: no hay que creer que el Hijo, existiendo en la forma de Dios, es visible por que esté escrito: *Al solo Dios invisible* ²³. De tal modo trataste de demostrar que esa frase había que aplicarla al Padre, que llegaste a negar que el Hijo es invisible, cuando la Escritura testifica que él es el creador de todo lo invisible. Sin embargo, aún falta que digas que los dos son con toda certeza invisibles, esto es, el Padre y el Hijo, pero que el Padre es más invisible que el Hijo. Así, dando al Padre algo que no tenga el Hijo, conviertes a éste en un mentiroso, puesto que afirmó: *Todo lo que el Padre tiene es mío* ²⁴.

Sobre la omnipotencia e inmortalidad de Dios

XII.1. Lo mismo sientes sobre el poder, a saber: que el Hijo, ciertamente, es poderoso, pero el Padre es más poderoso que el Hijo, para que, según vuestros autores y doctores, el poderoso pueda engendrar al poderoso, pero el omnipotente no pueda engendrar al omnipotente. En consecuencia, si el Padre tiene la omnipotencia y el Hijo no la tiene, necesariamente será falso lo dicho por este último: *Todo lo que tiene el Padre es mío* ²⁵. Por añadidura, si el Padre hace algo que no lo pueda hacer el Hijo, con razón el Padre sería más poderoso que el Hijo. Pero, como éste diga: *Todo lo que hace el Padre,*

igualmente lo hace el Hijo ²⁶, ¿por ventura no habrá que escuchar al Hijo con preferencia a vosotros? ¿No será mejor creerle a él, que nos instruye, y no a vosotros, que nos engañáis?

Insistes: "De nadie recibe el poder el Padre, mientras que el Hijo lo recibe del Padre". También nosotros confesamos que el Hijo recibió el poder del Padre, de quien nació poderoso. Al Padre, sin embargo, nadie le dio el poder, pues nadie le engendró. Pero el Padre dio el poder al Hijo engendrándole, como todo lo que tiene el Hijo en su sustancia se lo dio el que le engendró de su sustancia.

Ahora se puede preguntar si el Padre dio al Hijo tanto poder o menos del que él tiene. Si tanto, entonces no sólo el poderoso engendró al poderoso, sino que debe decirse, creerse y entenderse que el omnipotente engendró al omnipotente. Pero si le dio menos poder, ¿cómo todo lo que tiene el Padre es del Hijo? Si la omnipotencia del Padre no la tiene el Hijo, ¿cómo todo lo que hace el Padre, igualmente lo hace el Hijo, ya que con toda certeza no podrá hacerlo si no es omnipotente?

2. En relación a lo que dice el Apóstol: *Bienaventurado y solo poderoso*, no pretendo que únicamente se aplique al Padre, sino a Dios, que es la misma Trinidad. Pues dirigiéndose a Timoteo, escribió: *Te ordeno en presencia de Dios, que todo vivifica, y de Jesucristo, que dio testimonio de solemne confesión ante Poncio Pilato, que conserves el mandato sin mancha, irreprensible, hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo: a su debido tiempo hará manifiesta esta venida el bienaventurado y el solo poderoso, el Rey de los reyes y el Señor de los señores, el único que posee la inmortalidad y que habita en una luz inaccesible, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver. A él el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén* ²⁷. Aquí nada se dice que no convenga a la Trinidad.

Pero, prescindiendo ahora del Espíritu Santo, al que no sólo queréis que sea Dios menor que el Hijo, sino que no le concedéis que sea Dios, basta que os demostremos que el texto se refiere al Padre y al Hijo. ¿Acaso porque dijo el Apóstol: *Te ordeno en presencia de Dios, que todo vivifica*, sólo el Padre, y no el Hijo vivifica todo? Si dijeras que sólo el Padre vivifica todo, ¿como sería verdadero que *Todo lo que hace el Padre, igualmente lo hace el Hijo* ²⁸, ya que, según tu opinión, el Padre vivifica todo, lo cual no hace el Hijo? Es más, cuando se dice: *Como el Padre resucita a los muertos y los vivifica, así también el Hijo a los que quiere vivifica* ²⁹, ¿cómo será esto verdadero, si el Padre sin el Hijo vivifica todo? Por eso, lo que añadió: *Y de Jesucristo, que dio testimonio de solemne confesión ante Poncio Pilato*, con toda certeza lo quiso aplicar al Hijo, porque el Hijo, lo mismo que el Padre, vivifica todo. Aunque sabemos que, en la forma de siervo, el Hijo padeció bajo Poncio Pilato, no el Padre. Después agregó el Apóstol; *Que conserves el mandato sin mancha, irreprensible, hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo; a su debido tiempo hará manifiesta esta venida el bienaventurado y el solo poderoso*. El texto se está refiriendo a la venida de Cristo el Señor. Esta venida la manifestará Dios, que no es sólo el Padre, porque, según la verdad y no según vuestro error, la Trinidad es el único Dios.

El bienaventurado y el solo poderoso, el Rey de los reyes y el Señor de los señores. Porque, ¿acaso os atrevéis a decir que el Hijo no es Rey de los reyes y Señor de los señores? De él, entre otras cosas, está escrito en el Apocalipsis de Juan: *Y él pisa el lagar del vino del poderoso, y en su túnica y en su muslo lleva escrito el nombre, Rey de los reyes y Señor de los señores* ³⁰. A fin de que no digáis que el Hijo lleva escrito en su túnica y en su muslo el nombre del Padre, en otro lugar del mismo libro se pudo leer antes: *Y el Cordero los vencerá, porque es el Señor de los señores y el Rey de los reyes* ³¹. En consecuencia, y según vuestra opinión, habrá dos reyes de los reyes y dos señores de los señores. Pero va contra vosotros, si lo que dijo el Apóstol: *El bienaventurado y el solo poderoso, el Rey de los reyes y el Señor de los señores*, sólo se

refiere al Padre. Sin embargo, según la fe ortodoxa, la Trinidad es con toda certeza el único Dios, *el bienaventurado y el solo poderoso, el Rey de los reyes y el Señor de los Señores, el único que posee la inmortalidad y que habita en una luz inaccesible*. ¿Y cómo será verdadero el pasaje *Acercaos a él y quedareis iluminados*³², a no ser que esto nadie pueda conseguirlo si él no lo concede?

Se afirma que sólo Dios tiene la inmortalidad, porque sólo él es inmutable. Pues en toda naturaleza mudable el mismo cambio es en cierto sentido una especie de muerte, porque se realiza algo en ella, en virtud de lo cual no es lo que era. Por consiguiente, también el alma humana, que se dice inmortal, porque, en conformidad con su propio modo de ser, en cierto sentido nunca deja de vivir; sin embargo, y según ese modo suyo de existir, también se ve afectada por cierta especie de muerte. Pues si vive justamente y peca, muere a la justicia; si es pecadora y se justifica, muere al pecado. Prescindiré de otros cambios suyos, sobre los cuales se podría disputar extensamente. Tampoco la naturaleza de las criaturas celestiales puede morir, porque no puede pecar. Pues los ángeles que pecaron quedaron convertidos en demonios, de los que el diablo es su príncipe. Y los que no pecaron, pudieron pecar. Que se conceda a la criatura racional la imposibilidad de pecar es una gracia de Dios, y de ningún modo algo debido a la naturaleza propia de la criatura.

Y por esto sólo Dios tiene la inmortalidad, porque, por su propia naturaleza, y no por concesión de otro, ni pudo ni puede cambiar con una mutación, ni pudo ni podrá pecar con un cambio. Al cual, según la naturaleza por la que es Dios, *ningún hombre vio ni puede ver*. Pero alguna vez le podrá ver, si pertenece a aquel número de hombres de quienes se dijo: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*³³. A este Dios, a saber: al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, a la Trinidad, que es un único Dios, el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

3. Pero de ninguna manera se puede admitir lo que tú defiendes, esto es, que el Padre es más poderoso que el Hijo, porque el Padre engendró al creador y el Hijo no lo engendró. Pues no sólo no pudo, tampoco era razonable. La divina generación sería descomedida si el Hijo engendrado engendrarse un nieto al Padre; a su vez, este nieto sería impotente si, según vuestra admirable sabiduría, no engendrarse un bisnieto a su bisabuelo. Así, si aquel no engendró un nieto a su abuelo, ni un bisnieto a su bisabuelo, para vosotros no es omnipotente. No se completaría la serie de la generación si siempre pudiera nacer uno de otro; ninguno la perfeccionaría si no basta uno solo. Luego el omnipotente engendró al Hijo omnipotente, ya que *todo lo que hace el Padre, igualmente lo hace el Hijo*³⁴. Ciertamente, la naturaleza del Padre engendró al Hijo, pero no le hizo.

Sobre la sabiduría del Hijo

XIII.1. No es distinto vuestro error respecto a aquel testimonio del Apóstol: *Al solo Dios sabio*³⁵. Lo que os respondimos sobre el poder, os lo repetiremos sobre la sabiduría. Pues si el Apóstol hubiese dicho "Al solo Padre sabio", tampoco se lo hubiera negado al Hijo. ¿Por ventura no se lee del Hijo en el Apocalipsis: *Tiene un nombre escrito, que nadie conoce sino él?*³⁶; pues en ese caso el Padre desconocería este nombre, siendo así que el Hijo es inseparable de él. Luego, como el Padre conoce lo que se dice que sólo lo conoce el Hijo, pues son inseparables, del mismo modo, si se hubiera dicho "Al solo Padre sabio", también se tendría que aplicar al Hijo, por ser ambos inseparables. Pero, puesto que no se dijo "Al solo Padre sabio", sino *Al solo Dios sabio*, y la Trinidad es un único Dios, nos es mucho más fácil solucionar esta cuestión, entendiendo que el único Dios es sabio, como entendimos que es poderoso, es decir, entendiéndolo del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que son un solo y único Dios, al cual estamos obligados a dar

culto.

No se piense que por entenderlo erróneamente, o mejor, por no entenderlo, quebrantamos este precepto, ya que damos el culto a Cristo Señor, que sólo se debe tributar a Dios. Pues no se dijo: "Adorarás al Padre Señor Dios tuyo y a él servirás más", como para que se nos permitiera servir también al Hijo, pero más al Padre, en cuanto Dios mayor, y menos al Hijo, en cuanto Dios menor; sino que se dijo: *Adorarás al Señor, tu Dios, y a él sólo servirás*³⁷, a saber: al solo Dios omnipotente, al solo Dios sabio, para que seáis repudiados, ya que no queréis entender que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios. y sostenéis que un solo Señor Dios es únicamente Dios Padre, al cual solo hay que servir, aunque confesáis que el Hijo es Dios y Señor. Afirmáis clarísimamente la existencia de dos dioses y de dos señores, uno mayor y otro menor. Y os mostráis culpables, según vuestro error, de violar este precepto, puesto que dais el culto, que sólo se debe al Señor Dios, no sólo al mayor, sino también al menor.

2. En la epístola a los Romanos dijo el Apóstol: *Al solo Dios sabio*. Pero al final de la misma se expresó de esta manera: *A aquel que es poderoso para confirmaros conforme a mi Evangelio y la predicación de Jesucristo -según la revelación del misterio, mantenido en secreto durante tiempos eternos, pero ahora manifestado por la Escritura de los profetas, según el precepto del Dios eterno, dado a conocer a todas las gentes para la obediencia de la fe-, al solo Dios sabio, por Jesucristo, a él la gloria por los siglos de los siglos*³⁸. Esto es: *A aquel, que es poderoso para confirmaros, al solo Dios sabio, la gloria por los siglos de los siglos*.

Respecto a la interposición *por Jesucristo*, ésta parece ambigua. Se puede interpretar en un doble sentido: o al solo Dios sabio, *por Jesucristo*, de modo que se entienda que el solo Dios sabio es sabio por Jesucristo, no participando, sino engendrando la sabiduría; o que no es sabio por Jesucristo, sino que por Jesucristo se da la gloria al solo Dios sabio. Pero ¿quién se atreverá a decir que Dios Padre se ha hecho sabio por Jesucristo, cuando no se puede dudar que, según su sustancia, es sabio, y con mayor razón la sustancia del Hijo por el Padre que le engendra que la sustancia del Padre por el Hijo engendrado? Queda, pues, que, por Jesucristo, se da la gloria al solo Dios sabio, es decir, la noticia clara y laudatoria por la que Dios se dio a conocer a las gentes.

Así decimos por Jesucristo, porque, omitiendo otras cosas, él ordenó bautizar a los hombres en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en cuyo texto quedó principalmente recomendada la gloria de esta Trinidad invisible. Por eso Dios, que es la Trinidad, con razón es llamado el solo sabio, porque es el solo sabio según su sustancia, y no accidentalmente o por sobrevenirle una participación de la sabiduría, a la manera que cualquier criatura racional es sabia.

Respecto al pronombre relativo, *al cual*, puesto para expresar: *al cual la gloria*, bastaría que se hubiera dicho "A él la gloria". De todos modos, es una locución inusual en nuestra lengua, pero expresa el sentido, por lo que no es necesario indagar o disputar sobre el mismo. ¿Pues cambiaría el sentido si se dijera "A él la gloria", al que se da la gloria por Cristo? Porque *por Jesucristo, al cual la gloria*, es lo mismo que "Al cual, por Jesucristo, la gloria". En relación a la disposición de las palabras hay que decir que una frase resulta inusual y la otra es la usual.

La generación del Hijo y la procesión del Espíritu Santo. El "homousios" de Nicea

XIV.1. Me preguntas: "Si de la sustancia del Padre es el Hijo y también de la sustancia del Padre es el Espíritu Santo, ¿por qué el uno es Hijo y el otro no es hijo?" Te voy a responder, lo entiendas o no lo entiendas. El Hijo viene del Padre y el Espíritu Santo viene

del Padre; pero el Hijo viene del Padre por generación y el Espíritu Santo por procesión. Luego el Hijo viene del Padre en cuanto engendrado por el Padre, y el Espíritu Santo viene de los dos en cuanto que procede de ambos.

Por esta razón, el Hijo, refiriéndose al Espíritu Santo, dijo: *Procede del Padre* ³⁹, ya que el Padre es el autor de su procesión; y el Padre engendró tal Hijo, que, al engendrarle, le dio el que también de él procediera el Espíritu Santo. Porque si no procediera también del Hijo, éste no hubiera dicho a sus discípulos: *Recibid el Espíritu Santo*, y, soplando sobre ellos, dárselo ⁴⁰; para expresar así que también procedía de él, manifestando claramente mediante el sople lo que daba secretamente por la espiración.

Pues si el Espíritu Santo hubiera nacido, no sólo del Padre ni sólo del Hijo, sino de los dos, ciertamente hubiera nacido, y sin duda alguna hubiera sido hijo de los dos. Y puesto que de ningún modo es hijo de ambos, no pudo nacer de los dos. El Espíritu Santo es de los dos, por proceder de ambos. Pero ¿quién podrá explicar en aquella excelentísima naturaleza la diferencia que hay entre nacer y proceder? Porque no todo el que procede nace, aunque todo el que nace procede, como no todo el que tiene dos pies es hombre, aunque todo hombre es bípedo. Esto es lo que sé. Pero no sé, no puedo, carezco de fuerzas para distinguir entre aquella generación y esta procesión. Y como aquella y ésta son inefables, según el profeta lo predijo del Hijo: *Su generación, ¿quién la describirá?* ⁴¹, del mismo modo se ha de decir del Espíritu Santo: Su procesión ¿quién la describirá?

A nosotros nos basta saber que el Hijo no viene de sí mismo, sino de aquel del cual nació, y el Espíritu Santo no viene de sí mismo, sino de aquel de quien procede. Y como procede de ambos, conforme ya lo hemos manifestado, se sigue que el Espíritu Santo es del Padre, según se lee: *Si el Espíritu del que resucitó a Cristo de entre los muertos, habita en vosotros*, y también es del Hijo, pues se lee: *Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, ése no es de Cristo* ⁴². Porque no hay dos Espíritus Santos, como si cada uno de ellos fuera de cada uno de los otros dos, uno del Padre y otro del Hijo, sino que sólo hay uno, que es del Padre y del Hijo. Del Espíritu Santo está escrito: *Porque es un único Espíritu todos nosotros fuimos bautizados para formar un solo cuerpo, ya seamos judíos, griegos, esclavos o libres; y todos bebimos de un único Espíritu* ⁴³; y en otro lugar: *Un solo cuerpo y un solo Espíritu* ⁴⁴.

2. Pero ¿qué es esta Trinidad sino ser de una misma sustancia? Puesto que el Hijo no ha sido hecho de alguna materia o de la nada, sino que ha sido engendrado por el Padre, del mismo modo el Espíritu Santo no ha sido hecho de alguna materia o de la nada, sino que es de donde procede. Pero vosotros no queréis que el Hijo sea engendrado de la sustancia del Padre, y, sin embargo, concedéis que no fue hecho de la nada ni de alguna materia, sino que viene del Padre. No comprendéis que es necesario admitir que el que no ha sido hecho de la nada o de otra cosa, sino que viene de Dios, tiene que proceder de la sustancia de Dios, y ser lo mismo que es Dios del que procede, a saber Dios de Dios. Por eso, nació Dios de Dios, porque antes no fue otra cosa, sino que su naturaleza es coeterna a Dios; no es otra cosa distinta de lo que es aquel de quien viene, es decir, es de la única y misma naturaleza, de la misma y única sustancia que el Padre.

Oís esto, e ignoro qué clase de corazón tenéis, pues pensáis que afirmamos que el Hijo ha nacido del Padre del mismo modo que los seres corporales nacen de los seres corporales. Y como éstos nacen corruptibles, nos acusáis de atribuir la pasión corporal y la corrupción a la generación del Hijo, que procede del Padre. Llenos de pensamientos carnales, no creéis que la sustancia de Dios pueda engendrar al Hijo, a no ser que padezca lo que la sustancia carnal padece cuando engendra. Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios.

Cuando leéis: *Para que estemos en su Hijo verdadero, Jesucristo* ⁴⁵, pensad en el Hijo

verdadero de Dios. Pero de ninguna manera creeréis que este Hijo es verdadero Hijo de Dios si negáis que ha nacido de la sustancia del Padre. ¿Acaso ya era hijo del hombre y, por concesión divina, se convirtió en Hijo de Dios, nacido ciertamente de Dios, pero por gracia, no por naturaleza? ¿O tal vez, aunque no era hijo del hombre, era ya otra criatura y, porque la cambió Dios, se convirtió en Hijo de Dios? Si ninguna de estas dos hipótesis es admisible, habrá que concluir que nació o de la nada o de alguna sustancia. Pero para que no pensemos que sostenéis que el Hijo de Dios fue hecho de la nada, afirmasteis que el Hijo de Dios no fue hecho de la nada, y así nos librasteis de esta preocupación. En consecuencia, tuvo que ser hecho de alguna sustancia. Si no fue hecho de la sustancia del Padre, ¿de cuál? Decidlo. Pero os es imposible porque no la halláis. En vista de esto, no os avergoncéis de confesar con nosotros que el Hijo Unigénito de Dios, Jesucristo nuestro Señor, es de la sustancia del Padre.

3. Luego el Padre y el Hijo son de una misma sustancia. Esto significa aquel "homousios", que los Padres católicos establecieron con la autoridad de la verdad y con la verdad de la autoridad en el Concilio de Nicea contra los herejes arrianos. Después, en el Concilio de Rímini, bajo el hereje emperador Constancio, lo que la fe antigua había alumbrado, la herética impiedad intentó arruinar, basándose en la novedad del vocablo, que no se entendió debidamente, engañando unos pocos a la mayoría de modo fraudulento. Pero poco más tarde, prevaleciendo la libertad de la fe católica, y una vez que el sentido de la palabra se entendió como debía, el "homousios" fue defendido por todas partes en beneficio de la pureza de la fe católica. Pues ¿que significa "homousios" sino que el Hijo es de la única y misma sustancia que el padre? ¿Qué quiere decir "homousios" sino *Yo y el Padre somos uno*?⁴⁶

Pero ahora, para no prejuzgar el tema, ni yo debo recurrir al Concilio de Nicea ni tú al de Rímini, ni yo debo apoyarme en la autoridad de aquel Concilio ni tú en la de éste. Basados en la autoridad de las Escrituras, no en los testimonios propios de cada uno, sino en los comunes a los dos, hay que dejar que se enfrenten la materia con la materia, la causa con la causa y el razonamiento con el razonamiento.

Los dos leemos: "Para que estemos en su Hijo verdadero, Jesucristo; él es el verdadero Dios y la vida eterna". Los dos debemos rendirnos ante la magnitud de tanto peso. Porque, dinos, ¿este verdadero Hijo de Dios, distinto de los que por gracia son llamados hijos en virtud de cierta propiedad del nombre, es de ninguna sustancia o de alguna? Respondes: "No afirmo que sea de ninguna sustancia para no admitir que fue hecho de la nada". Luego es de alguna sustancia. Por eso te pregunto, ¿de cuál? Si no es de la del Padre, busca otra. Si no encuentras otra, y ciertamente no la encuentras, reconoce que es de la sustancia del Padre, y confiesa al Hijo "homousios" al Padre.

La carne nace de la carne, el hijo de la carne nace de la sustancia carnal. Quitad por completo la corrupción, arrojad de vuestra mente las pasiones carnales, comprended lo invisible de Dios por medio de los seres creados. Creed al Creador, que concedió a la carne el poder engendrar un hijo de carne, que dio a los padres carnales el poder engendrar verdaderos hijos de carne de su sustancia carnal, de modo que los hijos y los padres son de una sola sustancia, y veréis que con mayor razón el Padre podrá engendrar de su sustancia un verdadero Hijo y tener con el Hijo verdadero la única sustancia, permaneciendo la incorrupción espiritual, totalmente opuesta a la corrupción carnal.

4. Pero no comprendo lo que dijiste sobre el alma. Tus palabras fueron éstas: "Pues no comparáis aquella tan gran magnificencia a la nobleza del alma, sino a la fragilidad del cuerpo. Ciertamente del cuerpo nace la carne, el hijo corporal; pero del alma no nace el alma". Después de esta especie de presupuestos fundamentales, afirmas seguidamente que el alma engendra hijos, pues añades: "Si nuestra alma engendra incorruptible e

impasiblemente, sin experimentar la menor merma o impureza alguna, sino que según los derechos divinos, legítimamente engendra a un hijo, y permaneciendo íntegra se acomoda al cuerpo, conforme al sentir unánime de los sabios, ¿cuánto más el Dios omnipotente?" E inmediatamente agregas: "¿Cuánto más Dios Padre incorruptible engendrará incorruptiblemente al Hijo?"

Ya anteriormente advertí que no comprendía lo que pretendías que se entendiera acerca del alma, pues de ella primero afirmaste que el alma no nace del alma, y luego que el alma engendra incorruptiblemente a un hijo. Si engendra a un alma, ¿cómo el alma no nace del alma? Si engendra a la carne, tú verás cómo la carne es verdadero hijo del alma. Porque Cristo, en relación al cual pensaste que tenías que ofrecer esta similitud, es verdadero Hijo de Dios. Pero si quieres entender que el alma engendra incorruptiblemente a un hijo en el sentido que expuso el Apóstol: *En Cristo Jesús os engendré por medio del Evangelio*⁴⁷, ¿por qué no consideras que aquellas almas, que el Apóstol engendró, renovándolas por el Evangelio, ya existían en la antigua vida de pecado? Pues el Verbo, que es Dios Hijo Unigénito de Dios, según ya lo hemos discutido, antes no era algo, y, por renovación, después fue engendrado por el Padre, sino que siempre existió con el Padre; como es y será siempre coeterno, engendrado por el eterno de un modo admirable e inefable. Pero si introdujiste esta similitud tan dispar, para afirmar que Dios Padre engendra incorruptiblemente, es mejor que no te esfuerces. Confieso sin la menor restricción mental que Dios Padre engendró incorruptiblemente, pero engendró lo que él mismo es.

Y de nuevo digo aquí lo que se os ha de repetir constantemente: o el Hijo de Dios nació de alguna sustancia, o de ninguna. Si de ninguna, luego fue hecho de la nada, lo cual ya sabemos que no queréis admitirlo. Si nació de alguna sustancia, y ésta no es la del Padre, no es verdadero Hijo. Si nació del Padre, el Padre y el Hijo son de la única y misma sustancia. ¿Cómo dices que el Padre nada quitó al Hijo si, siendo de la misma sustancia, el Hijo no sólo es menor, sino que no puede crecer, lo cual no sucede con un niño?

5. Con anterioridad he disputado suficientemente sobre la inmortalidad de Dios, que no es exclusiva del Padre, sino que pertenece a Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, el cual, como dijo el Apóstol, tiene la inmortalidad. Expuse este tema cuando cité el testimonio apostólico aludido.

6. No te agrada que sostengamos que el Hijo es igual que el Padre, como si el verdadero Hijo pudiera ser desigual, no nacido en el tiempo, sino coeterno al que le engendró, lo mismo que el resplandor, efecto del fuego productor, aparece coeterno a éste. Pero dices: *El Hijo de Dios tiene por autor al Padre*. Si llamas a Dios Padre autor de Dios Hijo, porque el Padre engendró y el Hijo fue engendrado, porque éste viene de aquél y aquél no viene de éste, lo confieso y lo concedo. Pero si con el nombre de autor pretendes hacer menor al Hijo y mayor al Padre, o que el Hijo no sea de la misma sustancia de la que es el Padre, lo repruebo y lo rechazo.

Porque también el hijo de un hombre, en cuanto que es hijo, tiene por autor a aquel de quien ha nacido, esto es, a su padre, y, sin embargo, no es de distinta sustancia de la que es su padre. Y aunque el hijo sea menor y el padre mayor, puede el primero, por crecimiento, llegar a la constitución y robustez de su padre, pero no conseguirá igualar del todo a su padre, pues éste se debilitará al envejecer. Así, pues, es necesario que la mortalidad varíe por la edad, cuando se trata de un nacimiento temporal, no eterno. Porque en el nacimiento eterno ni el Hijo crece ni el Padre envejece. Luego no es desigual la vida en ambos, pues donde se da la eternidad, no existe la edad. Por eso, la constitución de los dos no es diferente, pues el verdadero Hijo, que no nació para crecer ni permanece degenerado, nació igual al Padre. En consecuencia, la divina natividad es muchísimo mejor y más excelente que la natividad humana por la generación incorruptible

e inviolable, y no es inferior a causa de la diversidad de naturaleza.

7. Pero dices: "el Hijo recibió la vida del Padre". La recibió, como el engendrado la recibe del que le engendra. Por eso afirmó: *Todo lo que tiene el Padre es mío* ⁴⁸. Porque todo lo que tiene el Padre se lo dio al Hijo engendrándole, y éste lo recibió naciendo. El Padre no perdió lo que poseía dándolo, ni el Hijo recibió lo que no tenía naciendo; sino que, como el Padre permaneció con todo, al dar al Hijo todo lo que éste tiene, del mismo modo el Hijo jamás existió sin tenerlo todo, ya que lo recibió en cuanto Hijo, no por necesidad, sino por nacimiento. Pues nunca pudo no haber nacido, y siempre tuvo aquello sin lo cual no hubiera nacido, porque siempre nació, y es inmutable de nacimiento. Si el Padre tuviere algo que no haya dado al Hijo, sería falso lo afirmado por éste: *Todo lo que tiene el Padre es mío*. Pero, puesto que es verdadera la afirmación del Hijo, todo lo que tiene el Padre, como ya dijimos, lo dio engendrando, y el Hijo lo recibió naciendo. Y en virtud de esto, el Padre dio la vida, porque engendró la vida; y el Hijo recibió la vida, porque nació siendo vida.

Si la tiene menor, débil o diversa, se sigue que no todo lo que tiene el Padre se lo dio al Hijo. Y en ese caso, ¿cómo sería verdadero el dicho: *Todo lo que tiene el Padre es mío*? ¿Y quién se atreverá a sostener que no es verdad lo que afirmó la Verdad? Por lo cual, como *el Padre tiene la vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener la vida en sí mismo* ⁴⁹. Como la tiene la da, la que tiene la da, tal cual la tiene la da, cuanta tiene tanta da. Todo lo que tiene el Padre es del Hijo. Pues el Padre no dio al Hijo un poco menos de vida que él tiene, ni el Padre perdió la vida que dio al Hijo. Porque conservó viviendo lo que dio engendrando. Pues el Padre es la vida y el Hijo es la vida. Y aquél y éste tienen la misma vida. Pero el Padre tiene la vida sin recibirla de otro, y el Hijo tiene la vida dada por la vida; mas en ambos esa vida es tal cual, tanta cuanta, por completo igual; porque es verdadero Hijo, perfecto Hijo, único Dios Hijo no degenerado respecto al único Dios Padre, por lo que el Hijo es igual al Padre.

Lo que dices del Hijo, que todo lo recibió del Padre, también nosotros lo confesamos. El Padre dio y el Hijo recibió. Pero como todo lo que tiene el Padre se lo dio al Hijo por generación, ciertamente le tuvo que engendrar igual, porque no le dio menos de lo que él mismo tiene. Luego ¿cómo dices que el Padre dio y el Hijo recibió, para concluir que el Hijo no es igual al Padre, cuando puedes comprobar que al Hijo le dio todo y que recibió la misma igualdad que el Padre?

Está escrito: *Es mejor dar que recibir* ⁵⁰. Pero en esta vida, en la que se da la necesidad, es preferible la abundancia. Es mejor tener que necesitar; es mejor dar que recibir; es mejor repartir que mendigar. Ahora bien: allí donde el que dio, dio engendrando, y el que recibió, recibió naciendo, no se socorrió al pobre, sino que la misma abundancia fue engendrada. El que recibe no puede ser desigual al que da, porque también recibió el ser igual. Pues no tiene menos que el Padre aquel que dice: *Todo lo que tiene el Padre es mío*. Por consiguiente, es igual al Padre. Sin embargo, en cuanto que *se humilló, tomando la forma de siervo*, no perdiendo la forma de Dios, se hizo en la forma de siervo *obediente hasta la muerte de cruz* ⁵¹, en la que fue algo menor que los ángeles, para permanecer igual al Padre en la forma de Dios, ya que ésta no es mudable.

8. Así, pues, ¿hay algo digno de admiración en que los testimonios que aduces digan: *Yo hago siempre lo que agrada al Padre* ⁵²; y junto al sepulcro de Lázaro: *Padre, te doy gracias, porque me has escuchado; yo sabía que siempre me escuchas, mas lo dije por los que me rodean, a fin de que crean que tú me has enviado* ⁵³; y de nuevo: *Es preciso que obre las obras del que me envió* ⁵⁴; y antes de partir los panes *dio gracias al Padre?* ⁵⁵ Si con estos testimonios y otros parecidos pretendieras demostrar que el Hijo, en la forma de siervo, es inferior al Padre, y en la forma de Dios viene del Padre y no éste

del Hijo, mantendrías la regla ortodoxa de la fe, no oponiéndote a la verdad, y no atacarías con semejantes testimonios al Evangelio, sino que lo enseñarías; pero repitiéndolos constantemente parece que el Hijo dice muchas cosas, de manera que los no entendidos piensen que también es menor al Padre en la misma divinidad.

Pues ¿qué es lo que agrada al Padre sino lo mismo que agrada al Hijo? ¿O de dónde puede el Hijo hacer lo que agrada al Padre sino porque de éste recibe todo, lo que le hace ser igual al Padre? ¿Cómo no dará gracias al Padre, de quien viene, sobre todo, en la forma de siervo, en la que es menor a él? ¿Cómo no rogará al Padre el que escucha como Dios juntamente con el Padre? ¿Quién es el cristiano que ignora que el Padre envió y el Hijo es enviado? Porque no era conveniente que fuera enviado el que engendra por el engendrado, sino éste por el que le engendra. Esto, sin embargo, no implica desigualdad de sustancia, sino orden de naturaleza: no en cuanto uno sea anterior al otro, sino en cuanto que uno viene del otro.

Pues era necesario que el enviado hiciera las obras del que le envió. ¿Cuáles son las obras del Padre que no sean del Hijo, cuando éste mismo afirma: *Cuanto hace el Padre, igualmente lo hace el Hijo?*⁵⁶ Pero las llama obras del Padre, pues no se olvida él de quién viene; y recibe del Padre el poder hacer tales obras. Vosotros de tal modo entendéis esto, que pensáis que el Padre es mayor que el Hijo, pues éste dijo que no caería en tierra un pájaro sin el beneplácito del Padre, como si pudiera caer sin el beneplácito del Hijo. ¿Acaso pretendéis que el Hijo sea tan inferior que ni siquiera tenga potestad sobre los pájaros?

Pero si no queréis asentir a esta regla, conforme a la cual en cualquier lugar de los Libros Sagrados que leáis, y que del mismo pareciese deducirse que el Hijo es menor que el Padre, lo debéis entender así: o que se dice respecto a la forma de siervo, en la que ciertamente es menor que el Padre; o que no se demuestra que el uno sea mayor que el otro, sino que el uno viene del otro. Pero, tengo que decirlo, no queréis admitir esta regla. Pues llamáis sin razón alguna al Hijo verdadero Hijo de Dios si no afirmáis que es de la misma sustancia del Padre.

Para corroborar esto recurriré a un ejemplo humano por la debilidad de la carne: tenemos dos hombres, padre e hijo; si el hijo es obediente al padre, si por algún motivo ruega al padre, si da gracias al padre, finalmente si es enviado por el padre a alguna parte, en donde diga que no ha venido para hacer su voluntad, sino la del que le envió, ¿por ventura se demostraría de todo esto que no es de la misma sustancia que tiene su padre? Luego ¿por qué, cuando decís semejantes cosas del Hijo de Dios, inmediatamente os precipitáis de pensamiento y de palabra en tan enorme sacrilegio que no creáis ni sostengáis que el verdadero Hijo de Dios es de la única y misma sustancia que el Padre?

9. ¿Por qué pensaste que debías citar el testimonio en el que clarísimamente se ve que el Hijo habla en cuanto hombre: *Tengo potestad para entregar mi alma y para volver a recuperarla. Pues este precepto recibí de mi Padre?*⁵⁷ ¿De qué te sirve este texto para tu tesis? ¿Acaso dijo otra cosa que "Tengo potestad para morir y resucitar?" Así afirmó: *Nadie me la quita, sino que la entrego y de nuevo la recobro*⁵⁸. ¿Qué otra cosa quiso decir sino que no podía morir, a no ser que él mismo lo aceptase voluntariamente? Pues ¿por ventura, si no era hombre, podía morir y resucitar? Porque introdujiste este testimonio para preparar lo que ibas a decir: "Ciertamente se refería a la potestad que había recibido del Padre", *Tengo potestad para entregar mi alma y para volver a recuperarla*. Como si el que había de entregar el alma no fuese hombre. Luego recibió esta potestad en cuanto hombre, no en cuanto Dios.

Aunque no hubiera dicho: "Esta potestad", sino: *Este precepto recibí de mi Padre*, ¿quién ignora que una cosa es el precepto y otra la potestad? Pues esto es propio de la potestad,

que podamos hacer lo que queremos; pero el precepto nos obliga a hacer lo que ya podemos hacer. Si aún no tenemos potestad para hacerlo, debemos orar para que se nos conceda esa potestad, y así cumpliremos lo que está preceptuado. Por lo cual, si queréis prestar atención a lo que está claro, comprobaréis que el Hijo recibió esa potestad en cuanto hombre.

Sin embargo, por los contumaces, voy a responder a estos dos extremos: Si el Hijo recibió esta potestad en cuanto hombre, de nada te sirve este testimonio, como tú mismo lo verás, pues pretendes demostrar, basándote en esa potestad recibida del Padre, que el Hijo es menor que el Padre, lo cual nosotros no ponemos en duda, ya que Cristo, en cuanto hombre, es menor que el Padre. Pero si prefieres admitir que recibió esa potestad en cuanto Dios, engendrándole el Padre igual a sí, tuvo que darle tanta potestad sobre todas las cosas cuanta tiene el mismo Padre. Pues si la potestad que tiene el Hijo es menor que la que tiene el Padre, se deduce que no todo lo que tiene el Padre es del Hijo; ahora bien: como todo lo que tiene el Padre es del Hijo, sin duda alguna éste tendrá tanta potestad cuanta tiene el Padre.

También, en relación al precepto, podemos establecer un doble sentido: o lo recibió en cuanto hombre o lo recibió en cuanto Dios. Si en cuanto hombre, no se plantea el menor problema, porque es menor que el Padre. Pero si lo recibió en cuanto Dios, no se demuestra por eso que sea menor que el Padre, ya que lo recibió por nacimiento, no por indignidad. Porque en el único Verbo de Dios todos los preceptos son de Dios, que el Padre, engendrando, los dio al que nació, y no, al engendrar, se los impuso al necesitado. Por eso el Padre engendró tanto cuanto él es, pues engendró de sí mismo un verdadero Hijo, engendró de la plenitud de la divinidad un Hijo perfecto, que no había de perfeccionarse al crecer en edad.

Pero te pregunto con un ejemplo más sencillo: ¿por qué al hijo de un hombre, que es hombre, si recibe un precepto de su padre, no dices que es de otra sustancia, y al Hijo de Dios, que es Dios, porque recibe un precepto del Padre, te atreves a negarle que sea de la sustancia paterna? Perfectamente se puede sostener que recibió el precepto del Padre y que es de la misma sustancia del que le dio el precepto. ¿Quién soportará comprobar que te opones a esto, si acuden a escucharte hombres, padres e hijos, que son de la misma sustancia, y los hijos no son degenerados por percibir preceptos de sus padres?

Pero puede que digas: los padres instruidos dan preceptos a los hijos indoctos. Aplícalo ahora al Hijo de Dios, nacido Dios de Dios Padre, pero que tuvo que nacer imperfecto si recibió preceptos por ser un indocto. Ahora bien puesto que nació perfecto, el Padre, al engendrarle, le dio preceptos, y él, naciendo, los recibió. Pues jamás el verdadero Hijo de Dios nació indocto. Por otra parte, el Hijo siempre existió.

El Hijo es de la misma sustancia que el Padre

XV.1. No niegas que el Hijo exista en la forma de Dios, pero niegas que sea igual a Dios Padre y piensas que el Padre tiene una naturaleza superior a la del Hijo. Como si el Padre no pudiese comunicar del todo al Hijo la forma de la que le engendró, no creándole ni haciéndole de otra sustancia. O bien pudo engendrar en su único Hijo su forma plena, y, sin embargo, no la engendró plena, sino menor. Considerad qué es lo que se deduce de esto. Y volved al redil, para que no os veáis obligados a sostener que el Padre es un envidioso.

Decís que el Hijo es Dios, decís que es el Señor, pero admitís dos dioses y dos señores, contra lo que proclama la Escritura: *Escucha, Israel: el Señor, tu Dios, es un solo Señor*⁵⁹. ¿Qué os aprovecha con semejante sacrilegio otorgar al Padre una naturaleza tan excelsa si se la negáis al Hijo? ¿Acaso si el uno es mayor y el otro menor, no son dos

dioses y dos señores? Si deseáis veros libres de este error, confesad que uno es el Padre y otro el Hijo, y no digáis que ambos son a la vez dos, sino un único Señor Dios. Afirmáis que el Hijo es rey, nacido ciertamente del Padre rey; y no consideráis que entre los humanos los hijos de los reyes, aunque no sean reyes por haber nacido de reyes, son hombres por haber nacido de hombres; tampoco comparten la potestad regia con sus padres, pero tienen la misma naturaleza. Vosotros concedéis al Hijo de Dios el ser Rey de los reyes juntamente con el Padre y le negáis con impía vanidad la naturaleza paterna.

Decís que es desigual a Dios Padre *el que no por usurpación*, esto es, *el que no consideró ajeno el ser igual a Dios, pero*, sin buscar su propio interés, sino el nuestro, se humilló, no perdiendo la forma de Dios, sino *asumiendo la forma de siervo*, en la que se *hizo obediente al Padre hasta la muerte de cruz*⁶⁰. En esta forma no queréis reconocerle menor a Dios Padre para así negar que en la forma de Dios sea igual al Padre.

Dices: "Nosotros somos llamados hijos por gracia, no hemos nacido hijos por naturaleza. Luego el Unigénito es Hijo, por serlo según la naturaleza de su divinidad, es decir, por haber nacido Hijo". Estas palabras no sólo son tuyas, también las hacemos nuestras. ¿Por qué pretendes que no sea de la misma naturaleza del Padre aquel a quien confiesas Hijo de Dios por naturaleza y no por gracia? Considera la infamia que estás defendiendo. ¿Acaso no es preferible quitar al Hijo de Dios rey el reino paterno a quitarle la naturaleza?

2. Con anterioridad ya disputé suficientemente sobre el Espíritu Santo: cómo también él viene de Dios y, sin embargo, no es hijo, porque se lee que viene de Dios por procesión, no por generación. Dices: "Nosotros no admitimos la naturaleza respecto al Dios Padre no nacido". Y como dando la razón de por qué no admitís la naturaleza en relación a Dios Padre, añades seguidamente "Creemos lo que dijo Cristo, *Dios es espíritu*". Como si Cristo, en cuanto Dios, no fuese espíritu; y, sin embargo, de él dijiste que es Hijo por naturaleza. Luego no basta que el Padre sea espíritu para negarle la naturaleza. En todo caso, no queréis que sea naturaleza, porque no ha nacido; pues pensáis que la naturaleza viene de nacer. Sabed de una vez que lo que es cada cosa lo es en virtud de su sustancia, que es lo mismo que en virtud de su naturaleza. De todos modos, si creéis que no se debe decir que el Padre y el Hijo son de la misma naturaleza, decid que son de la misma sustancia. Para la cuestión que entre nosotros se debate esto es suficiente.

Sin embargo, debéis ser advertidos, para que consideréis lo que dice el Apóstol: *Servisteis a los que por naturaleza no son dioses*⁶¹, en donde mostró con toda certeza que debemos servir al Dios que es Dios por naturaleza. Por tanto, vosotros, que creéis que Dios Padre no es Dios por naturaleza, pensad cómo le constituís. Y si os queda una pizca de pudor, avergonzaos. He aquí que os decimos: no servimos a un dios que no es dios por naturaleza, no sea que nos identifiquemos con aquellos de quienes se dijo: *Servisteis a los que por naturaleza no son dioses*. Si vosotros queréis ser iguales a ellos, pediremos para que no lo queráis, y digáis que Dios Padre es Dios por naturaleza, y no neguéis que el Hijo del Padre, al que concedéis que es Hijo, no por gracia, sino por naturaleza, sea de la misma naturaleza que el Padre y no otra cosa que verdadero Hijo.

Pues ¿cómo decís que también vosotros confesáis al verdadero Hijo y no negáis que es semejante al Padre, cuando negáis que es de la misma sustancia del Padre? Porque como la misma sustancia revela al verdadero hijo, la sustancia distinta revela al que no es verdadero hijo. ¿Cómo decís que el Hijo es semejante al Padre y no queréis concederle la sustancia del Padre? ¿Acaso la pintura o la estatua de un hombre no es semejante a él y, sin embargo, no se les puede llamar hijos, puesto que son de distinta sustancia? Sin duda alguna, el hombre fue creado a semejanza de Dios, y porque no es de su única y misma sustancia, no es verdadero hijo, y por eso se hace hijo por gracia, ya que no lo es por naturaleza. Luego si queréis confesar al verdadero Hijo de Dios, ante todo y básicamente decid que es de su única y misma sustancia, para que le reconozcáis como verdadero

Hijo e Hijo de Dios, semejante en todo al Padre. Porque al que pensáis que tiene una sustancia distinta, le hacéis más diferente que semejante, y le negáis por completo que sea verdadero Hijo.

Pues queréis saber cuánto importa tener una e idéntica sustancia para dar a conocer al verdadero hijo. Aunque el hijo de un hombre sea hombre, semejante a su padre en algunas cosas y en otras diferente, sin embargo no puede negarse que es verdadero hijo, pues es de su misma sustancia, y porque es verdadero hijo, no puede negarse que es de su misma sustancia. Pero vosotros de tal modo afirmáis que el verdadero Hijo de Dios es semejante al Padre, que pretendéis que sea de distinta sustancia, cuando sólo por la sustancia puede conocerse al verdadero hijo. Pues dos hombres verdaderos, aunque ninguno de ellos sea hijo del otro, son, sin embargo, de una misma sustancia. Pero el hombre de otra sustancia bajo ningún concepto puede ser verdadero hijo de un hombre, a no ser que sea de la misma sustancia de su padre, aunque no sea en todo semejante a él.

Por lo cual, el verdadero Hijo de Dios es con el Padre de una sola sustancia, porque es verdadero Hijo, y es en todo semejante al Padre, porque es Hijo de Dios. Pero no es lícito afirmar, como acontece con los hijos de los hombres o de cualquier animal, que el verdadero Hijo de Dios es ciertamente de la misma sustancia con el Padre, aunque no en todo semejante a él. Por consiguiente, aceptad con nosotros el Concilio de Nicea si queréis llamar a Cristo verdadero Hijo de Dios.

3. Dices: "Se nos acusa de admitir diversas naturalezas". ¿Qué otra cosa dices del Padre y del Hijo? ¿Qué otra cosa dices? ¿Acaso piensas que estás libre de esta acusación por añadir a continuación: "Pero has de saber que nosotros sostenemos que el Padre, que es espíritu, engendró un espíritu antes de todos los siglos, que Dios engendró a Dios?" Esto afirmáis y es cierto; pero callaste lo que es falso y execrable. Pues es verdadero decir que "el espíritu engendró al espíritu". Pero esto, que es verdadero, lo decís con cierta intención, ya que también es espíritu el de diversa naturaleza. Pues son de diversa naturaleza el Espíritu de Dios o Dios Espíritu y el espíritu del hombre y, sin embargo, los dos son espíritu, asimismo, son de naturalezas diversas el espíritu del hombre y el espíritu del animal. También se llama a Dios y al hombre dios, como está escrito: *Sois dioses*⁶²; del mismo modo, Moisés fue dado como dios al faraón. Ahora bien: siendo diversas las sustancias de Dios y del hombre, con todo los dos son llamados dios.

En resumen: sois argüidos con toda razón, aunque digáis de Dios Padre y de Dios Hijo que "el espíritu engendró al espíritu", pues admitís en ellos diversas naturalezas; tampoco por decir "Dios engendró a Dios" rechazáis que los dos sean de diversa naturaleza, pues no admitís que el Hijo es en todo igual al Padre. Porque si enseñareis que el Hijo es en todo igual al Padre, también reconoceríais que hay que confesarlos de la única y misma naturaleza o sustancia.

Lógicamente, si piensas purificarte de este crimen que se os imputa, a saber: que sostenéis que son diversas las naturalezas de Dios Padre y de Dios Hijo, así como dices: "El espíritu engendró al espíritu", debes decir también: "El espíritu engendró al espíritu de la misma naturaleza o sustancia"; y del mismo modo que dices: "Dios engendró a Dios", también has de decir: "Dios engendró a Dios de la misma naturaleza o sustancia". Porque si esto creyeres y afirmares, no se te volvería a acusar bajo ningún pretexto sobre ésta cuestión. Pero si no dijeres esto, ¿de qué te sirve decir que "el verdadero Padre no nacido engendró un verdadero Hijo", ya que sin la menor duda no será verdadero Hijo, si no es con el que le engendró de la única y misma sustancia?

4. El Hijo dice ciertamente, dirigiéndose al Padre: *Pues ésta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que enviaste, Jesucristo*⁶³; esto es, que

conozcan como a único Dios verdadero a ti y al que enviaste, Jesucristo. Basados en estas palabras, sólo admitís como verdadero Dios al Padre y no a éste con el Hijo. Entonces, ¿qué otra cosa hacéis sino negar que el Hijo es verdadero Dios? Ahora bien: puesto que el Padre y el Hijo no son dos dioses, sino un único Dios, evidentemente también el Hijo es verdadero Dios, y junto con el Espíritu Santo es un solo Dios.

Y no debe hacernos vacilar el que en este texto no se nombre al Espíritu Santo, como si no fuera Dios o no fuera verdadero Dios. Esto es lo mismo que si alguno dijera que Cristo no conocía lo que es de Dios, porque dijo el Apóstol: *Nadie conoce lo que es de Dios sino el Espíritu de Dios*⁶⁴. *Nadie conoce, sino el Espíritu de Dios*, quiere decir que "Sólo el Espíritu de Dios lo conoce". Pero así como no se excluye a Cristo de este conocimiento, del que se afirma que sólo el Espíritu de Dios lo tiene, del mismo modo, por decir que el Padre y Cristo son el solo Dios verdadero, no se excluye al Espíritu Santo. Así, aquel hombre, del que se decía en el Apocalipsis que nadie lo conocía, sino el mismo que lo tenía escrito, esto es, Cristo, ciertamente lo conocía el Padre, lo cual no podéis negar; también lo conocía el Espíritu Santo, aunque lo neguéis. *Pues el Espíritu todo lo sondea, hasta las sublimidades de Dios*⁶⁵. Es posible que, porque es llamado escudriñador, se le niegue que pueda comprender; en tal caso, habrá que negar que Dios penetra los corazones y los riñones del hombre, ya que está escrito: *Dios, que escruta los corazones y los riñones*⁶⁶.

Luego de tal modo se dice que Dios Padre y Jesucristo son el solo Dios verdadero, que de ninguna manera el Espíritu Santo pueda ser excluido de la realidad de la deidad. Porque el Hijo no dice que, conforme a tu sentir, "Dios es el solo poderoso, el solo sabio, el solo Padre bueno". Pues el único y solo Dios es la Trinidad, como lo manifiesta todo lo que con anterioridad hemos repetido hasta la saciedad.

5. Afirmas con toda verdad que "Dios Padre engendró al Hijo Dios, no perfectible, sino perfecto". Pero, puesto que no quieres equiparar la perfección del Hijo a la perfección del Padre, sostienes un error y contradices la verdad, según la cual el Hijo es verdadero Hijo. Dices: "El hombre, si pudiera engendrar un hijo perfecto, no engendraría un niño, que ya al cabo de los años llegue por fin a cumplir la voluntad de su progenitor". Ciertamente, estás hablando en contra tuya. Y para que no se vuelva contra ti lo que acabas de afirmar, reconoce la igualdad del Padre y del Hijo. Porque también el hombre, si pudiera, engendraría en el mismo instante de la concepción un hijo igual a sí y no esperaría que transcurriesen los años, para que, en la forma de hijo, éste pudiera cumplir la voluntad paterna.

Entonces, ¿por qué Dios no engendró un Hijo igual a sí, al cual no le sean necesarios los años para cumplir la voluntad paterna ni le falte la omnipotencia? ¿Por ventura no quiso? En tal caso, ¡qué horror!, tuvo envidia. Pero si no tuvo envidia, se sigue que le engendró igual a sí. Y por ello es de la única y misma sustancia. Pues el hombre, precisamente por no poder, no engendra un hijo igual a sí, y, sin embargo, le engendra de la misma sustancia que él es. Si no fuese de la misma sustancia, con toda certeza no podría ser verdadero hijo.

Mas ¿qué es lo que intentas al afirmar: "el Padre engendró tal Hijo cual es ahora y cual permanecerá por siempre?" Tu afirmación sería correcta si no negaras que el verdadero Hijo es igual al Padre. Ahora bien: como le llamas perfecto y no le reconoces igual, y no niegas que nació tal cual permanecerá por siempre, sin duda alguna declaras al Hijo menor que el Padre, ya que así permanecerá por siempre. Por esto el hijo de un hombre nace menor que su Padre: porque nace imperfecto y, por crecimiento, llega a adquirir la forma de su padre. El Hijo de Dios nació menor que el Padre y, porque es perfecto y ha nacido inmortal, no admite crecimiento alguno, y su misma perfección le hace ajeno por toda la eternidad a la forma del Padre. He aquí lo que creéis; he aquí lo que afirmáis; he

aquí, lo que es peor, lo que enseñáis.

Pero dices: "Entre los oyentes se da el suficiente discernimiento para elegir uno de estos dos extremos: o admitir que el Hijo fue obediente al Padre, "humillándose y tomando la forma de siervo", al cual el Padre "le dio el nombre que está sobre todo nombre"; o quedarse con tu interpretación". En verdad, los oyentes, a los que Dios da inteligencia, no eligen uno de estos dos extremos, eligen los dos, a saber: que el Hijo fue obediente al Padre y mi interpretación, o mejor, mi exposición, por la que mostré que fue obediente en la forma de siervo, sin perder la forma de Dios, en la que es igual al Padre. Por tanto, considera en qué sentido tan ofensivo atribuyes la obediencia al Hijo de Dios, al cual rebajas la naturaleza en su divinidad.

El Padre de Cristo es también Dios de Cristo

XVI.1. ¿Cuándo has oído de mí que "a causa de los judíos, por humildad, que no por verdad, dijo el Hijo que su Padre es su Dios?" Tal cosa nunca me la has podido oír a mí, porque nunca la he dicho. Pero así como la misma forma de siervo es verdadera y no es falsa, así dijo con verdad y no fingió por humildad que su Padre, a causa de ella, es también su Dios. En efecto, ¿qué fruto puede sacar la humildad cuando se perjudica a la verdad? Tú, en cambio, te has empeñado en refutar esa verdad ciertísima hasta llegar a decir por eso que las mismas palabras con que dice el Señor *mi Dios y vuestro Dios*⁶⁷ no pertenecen a la forma de siervo, porque el Señor se sirvió de esas palabras después de la resurrección; como si por la resurrección hubiese destruido la forma de siervo y no más bien la hubiese mudado en mejor; como si no hubiese resucitado también el mismo que murió; como si la misma forma que sufrió la muerte, esa misma forma no hubiese vuelto a la vida; como si no fue elevada al cielo esa misma forma, y en esa misma forma el Hijo de Dios está sentado a la derecha del Padre, y en la misma ha de venir a juzgar a vivos y muertos. ¿Acaso no es clarísima la contestación de los ángeles, que dicen: *Volverá así como lo habéis visto marcharse al cielo?*⁶⁸ ¿Por qué no iba a decir después de la resurrección: *Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios*⁶⁹, cuando había subido en la misma forma, por la cual desde el tiempo es Dios suyo el que sin tiempo es Padre suyo? Por esa forma no sólo después de la resurrección, sino también después del juicio *se someterá a aquel que le ha sometido todas las cosas*⁷⁰. Por tanto, creo que es superfluo discutir de qué modo han sido dichos cuantos testimonios has aducido, con los cuales llegarías a probar que es llamado Dios de Cristo el mismo que es Padre de Cristo. Y además, pienso que tampoco tú debes dudar de que los has recordado en vano.

2. En cambio, ignoro por completo para qué has recordado y qué has querido probar con aquello, cuando, constituido Señor en la misma carne que había resucitado, dice a sus discípulos: *Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándolas a guardar todo lo que os he mandado*⁷¹. ¿Es que dice: Se me ha dado el poder por mi Dios? Si lo hubiese dicho no debería dudarse de que fue dicho por la misma forma humana. Pero como no lo dijo, no comprendo qué has querido probar con ese testimonio. Sí entiendo que lo has hecho para hablar sin tan ni son. Porque, si tal potestad le fue dada en cuanto Dios, el Padre se la dio al que nacía, no al que la necesitaba, porque la dio al engendrar, no al ir creciendo. Y si tal potestad le fue dada en cuanto hombre, ¿cuál es la cuestión? ¿O es que me has querido advertir que el Señor mandó que las gentes sean bautizadas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo? Allí donde oyes un solo nombre, tú no quieres entender también una sola deidad.

3. En cuanto a lo que dices que ya antes de la encarnación de Cristo el Padre es llamado su Dios, porque está escrito: *Te ha ungió Dios, tu Dios*⁷², mucho antes de que Cristo

haya venido en la carne, ¿no entiendes que fue predicho proféticamente como si ya hubiese sucedido lo que había de venir? ¿Acaso no dice de ese modo profético el mismo Señor: *Han taladrado mis manos y mis pies* ⁷³, y todo lo que anunció mucho antes de su pasión, y así manifestó lo que había de venir como si ya hubiese sucedido? Pues dijo proféticamente de las cosas futuras como si hablara de cosas ya pasadas: *Te ha ungido Dios, tu Dios, con aceite de júbilo sobre todos tus compañeros* ⁷⁴, significando en sus compañeros a los que habían de ser sus siervos, sus socios, sus amigos, sus hermanos y sus miembros. Predijo, pues, lo que iba a suceder: que el Dios de Cristo ungiría a Cristo hombre; el cual, sin embargo, de tal modo fue hecho hombre que permaneciese Dios. Pero le ungiría no con óleo visible y corporal, sino con el Espíritu Santo, a quien la Escritura significa figuradamente como suele con el nombre de aceite de júbilo. Y dijo *ungió*; no dijo *ungirá*, porque en la predestinación ya había sucedido lo que iba a suceder en su tiempo. Temiendo tú que el Espíritu Santo, con quien fue ungido Cristo, aparezca que es mayor que Cristo, porque realmente es mayor que Cristo hombre -efectivamente, el que santifica es mayor que el que es santificado-; temiendo, pues, esto, tú has querido que con el aceite de júbilo apareciese significada aquella alegría con que el Hijo se alegró con el Padre cuando creó la criatura. Y has recordado, como sueles, testimonios no necesarios a tu causa sobre la alegría del Padre y del Hijo. Pero ¿qué vas a hacer o adónde vas a parar? ¿Cómo, lo que es más claro que la luz, lo vas a negar o lo vas a falsificar, cuando te sea leído lo que el bienaventurado Pedro dice en los Hechos de los Apóstoles: *A este Jesús de Nazaret a quien Dios ha ungido con Espíritu Santo?* ⁷⁵ Atiende a lo que estaba profetizado cuando se dijo: *Te ha ungido Dios, tu Dios, con aceite de júbilo, o bien con óleo de alegría sobre todos tus compañeros*. En efecto, Dios, a quien se dijo en el mismo salmo: *Tu trono, oh Dios, permanece para siempre; cetro de rectitud es tu cetro real. Has amado la justicia y odiado la iniquidad; por eso te ha ungido Dios tu Dios* ⁷⁶. Dios Padre ungió al Hijo, quien de tal modo se hizo hombre que permanecía Dios, con la unción de que estaba lleno, esto es, con Espíritu Santo. Por eso se escribió de Él: *Y Jesús, lleno de Espíritu Santo, se volvió del Jordán* ⁷⁷.

El Espíritu Santo también es creador

XVII.1. Dices que no puede entenderse en la persona del Espíritu Santo lo que se dijo del Hijo: *Todo se hizo por medio de Él, y sin Él no se hizo nada* ⁷⁸. Y dices eso para persuadir a cuantos pudieres con lo mismo que a ti te ha persuadido mal, que el Espíritu Santo no es creador, como si leyases que: *Todo se hizo por medio de Él*, sin el Espíritu Santo, o que por medio de ningún otro se hizo todo más que por Él. Aunque si leyases algo parecido, tampoco deberíamos creer que así queda excluido el Espíritu Santo de esa operación por la que es creada la criatura; lo mismo que el Hijo no es excluido de la ciencia de la que se dijo que: *Nadie sabe las cosas que son de Dios sino el Espíritu de Dios* ⁷⁹. Y si, porque no ha sido nombrado en cuanto que la criatura fue hecha también mediante Él mismo, cuando se dijo del Hijo: *Todo se hizo por medio de Él*. Por tanto, piensas que el Espíritu Santo no es creador; y sin duda que tampoco podrás decir que han sido bautizados en su nombre aquellos a quienes Pedro dice: *Haced penitencia, y que sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre del Señor Jesucristo* ⁸⁰, porque no añade y del Espíritu Santo; ni en el nombre del Padre, porque tampoco Él es nombrado allí. Pues si, aun sin nombrar al Padre y al Espíritu Santo, mandó que fueran bautizados en el nombre de Jesucristo y, sin embargo, se entiende que no son bautizados sino en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, ¿por qué no entiendes así del Hijo de Dios que *Todo se hizo por medio de Él* ⁸¹, de modo que allí entiendas, aun sin nombrarlo, también al Espíritu Santo?

2. En realidad, ¿qué hay más excelente entre las criaturas que las virtudes de los cielos?

La palabra del Señor hizo el cielo y el Espíritu de su boca todo su poder ⁸². Habías dicho que yo no encontraba en las divinas Escrituras esos testimonios con que poder afirmar que el Espíritu Santo es igual al Hijo. ¡Sábetete que he encontrado cómo puede aparecer hasta mayor, de no impedirlo la piedad que confiesa verazmente que es igual! Efectivamente, son algo mayor las virtudes de los cielos que hizo el Espíritu de la boca del Señor, esto es, el Espíritu Santo, que los cielos que hizo el Verbo de Dios, o sea, el Hijo Unigénito. Pero si atiendes a la verdad, ambas cosas las hicieron uno y otro. Y lo que se dice del uno y se calla del otro se entiende de uno y de otro. ¿Hay algo más irreflexivo que negar que el Espíritu de Dios es creador cuando se dice al Señor: *Les retirarás su espíritu y espirarán y se volverán al polvo suyo; enviarás tu Espíritu y serán creados; y renovarás la faz de la tierra?* ⁸³ ¡A no ser que digas que el Espíritu Santo era el menos idóneo para crear las cosas que habían de perecer, siendo idóneo para crear las cosas que habían de permanecer sin fin!

He dicho poco antes: ¿qué hay más excelente entre las criaturas que las virtudes de los cielos? Y ¿qué diré de la carne del Creador? Puesto que el mismo Creador, por quien todo fue hecho, dice: *El pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo* ⁸⁴. ¿Qué decir, pues? Que el mundo fue hecho por medio del Hijo, y el Hijo es el creador, y ¿su carne, que es dada por la vida del mundo, es dada por medio del Espíritu Santo, y el Espíritu Santo no es el creador? Cuando la Virgen María hubo respondido al ángel que le prometía el hijo: *¿Cómo sucederá eso, pues no conozco varón?*, el ángel le respondió: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso lo que nacerá de ti santo se llamará el Hijo de Dios* ⁸⁵. Aquí, como ya te lo advertí por pura lógica en un pasaje de tu exposición, tú te empeñabas en afirmar que el Espíritu Santo fue por delante para purificar y santificar a la Virgen María, y después vendría la virtud del Altísimo, es decir, la Sabiduría de Dios, que es Cristo; y ella misma, como está escrito, se edificaría para sí la casa, es decir, ella misma se crearía la carne, y no el Espíritu Santo. Pues ¿qué es lo que dice el santo Evangelio: *Se encontró esperando un hijo por obra del Espíritu Santo?* ⁸⁶ Sin duda que ha sido cerrada la boca de los que hablan iniquidades. Si tú piensas abrir la boca con verdad, confiesa que no sólo el Hijo, sino también el Espíritu Santo es creador de la carne del Hijo.

3. Si vas a decir que todo eso que he recordado fue hecho por medio del Espíritu Santo, a saber: que la virtud de los cielos fue afirmada por medio de Él; que por medio de Él serán creados de nuevo los hombres, que primeramente fueron creados de modo que se conviertan en polvo suyo; que Él mismo hizo la carne de Cristo -y no quiero hablar del alma, porque es una cuestión muy difícil-, y si alguna otra cosa se puede encontrar creada por medio del Espíritu Santo, pero no todo como por medio del Hijo Unigénito, de quien se dijo que *Todo fue hecho por medio de Él* ⁸⁷. Si afirmas eso, ¿no tienes miedo de que se te diga que tanto más importante es el Espíritu Santo que el Hijo, porque se ha reservado para sí las cosas mejores que va hacer y no se ha dignado hacer las cosas inferiores? Pero ¿quién conoce eso sino quien delira? Luego todo fue hecho por medio del Hijo. ¡Lejos el pensar que quede excluido el Espíritu Santo de esta obra! Lo mismo que se dice de las grandes obras de la gracia que *Todo eso lo hace el mismo y único Espíritu* ⁸⁸, y, sin embargo, el Hijo no está excluido de esa operación divina.

4. Está claro que te parece que dices algo grande, porque afirmas: "El Hijo existía en el principio antes de que existiese algo; en cuanto al Padre, es antes del principio". ¿Dónde lo has leído para creerlo? ¿De dónde sacas la presunción de decirlo cuando no hay ni autoridad ni razón alguna? ¿Qué significa antes del principio, puesto que cualquier cosa que existiese antes eso sería el principio? Si, pues, el Padre es antes del principio, es antes que él mismo; porque también Él es el principio. ¿Qué significa *Al principio existía el Verbo* ⁸⁹ sino en el Padre existía el Hijo? Y el mismo Hijo, preguntado por los judíos

quién era, respondió: *El principio, que también os hablo* ⁹⁰. Luego el Padre es principio sin principio: el Hijo es principio de principio, pero uno y otro a la vez no son dos, sino un solo principio. Así como el Padre es Dios, también el Hijo es Dios, pero ambos a la vez no son dos dioses, sino un solo Dios. Tampoco negaré que el Espíritu Santo, que procede de uno y otro, es principio, sino que afirmo que todos los tres, así como son un solo Dios, así son un solo principio.

El Hijo, engendrado de la misma sustancia del Padre

XVIII.1. Replicas: "¿Qué si escuchases al Padre, que dice: *Contigo el principio en el día de tu virtud, entre los esplendores de los santos, te engendré en el seno antes de la aurora?*" ⁹¹ ¿Qué es lo que prometes o lo que amenazas, si escuchare lo que frecuentemente escucho y fielmente creo? Pero yo me maravillo sobremanera de que tú te hagas un inútil para no ver. Sea que desde su persona el profeta refiere eso al Señor Jesús, sea que lo refiere desde la persona del Padre al Hijo, como yo acepto, venero y predico ambas generaciones de Cristo: la de Dios-Padre sin tiempo, y la del Hombre-Madre en la plenitud del tiempo, ese testimonio no vale contra mí. Pero eso indica que tú has querido tomarte un respiro donde yo entiendo más bien por qué ha dicho *del seno te he engendrado*. Porque eso también tú lo aceptas que fue dicho desde la persona del Padre. No que Dios tenga seno, como están dispuestos los miembros del cuerpo humano, sino que la frase está trasladada de la sustancia corporal a la sustancia incorporeal para que entendamos que el Hijo unigénito es engendrado de la sustancia del Padre; y así, ¿qué otra cosa significa sino que es de una sola y de la misma sustancia? Por consiguiente, yo he debido traer ese testimonio contra ti, pero te lo agradezco, porque tú lo has recordado. Reflexiona, pues, qué malo es que vosotros neguéis al Hijo de la misma sustancia, a quien confesamos nosotros engendrado del seno del Padre haciendo una gravísima injuria a Dios, como si hubiese podido engendrar del seno algo que Él mismo no fuese. ¿No advertís vosotros que creéis en una generación viciosa de Dios, que la predicáis monstruosa, cuando os atrevéis a decir que del seno de Dios ha procedido una naturaleza diversa? Pero si os horrorizáis de eso como debéis, y lo rechazáis con nosotros, alabad por fin y aceptad ya con nosotros el Concilio niceno y el *homousion*.

2. En cambio, ¿quién no ve tu fallo, cuando al haber oído, recordándolo yo, que Cristo dijo en profecía a su Padre: *Desde el vientre de mi madre tú eres mi Dios* ⁹², para que entendiésemos que él es Dios de esa naturaleza que su mismo Hijo tomó en el tiempo del vientre de la misma madre; y lo que todavía es más, que es Padre de aquella naturaleza que él mismo engendró de sí, tú, al no encontrar qué responder, y por no callar, has dicho que "confiesas que Cristo nació del vientre de la madre según la carne", y has añadido "cosa que ni los judíos ponen en duda?" A continuación preguntas: "¿Por qué no se aducen esos testimonios que demuestran aquel nacimiento en el principio, del mismo modo, dices, que el testimonio precedente nos instruye a nosotros?" ¡Como si yo no creyese, no predicase, ni aceptase aquel nacimiento de Cristo, no temporal sino eterno, por el que se dijo: *Al principio existía el Verbo*, sino que afirmase que Cristo solamente nació del vientre de la madre! Oye bien: lo que yo digo es que el Hijo-Dios fue engendrado del Padre-Dios sin tiempo. Cómo sea a la vez su Dios el que es su Padre te lo he demostrado por el hombre que tomó, y en el cual nació del vientre de la madre sin concurso del hombre-padre. Para probarlo te aduje el testimonio donde dice proféticamente a su Padre: *Desde el vientre de mi madre tú eres mi Dios*. Tú, que publicas que yo confieso que Cristo nació del vientre de la madre, lo cual ni los judíos ponen en duda, como si yo confesase solamente ese nacimiento de Cristo, no pretendas evadirte con necedades, y confiesa más bien por qué no me has respondido, cuando Cristo dice al Padre: *Desde el vientre de mi madre tú eres mi Dios*. Porque has visto que no tienes nada que contestar a eso, te has inventado como salida otro nacimiento, que es

el de Dios de Dios. Te ruego que cuando no tengas qué responder, ¡cuánto mejor que estés callado!

3. Insistes: "Si por causa del cuerpo, en el que se anonadó, se sintió deudor a su progenitor, mucho más necesario es que a quien los engendró tan encumbrado y semejante, lo venere y le ofrezca siempre obediencia". Cualquier clase de veneración y obsequio del Hijo, que piensas carnalmente para con el Padre, su Padre, a no ser desde el vientre de su madre, no es su Dios. Y por más que Dios-Hijo obedezca a Dios-Padre, como veo que tú no entiendes cuánta sea en esa generación la igualdad del engendrado y del progenitor, ¿acaso por eso es diversa la naturaleza del padre-hombre y del hombre-hijo, porque el hijo obedece al padre? Eso es absolutamente intolerable entre vosotros, porque desde la obediencia del Hijo queréis probar que es diversa la sustancia del Padre y del Hijo. Una cuestión es: Si el Padre y el Hijo son de una y de la misma sustancia, y otra distinta: Si el Hijo obedece al Padre. Mientras tanto, no neguemos que es Hijo verdadero el que en modo alguno es Hijo verdadero, sino es una sola y la misma naturaleza también la del mismo Padre. Confesad, pues, que Dios-Padre y que Dios-Hijo es de una sola y de la misma sustancia. ¡Que la divinidad consiga de vosotros reconocer lo que la misma divinidad dio a la humanidad! El hombre obedece a su padre, de quien nació hombre, y, sin embargo, por obedecer no deja de ser hombre. Y si el hijo fuese honrado, no digo igual que el padre, sino más aún que él, el padre se alegraría y no le envidiaría; no obstante, el hijo honraría al padre, y aun sin ser ya un niño ni en edad de crecer, con todo habría nacido igual a él. Por cierto que si un padre-hombre hubiese podido, sin dudarlo nadie, lo hubiese engendrado igual. ¿Quién va a atreverse a decir que eso no pudo hacerlo el Omnipotente? Añado todavía que si el hombre hubiese podido, engendraría un hijo mayor y mejor que él mismo, pero ninguna cosa puede ser mayor o mejor que Dios, luego creamos al Hijo verdadero igual a Él. Y si replicas que el Padre, por eso mismo, es mayor que el Hijo, porque engendrado de ninguno engendró sin embargo a uno igual, responderé en seguida: Aún más, el Padre no es mayor que el Hijo, porque lo ha engendrado igual, y no menor. En efecto, la cuestión del origen es: ¿quién es de quién? En cambio, la cuestión de la igualdad es: ¿de qué naturaleza y grandeza es? Por consiguiente, si la razón verdadera admite que el Hijo igual obedece al Padre igual, no niego la obediencia; pero si por razón de la obediencia queréis creer que es menor por naturaleza, lo rechazo. De ninguna manera Dios-Padre, para poder tener la obediencia del Hijo-Único, querría negarle su naturaleza.

4. Cristo, para estar sujeto a sus padres, lo fue no por causa de su majestad divina, sino de su edad humana. Por tanto, has dicho inútilmente: "Si estuvo sometido a los padres que creó, ¿cuánto más a su progenitor, que le engendró tan grande y tan notable?" Porque se te responde: Si estuvo sometido a los padres por la niñez, ¿cuánto más a Dios por la misma forma de hombre? Forma que, como lo hizo inmortal, no ha de perder con la muerte; ¿y de qué te admiras si después del fin de este siglo también estará sometido en esa forma a Aquel que le ha sometido todo? Pero tú no dices que el Hijo está sometido al Padre por la forma de siervo, sino porque lo engendró tan grande y tan notable, es decir, Dios-grande, aunque menor que el mismo Padre, donde a la vez rebajas al Padre, porque o no pudo o no quiso engendrar a su Hijo único igual a Él, y también rebajas al mismo Hijo, porque, siendo único, no es engendrado igual al Padre, y para eso nació tan perfecto, para que nunca llegase a ser, aun creciendo, lo que no pudo ser naciendo.

5. Y no solamente afirmo, como piensas tú, que el cuerpo del Hijo, es decir, el cuerpo humano, está sometido al Padre, sino también el espíritu humano. Y según aquello que fue hecho Hombre, entendemos lo dicho: *Quando todo le fuere sometido, entonces también el mismo Hijo se someterá a aquel que le ha sometido todo*⁹³. En este sentido, que Cristo es la cabeza y el cuerpo, a saber: la cabeza el mismo Salvador que resucitó de los muertos y está sentado a la derecha del Padre, y su cuerpo, que es la Iglesia y su

plenitud, como dice clarísimamente el Apóstol. Y por eso, cuando todo fuere sometido a Cristo, también está sometido a la cabeza y al cuerpo sin duda alguna. En verdad que, según aquello que Dios nació sin tiempo, todo le ha estado siempre sometido.

6. Sé que has pensado recordarme que *el Padre no juzga a nadie, sino que todo el juicio se lo dio al Hijo*⁹⁴. Sin embargo, hubiese querido que me explicaras cómo el Padre no juzga a nadie cuando dice repetidamente el mismísimo Hijo: *Yo no busco mi gloria, es otro el que se encarga y juzga de eso*⁹⁵. Para que sepas que por eso se dijo: *El Padre no juzga a nadie, sino que todo el juicio se lo dio al Hijo*, porque aparecerá para juzgar a los vivos y a los muertos con la forma de hombre que no tiene el Padre Por lo cual dice el profeta: *Verán al que traspasaron*⁹⁶. Invisiblemente, el Padre también estará con Él, porque es inseparable de Él. En efecto, si, cuando iba a morir, dice: *Yo no estoy solo, porque el Padre está conmigo*⁹⁷, ¿cuánto más estará con Él el Padre cuando vaya a juzgar a los vivos y a los muertos? Estará también con Él el Espíritu Santo. Porque ¿cómo le va a abandonar en el trono real el Espíritu Santo de quien volvió repleto del Jordán? Lo mismo lo que está escrito en la carta a los Hebreos: *Ahora, es verdad, no vemos aún que todo le esté sometido; pues le vemos a Jesús por su pasión empequeñecido, un poco menos que los ángeles*⁹⁸, nos debe enseñar cómo hay que entender lo que está escrito en la carta a los Corintios: *Cuando le fuere sometido todo; ¡porque está dicho según aquello que fue hecho hombre, no según aquello que es Dios! Luego, cuando aparezca así en cuanto hombre, en cuya forma por la pasión y muerte fue empequeñecido un poco menos que los ángeles, vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos, y dirá: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino*⁹⁹. Con este testimonio tú casi has querido probar que Cristo, no en cuanto hombre, sino en cuanto Dios, es menor que su Padre, ¡pero no lo has probado como lo entienden los inteligentes!

El Espíritu Santo nos hace gemir

XIX. Creo que ya te he respondido suficientemente sobre los gemidos del Espíritu Santo: que Él mismo no gime, sino que Él es quien, inspirándonos los santos deseos, nos hace gemir, mientras peregrinamos lejos del Señor. Y ha quedado demostrado de sobra que tales son las locuciones de las Escrituras Santas, porque se dice así que el Espíritu Santo gime en cuanto que Él nos hace gemir, como dijo Dios: *Ahora he conocido*¹⁰⁰, cuando se lo hizo conocer al hombre. Realmente, Él, que ya conoce todo antes de que suceda, no iba a comenzar a conocer entonces aquello que había dicho que entonces conoció. A todo esto, ¿de qué te sirve que lo sientas el que no hayas podido responder, cuando no consientes?

El Padre y el Hijo son uno

XX.1. También te he demostrado que tú no pudiste responder nada sobre aquellas palabras del Señor, cuando dice: *Yo y el Padre somos uno*¹⁰¹. Pero como aquí también te demostraré, si, como dices, quieres probar con los ejemplos que yo he usado cómo se dijo *Yo y el Padre somos uno*; y a este propósito recuerdas el testimonio apostólico aducido por mí cuando dice: *Quien se adhiere al Señor es un solo espíritu*¹⁰². Di tú también: Cuando el Hijo se adhiere al Padre es un solo Dios. Porque no dice el Apóstol: "Quien se adhiere al Señor son una sola cosa", así como se dijo: *Yo y el Padre somos una sola cosa*, sino que dice: *es un solo espíritu*. Pues mientras tú no digas que cuando el Hijo se adhiere al Padre es un solo Dios, ¿para qué traes tú ese testimonio del Apóstol cuando dice: *El que se adhiere al Señor es un solo espíritu*, a no ser que te convenzas con el testigo aducido también por ti? Al menos distingue ahora esas dos cosas que, cuando estábamos juntos, no pudiste distinguir en nuestro debate. Atiende, pues, con

diligencia a lo que te digo. Cuando se habla de dos o de tres cosas que es uno solo, y que es una sola cosa, se añade qué es uno solo y qué es una sola cosa, y puede decirse tanto de esas cosas que son de diversas sustancias como de esas que son de una sola sustancia. Efectivamente, son de sustancia diversa el espíritu del hombre y el Espíritu del Señor, y, sin embargo, se dijo: *El que se adhiere al Señor es un solo espíritu*. En cambio, son de una sola sustancia las almas de los hombres y los corazones de los hombres, de quienes se dijo: *Tenían una sola alma y un solo corazón* ¹⁰³. Y cuando se dice de dos o más que son una sola cosa, sin añadir qué sea esa una sola cosa, se entiende que no son de sustancia diversa, sino de una sola sustancia, como se dijo: *El que planta y el que riega son una sola cosa* ¹⁰⁴, y *Yo y el Padre somos una sola cosa*. En cambio, tú, que quieres que el Padre y el Hijo sean sustancias, no has podido encontrar, al hablar de sustancias diversas, que son una sola cosa. Y tú, que no quieres confesar que cuando el Hijo se adhiere al Padre es un solo Dios, has aducido también el testimonio apostólico que yo había traído, pero tú lo has puesto en contra de ti mismo cuando dice: *El que se adhiere al Señor es un solo espíritu* ¹⁰⁵. Porque, si de esas cosas que son de sustancia diversa, se ha podido decir con verdad que *es un solo espíritu*, ¿cuánto más se dice con verdad de esas cosas que son de una sola sustancia que Dios es uno solo? Si entiendes todo esto, ya te das cuenta de que tú no has respondido a esto y conoces que voluntariamente has dicho muchas cosas inútiles. Igualmente confesamos el consentimiento incomparable de la voluntad y de la caridad individual del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, por lo cual decimos que esa Trinidad es un solo Dios. Pero nosotros decimos también eso que vosotros no decís que por causa de una sola y la misma naturaleza y sustancia esos tres son una sola cosa. Si hubieses distinguido esto bien, y no quieres ser peleón, ya verás que tú no has respondido nada y debes callar sin duda sobre esta cuestión.

2. Cuando el Hijo dijo al Padre: *Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres* ¹⁰⁶, ¿qué es lo que te ayuda a subrayar y decir: "Demuestra que verdaderamente su voluntad está sometida a su progenitor", como si nosotros negásemos que la voluntad del hombre debe estar sujeta a la voluntad de Dios? Porque cualquiera que examina con alguna atención este pasaje del santo Evangelio ve en seguida que el Señor dijo eso por su naturaleza de hombre. En efecto, dijo allí: *Mi alma está triste hasta la muerte* ¹⁰⁷. ¿Acaso podría decirse eso por su naturaleza de Verbo único? Pero como hombre, que piensas que gime la naturaleza del Espíritu Santo, ¿por qué no dices que también pudo estar triste la naturaleza del Verbo Unigénito de Dios? Sin embargo, para que no se dijere tal cosa, no dice Él "estoy triste", aunque, si hubiese dicho eso, solamente debería entenderse por su naturaleza de hombre, sino que dice: *Mi alma está triste*, alma que, como hombre, tenía ciertamente humana. Por lo demás, también en lo que dice: *No lo que yo quiero*, manifiesta que Él quiso otra cosa que el Padre. Lo cual no hubiese podido sino con un corazón humano al transformar nuestra debilidad en su afecto no divino, sino humano. Ciertamente, de no haber tomado el hombre, de ningún modo el Verbo único diría al Padre: *No lo que yo quiero*. Porque aquella naturaleza inmutable nunca podría querer otra cosa que el Padre. Si hubierais entendido esto, los arrianos no seríais herejes.

3. Lo mismo aquello que dijo: *He descendido del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado* ¹⁰⁸, puede entenderse realmente también según aquello que es del Verbo Unigénito, de tal modo que diga que la voluntad no es suya, sino del Padre, porque del Padre es todo lo que es del Hijo, y no es del Hijo todo lo que es del Padre, según lo dicho también: *Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado* ¹⁰⁹, porque la doctrina del Padre es del mismo que es Verbo del Padre, y ciertamente no por sí mismo, sino por el Padre. Y de nuevo, cuando dice: *Todo lo que tiene el Padre es mío* ¹¹⁰, manifiesta que Él es igual al Padre. Sin embargo, no es ningún absurdo que

también se deba aceptar lo que dijo: *He descendido del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado* ¹¹¹, según aquello que se hizo hombre. Puesto que el segundo Adán, que quita el pecado del mundo, de ese modo se distingue del primer Adán por medio del cual el pecado entró en el mundo, porque el uno no hizo su propia voluntad, sino la del que le envió, mientras que el otro hizo la suya y no la del que le creó. Tampoco insistas en cómo Cristo descendió del cielo según aquello que es hombre, cuando fue hecho hombre de una madre que estaba en la tierra. Realmente eso se dijo por la unidad de la persona, porque Cristo Dios y Hombre es una sola persona. Por eso dijo también: *Nadie ha subido al cielo sino el que ha descendido del cielo: el Hijo del hombre que está en el cielo* ¹¹². Si atiendes a la distinción de sustancias, el Hijo de Dios descendió del cielo, el Hijo del hombre fue crucificado; si a la unidad de la persona, el Hijo del hombre también descendió del cielo, el Hijo de Dios también fue crucificado. Por lo mismo que Él es el Señor de la gloria, de quien dice el Apóstol: *Porque si lo hubiesen conocido, nunca hubiesen crucificado al Señor de la gloria* ¹¹³. Por esa unidad de persona dijo que el Hijo del hombre no sólo descendió del cielo, sino que está en el cielo cuando hablaba en la tierra. Por tanto, no hizo su propia voluntad, porque no cometió pecado, sino que hizo la voluntad del que le envió. En verdad que el hombre hace la voluntad de Dios cuando hace la justicia que viene de Dios.

4. Tampoco vamos a pensar que el Hijo fue enviado por el Padre, de modo que no fue enviado por el Espíritu Santo, habiendo dicho por el profeta: *Y ahora me ha enviado el Señor y su Espíritu*, puesto que lo dicho anteriormente indica que eso lo dijo el Hijo. He aquí sus mismas palabras: *Escuchadme, Jacob e Israel, a quien voy a llamar. Yo soy el primero, yo soy para siempre; y mi mano cimentó la tierra, mi diestra consolidó el cielo. Los llamaré y estarán juntos en mi presencia. Acudirán también todos y escucharán. ¿Quién les ha anunciado eso? El que te ama hizo su voluntad sobre Babilonia, para que sea exterminada la raza de los caldeos. Yo he hablado, yo he llamado; lo he conducido y he hecho feliz su camino. Acudid a mí y escuchad. Porque ni siquiera desde el principio he hablado en secreto. Cuando se realizaban, estaba allí, y ahora me ha enviado el Señor y su Espíritu* ¹¹⁴. ¿Qué más claro que esto? Pero tampoco es enviado por el Padre y por el Espíritu Santo de modo que no se haya enviado Él a sí mismo. Como se ve que es entregado por el Padre cuando se lee: *El cual no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros* ¹¹⁵. Y en otro pasaje se dice del mismo Hijo: *El cual me amó y se entregó a sí mismo por mí* ¹¹⁶. ¿Cómo, pues, no hace su propia voluntad el que dijo: *Como el Padre resucita a los muertos y los vivifica, así también el Hijo da vida a los que quiere* ¹¹⁷. Y como se le dijese: *Si quieres, puedes limpiarme*, respondió: *Quiero, queda limpio*, y al instante sucedió palabra por palabra lo que dijo que quería? Pues como el Hijo hace la voluntad del Padre, así también el Padre hace la voluntad del Hijo. Porque el Hijo dice: *Padre, quiero que donde yo estoy, también éstos estén conmigo* ¹¹⁸. No dijo: "Pido o ruego", sino: "Quiero", para que queriéndolo uno lo hiciese el otro, como en queriéndolo el otro lo hiciera el uno, y no una cosa el uno y otra cosa el otro, sino lo que el uno, eso también el otro. *Porque todo lo que hace el Padre, lo hace igualmente el Hijo* ¹¹⁹. Son palabras tuyas, palabras de la verdad, que no pueden ser falsas.

El Espíritu Santo es Dios

XXI.1. Me contestas que tú recoges lo que yo he citado. *¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?* ¹²⁰ Porque te has propuesto afirmar que por eso se dijo que "Dios no habita en ninguno a quien el Espíritu Santo no haya santificado y purificado antes". Como si el Espíritu Santo santificase y purificase el templo para que lo habite Dios y no Él, habiendo manifestado el Apóstol por esa razón que el

mismo es el Dios de quien había dicho que nosotros somos templo, porque no dice que el Espíritu de Dios os santifica y purifica para que Dios habite en vosotros, sino que dice: *El Espíritu de Dios habita en vosotros*. Ciertamente que Dios habita en su templo, porque ¿qué es el templo de Dios sino la morada de Dios? Y has visto también que, en consecuencia, es nuestro Dios de quien somos templo, pero no has querido recordar el otro testimonio que yo he citado: *¿Olvidáis que vuestro cuerpo es en vosotros templo del Espíritu Santo que tenéis de Dios?* ¹²¹ Confiesa ya que el Espíritu Santo es Dios. Porque si no fuese Dios, tampoco tendría templo, y un templo no construido por manos, sino edificado con los miembros de Dios. Pues *Cristo sobre todo es Dios bendito para siempre* ¹²², cuyos miembros son nuestros cuerpos. Realmente, quien dijo: *¿No sabéis que vuestro cuerpo es en vosotros templo del Espíritu Santo?*, dijo también: *¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?* ¹²³ ¿No es también Dios a quien Salomón edificó el templo con maderas y con piedras? Y a quien se edifica el templo con los miembros de Cristo, es decir, con los miembros de Dios, ¿no va a ser Dios? Puesto que, hablando de Dios, el beatísimo mártir Esteban dijo: *Salomón le edificó una casa, pero el Altísimo no habita en templos hechos por hombres* ¹²⁴. Más aún: los miembros de Cristo, de los que Él es la cabeza sobre todos los fieles, son templo del Espíritu Santo, el cual consta que vino del cielo. ¿Qué otra cosa es negar que Él es Dios sino que no se es o no se quiere ser templo suyo? El Apóstol nos interpela cuando dice: *Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios* ¹²⁵. Así, pues, los cuerpos de los fieles son hostia para Dios, son miembros de Cristo, son templos del Espíritu Santo, ¿y el Espíritu Santo no es Dios? ¿Quién dice eso sino aquel en quien no habita? Porque en quien habita, ciertamente está su templo. En una palabra, habiendo dicho el Apóstol: *¿No sabéis que vuestro cuerpo es en vosotros templo del Espíritu Santo que tenéis de Dios, y no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por un gran precio, y añadió a continuación: Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo* ¹²⁶. Donde demuestra claramente que el Espíritu Santo es Dios, que, por tanto, debe ser glorificado en nuestro cuerpo como en su templo. Y lo que el apóstol Pedro dijo a Ananías: *¿Te has atrevido a mentir al Espíritu Santo?*, y manifestando que el Espíritu Santo es Dios, añade: *No has mentido a los hombres, sino a Dios* ¹²⁷.

2. Me maravillo de tu talento tanto que no puedo explicarlo con palabras. ¡Cómo, cuando alabas al Espíritu Santo, afirmas que de tal modo está presente en todas partes para santificar a los fieles y, sin embargo, te atreves a negar que es Dios! ¿Es que no es acaso Dios el que llenó el orbe de la tierra? Lo dice la Escritura: *El Espíritu del Señor llenó el orbe de la tierra* ¹²⁸. Pero ¿por qué decir que llenó el orbe cuando llenó hasta al Redentor del orbe? En efecto, el Señor *Jesús lleno del Espíritu Santo volvió del Jordán* ¹²⁹. Y tú presumes diciendo que el mismo Señor Jesús era Dios, y que el Espíritu Santo, del cual estaba lleno, no era Dios, pensando tan mal del Espíritu Santo que no le atribuyes ni siquiera lo que le atribuyó Moisés, siervo de Dios, cuando lanzaba a los egipcios no regalos de gracias, sino prodigios de plagas con el mismo Espíritu Santo, porque Él es el *dedo de Dios*, y, sin embargo, para el faraón era dios. En otros pasajes iba a castigar a los egipcios y ¡para el faraón era dios! El Espíritu Santo está presente en todas partes para regenerar a los hombres a la vida eterna. ¡Y para ellos no es Dios! Pero con todo es Dios verdadero, porque su templo son los miembros del Dios verdadero. Y cierto que el templo está sometido a aquel de quien es el templo, ¿cómo, pues, no va a ser Dios aquel a quien están sometidos los miembros de Dios? Hasta por eso también es Señor de su templo. ¿Quién hay que lo niegue? ¿Quién delira hasta llegar a decir que uno no es dueño de su casa? ¿Cómo, pues, el Espíritu Santo no va a ser Señor cuando es Señor de los miembros del Señor? Él es, ciertamente, el Espíritu del Señor, de quien en un mismo pasaje se dijo: *Cuando se haya convertido al Señor, se le quitará el velo. Pues el Señor*

es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad ¹³⁰.

3. He demostrado antes que el Espíritu Santo es creador, ¿y cómo no va a ser rey de quien es el templo cuyos miembros son del rey? ¿Cómo no va a sentarse junto al Padre y al Hijo el que llenó al Hijo, el que posee los miembros del Hijo como casa suya? ¡A no ser que cuando volvió del Jordán el Hijo estaba lleno del Espíritu Santo, y cuando comenzó a sentarse a la derecha del Padre excluyó de sí al Espíritu Santo! Además, como procede del Padre, ¿cómo no va a estar sentado con el Padre? Como ese asiento no hay que entenderlo carnalmente -de otro modo tendríamos que opinar que el Hijo está sentado más honrosamente que el Padre-, puesto que se sienta más honrosamente el de la derecha, y parece consecuente que el Padre esté sentado a la izquierda.

Finalmente, ¡vosotros sabréis qué espíritu os ha persuadido para que neguéis al Espíritu Santo lo que la Santa Escritura concede a los hombres santos! Pues dice el Apóstol: *Cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio vida con Cristo, por gracia del cual somos salvados; y con Él nos resucitó, y con Él nos hizo sentar en los cielos con Cristo Jesús* ¹³¹. Los santos, pues, que santifica el Espíritu Santo, convivificados por Cristo, están predestinados para sentarse juntamente con Él, de tal modo que el Apóstol da por hecho lo que es cierto que ha de suceder: ¡Y vosotros arrebatáis furtivamente al Espíritu Santo esa reunión, cualquiera que ella sea, como si fuese indigno de sentarse con el Padre y con el Hijo el que los hace dignos de la misma silla! ¡A quién cuestionáis que no sea adorado, y eso por un error garrafal, cuando leéis, como ya lo enseñé antes, que hasta los hombres son adorados también por los santos! Y, sin embargo, para que no te envidie el blasfemo ¡alabas al Espíritu Santo atribuyéndole lo que no tiene una criatura y arrebatándole lo que llega a alcanzar también una criatura humana!

Que ellos sean uno

XXII.1. Te confieso que he dicho lo que tú recuerdas, y te digo ahora que nuestro Salvador no dijo que ellos y nosotros sean uno, sino *Que ellos sean uno*. Sobre esas palabras evangélicas te recuerdo que ya he contestado suficientemente cuando te demostraba que no habías podido refutar lo que te dije. Porque te he preguntado que dijeras dónde has leído eso de que *son uno* se refería a una sola y la misma sustancia, y no has dado la cara. ¿En qué te ayuda lo que afirmas como dicho de Pablo y de Apolo: *Tanto el que planta como el que riega son uno* ¹³², cuando tú no demuestras que ellos fueron de sustancia diversa? Ciertamente que los dos eran hombres. Y si no se amaran mutuamente, serían uno por la naturaleza, no lo serían por el amor; pero si no fuesen uno por la naturaleza no se podría decir que eran uno por el amor. Luego el Hijo pide que sean de tal manera uno como Él mismo y el Padre son uno, es decir, no solamente por la naturaleza, lo cual ya eran, sino también por la perfección de la caridad y de la justicia, según la capacidad de su naturaleza, cuanto hayan podido estar en el reino de Dios, para que también ellos sean uno en el más alto grado en su naturaleza, del mismo modo que el Padre y el Hijo son uno en el más alto grado, aunque en su naturaleza más excelente e incomparablemente mejor. Dijo el Hijo al Padre: *Padre Santo, guarda en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como lo somos también nosotros* ¹³³. No dijo: "Para que sean uno con nosotros" o "Para que seamos uno ellos y nosotros". Del mismo modo, un poco después: *No ruego sólo por éstos, sino también por los que han de creer en mí por medio de su palabra, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti; para que también ellos sean uno en nosotros* ¹³⁴. Tampoco dijo aquí: "Para que ellos y nosotros seamos uno", sino: *Para que sean uno en nosotros*. Porque los hombres, que por naturaleza son uno, no pueden ser uno en el más alto grado y perfección según su capacidad con plenitud de justicia si no son perfeccionados en Dios, para que sean uno en el Padre y en el Hijo, es decir, uno en ellos, no uno con ellos.

Sigue aún y añade: *Para que el mundo crea que tú me has enviado, y yo les dé a ellos la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en la unidad* ¹³⁵. Tampoco dijo aquí: "Para que sean uno con nosotros" o "Para que ellos y nosotros seamos uno". Cuando añadió después: *Para que el mundo conozca que tú me has enviado, y los has amado como también tú me has amado a mí*, y siguió: *Padre, quiero que donde yo estoy también ellos estén conmigo* ¹³⁶. Dice: *Donde yo estoy, estén conmigo*; no dice: "Para que sean uno conmigo". Luego quiso eso: que estuviesen con Él, no que ellos y Él fuesen uno.

¿Qué es lo que quisiste decir: "Hizo mención del amor y no de la sustancia?" Aunque tú no has traído esas palabras del Señor en el mismo pasaje en que Él las puso. Pero ¿qué nos importa eso? Puesto que no dijo o quiso que ellos y Él, o ellos y el Padre, sean uno, sino que quiso que sean uno los mismos que conocía que son de una sola sustancia. *Así como también nosotros, dijo, somos uno* ¹³⁷: a quienes siempre conocía que son de una sola sustancia.

2. Si tú quieres decir algo, demuestra que, según la Escritura santa, se dice de algunas cosas que son uno cuya sustancia es diversa. Porque Cristo no dijo eso que tú te has atrevido a decir, esto es: "que los apóstoles son uno con el Padre y el Hijo, porque al mirar en todo a la voluntad de Dios Padre, también ellos son hallados en la imitación del Hijo sometido al uno, Dios Padre". Al decir eso has hecho que Dios y los hombres santos sean uno. ¿Es que puede decir alguno de los santos: Yo y Dios somos uno? ¡Fuera eso de los corazones y oídos santos! Y creo que hasta vosotros, al oírlo de quien sea, os horrorizáis, y no toleráis a cualquier hombre, sea la que sea su autoridad, que diga: "Yo y Dios somos uno". Antes bien será tenido por arrogante si alguno dice eso de sí mismo. ¿Cómo es entonces que alguno de vosotros, sin atreverse a decir "Yo y Dios somos uno", sí que se atreve a afirmar que Pablo y Dios son uno, como decimos sin dudar que Pablo y Apolo son uno; que Dios-Padre y Dios-Hijo son uno?

Por otra parte, si no os atrevéis a decir: "Cualquier hombre santo, cualquier profeta, cualquier apóstol y Dios son uno", ¿quién te obligaba, quién te empujaba, quién te precipitaba a decir que "los apóstoles son uno con el Padre y el Hijo?" Son una cosa, dices, "el Padre y el Hijo; con todo no son uno solo", y a continuación añades: "Lo uno pertenece a la concordia; el uno al número singular". Y querías decir que "Son uno" pertenece a la concordia; "Es uno" pertenece al número singular. Pero lo verdadero es que "Son uno", por eso que has añadido "Son", indica un número plural en conexión con alguna singularidad. Y "Es uno" indica clarísimamente el número singular. Pero ¿es que acaso el Apóstol decía: el que se adhiriese al Señor son uno? ¿Qué otra cosa decía, si es que decía eso, sino que el hombre santo y Dios son uno? Pero lejos de vosotros, lejos de esa sabiduría semejante sentencia, y con todo dijo: *El que se adhiere al Señor es un espíritu* ¹³⁸, para que conozcas por eso que dice "Son uno" las cosas de una y de la misma sustancia. Así como se dijo a algunos hombres: *Todos vosotros sois uno en Cristo Jesús* ¹³⁹, y así como el mismo Cristo dice *Yo y el Padre somos uno* ¹⁴⁰. Cuando se dice uno, ¿qué significa el uno? También puede decirse de diversas sustancias, como se dijo: *El que se adhiere al Señor es un espíritu*; y de las cosas de una misma sustancia, así como se dijo: *Era entre ellos una sola alma y un solo corazón* ¹⁴¹. Dijo "Era", no dijo "Eran", porque dijo a la vez qué cosa era, a saber: *alma y corazón*. Lo mismo del Padre y del Hijo también decimos "Son uno", porque son dos de una sola sustancia. Y "Es uno", pero añadimos qué es ese uno, a saber: un solo Dios, un solo Señor, un solo Omnipotente, y algo semejante. Creo que te he marcado bien la diferencia de esas dos expresiones. Examina, por tanto, las Escrituras canónicas antiguas y nuevas y, si puedes, encuentra dónde se dice de algunas cosas de diversa naturaleza y sustancia que son uno.

3. En verdad que yo no quiero que te equivoques cuando en la carta del apóstol Juan dice: *Tres son los testigos: el Espíritu, el agua y la sangre; y los tres son uno* ¹⁴². No vayas a replicarme que el espíritu y el agua y la sangre son sustancias diversas, y que con todo se ha dicho que los *tres son uno*. Por esa razón te he advertido que no te engañes. Porque esas cosas son sacramentos, en los cuales siempre hay que atender no a lo que son, sino a lo que significan. Porque son signo de las cosas, y una cosa es lo que son y otra lo que significan. Pero si se entiende lo que con ellas se significa, se descubre que son de una misma sustancia, como cuando decimos: la piedra y el agua son una sola cosa, queriendo significar por la piedra a Cristo, por el agua al Espíritu Santo, y ¿quién duda de que la piedra y el agua son naturalezas diversas? Pero, porque Cristo y el Espíritu Santo son de una y de la misma naturaleza, por eso cuando se dice piedra y agua son una sola cosa. Y porque estas dos cosas son de naturaleza diversa, puede entenderse también que son signos de otras cosas cuya naturaleza es una. Así sabemos que tres cosas salieron del cuerpo de Cristo cuando colgaba en el madero: en primer lugar, el espíritu, por lo cual está escrito: *e inclinada la cabeza, entregó el espíritu* ¹⁴³; en segundo lugar, cuando su costado fue perforado por la lanza, *salió sangre y agua*. Estas tres cosas, si se miran por separado, tienen cada una sustancias diversas; y por eso no son una sola cosa. Pero, si queremos indagar lo que por ellas se significa, no es absurdo que representen a la misma Trinidad, que es el único, solo, verdadero y sumo Dios, Padre e Hijo y Espíritu Santo, de quienes puede decirse con toda verdad: *Tres son los testigos, y los tres son una sola cosa* ¹⁴⁴. Para que con el nombre del Espíritu entendamos significado a Dios Padre: realmente el Señor hablaba de que Él solo debe ser adorado, cuando dice *Dios es Espíritu* ¹⁴⁵. Con el nombre de sangre entendamos significado al Hijo, porque *el Verbo se hizo carne* ¹⁴⁶. Y con el nombre de agua entendamos significado al Espíritu Santo. Porque cuando Jesús hablaba del agua que había de dar a los sedientos, dice el evangelista que: *Eso lo dijo del Espíritu que iban a recibir los que creyesen en Él* ¹⁴⁷.

En cuanto a los testigos son el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, ¿quién cree al Evangelio y va a dudar, habiendo dicho el Hijo: *Yo soy el que doy testimonio de mí, y también el Padre, que me ha enviado, da testimonio de mí?* ¹⁴⁸ En donde, aunque no se recuerda al Espíritu Santo, sin embargo, no se le entiende separado. También habló de Él en otro lugar y lo manifestó bien claramente, porque cuando lo prometía, dice: *Él dará testimonio de mí* ¹⁴⁹. *Esos son los tres testigos, y los tres son una sola cosa* ¹⁵⁰, porque son de una sola sustancia.

En cuanto a los signos con que están significados, salieron del cuerpo del Señor y figuraron a la Iglesia que predica una sola y la misma naturaleza de la Trinidad, porque esos tres, significados de tres modos, son una sola cosa, y la Iglesia que los predica es el cuerpo de Cristo. Si, pues, las tres cosas con que son significados salieron del cuerpo del Señor, del mismo modo salió del cuerpo del Señor el que sean bautizados los pueblos en el *nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo* ¹⁵¹. *En el nombre, y no en los nombres, porque esos tres son una sola cosa, los tres son un solo Dios*. Y si la profundidad de tan gran sacramento puede exponerse y entenderse de algún otro modo, como se lee en la carta de Juan, no hay razón para rechazarlo según la fe católica, la cual ni confunde ni separa a la Trinidad, ni rechaza las tres personas, ni cree que son sustancias diversas. Porque lo que está puesto oscuramente en las Escrituras santas para ejercitar las mentes de los fieles hay que agradecerlo cuando se explica de muchas formas, con tal de que no sea neciamente.

El Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios

XXIII.1. Y ¿qué es lo que quieres que añada: *Si el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo es uno solo Dios*, cuando la Escritura divina añade eso con voz clarísima al decir: *Escucha, Israel: el Señor, tu Dios, es un solo Señor?* ¹⁵² Lo cual también vosotros escucharíais con certeza si quisierais ser Israel, no carnalmente como los judíos, sino espiritualmente como los cristianos. Quien no quiere escuchar fielmente lo que se dijo: *Escucha, Israel: el Señor tu Dios, es un solo Señor*, no le queda sino creer que aquel que lo dijo es un mentiroso. Como no es un mentiroso, su palabra es verdadera; si su palabra es verdadera, la cuestión está concluida. Ciertamente que la verdad os obliga a confesar que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Señor-Dios. Sin embargo, vosotros negáis que el Espíritu Santo es Dios, cuyo templo no es uno hecho por mano de hombre, sino nuestro cuerpo; cuyo templo no son maderas y piedras, sino los miembros de Cristo. Y ¿qué vais a decir del mismo Cristo a quien confesáis que es Dios y Señor? Respondedme si el Padre y el Hijo es un solo Señor Dios. Porque si no es uno solo, son dos; y si son dos, está mintiendo el que dice: *Escucha, Israel: el Señor, tu Dios, es un solo Señor*. Está mintiendo el que dice: *Mirad que yo soy Dios, y no hay otro fuera de mí* ¹⁵³. Pero como no os atrevéis a decir que Él es un mentiroso, ¿por qué dudáis en corregiros y en venir o en volver a la fe católica, la cual cree que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo no son tres señores dioses, sino un solo Señor Dios, que escucha al que grita a su pueblo: *Escucha, Israel: el Señor, tu Dios, es un solo Señor, y Mirad que yo soy el Señor, y que no hay otro fuera de mí?* Si te llamo sordo y ciego, porque ni escuchas eso ni lo ves, sin duda que vas a pensar que te hago injuria. Advierte que yo no te digo que me expliques cómo entiendes: *Escucha, Israel: el Señor, tu Dios, es un solo Señor*, si ahí hay que entender a Cristo o no. Pues si me contestas que sí, confesarás conmigo que el Padre y el Hijo es un solo Señor Dios. Y si me respondes que ahí no hay que entender a Cristo, tendrás que afirmar contra la palabra de Dios que hay dos señores dioses, porque aún no niegas que Cristo es Señor Dios. Por lo mismo te pido cómo entiendes: *Mirad que yo soy el Señor, y que no hay otro fuera de mí*, ¿ahí está también Cristo o no? Si ahí está Cristo, ciertamente el Padre y el Hijo es un solo Señor; y si no está ahí Cristo y con todo es el Señor, está mintiendo el que dice: *No hay otro fuera de mí*. Porque el Hijo es otro Señor, si no es un solo Señor el Padre y el Hijo.

En efecto, aunque alabes tan excelentemente como quieras al Padre y pongas por debajo de Él al Hijo, haces eso para que no sean iguales y no para que no sean dos dioses. Grita lo que quieras, que el Padre es mayor y el Hijo menor. Te responderé: con todo, son dos, uno mayor y otro menor. No se dijo: "el Señor tu Dios, que es el mayor, es un solo Señor", sino que se dijo: *El Señor tu Dios es un solo Señor*. Tampoco se dijo: "No hay otro igual a mí", sino: *No hay otro Señor fuera de mí*. En consecuencia, confiesa que el Padre y el Hijo son un solo Señor Dios, o niega descaradamente que Cristo es Señor Dios, lo mismo que niegas descaradamente que el Espíritu Santo es Señor Dios. Si así lo hicieras, no te agobiaré con tantas palabras divinas, sino que aduciré otros testimonios divinos, con los cuales pueda convencerte de que aún eres más detestable por tamaño error.

Pero, en realidad, si niegas que el Espíritu Santo es Señor Dios, para que seas triturado por esas palabras divinas, basta con que confieses que Cristo es Señor Dios; porque si no es con el Padre un solo Señor Dios, nuestros dioses serán dos señores, y así serán falsas las palabras de Dios: *El Señor tu Dios es un solo Señor, y No hay otro fuera de mí*. Con todo, ¿cuánto mejor serán vuestras palabras corregidas que las palabras de Dios engañosas?

2. Tú me preguntas si "Es que yo te exhorto a que confieses al modo judío que hay un solo Dios; o más bien a que manifiestes, según lo que sostiene la fe cristiana sobre la sumisión del Hijo, que hay un solo Dios, cuyo Hijo es Dios nuestro".

Dices eso como si atribuyeses a los judíos las palabras *Escucha, Israel: el Señor, tu Dios, es un solo Señor*¹⁵⁴, y *Yo soy el Señor, y no hay otro fuera de mí*¹⁵⁵. Lo ha dicho el mismo Dios. Reconócelo y calla. O mejor explica cómo ha dicho la verdad aquel a quien ninguno de nosotros se atreve a llamar mentiroso. Te repito que expliques cómo es verdadero *El Señor, tu Dios, es uno solo Señor*. Si nuestros señores dioses son dos, como dices tú, el uno mayor y el otro menor, explica cómo es verdadero *Yo soy el Señor, y no hay otro fuera de mí*. Y te pido quién ha dicho eso, si es el Padre o es el Hijo. Si el Padre ha dicho: *Yo soy el Señor, y no hay otro fuera de mí*, no ha dicho la verdad, porque hay otro Señor, que es el Hijo. Si lo ha dicho el Hijo, tampoco Él ha dicho la verdad, porque hay otro Señor, que es el Padre. Pero si eso lo ha dicho la Trinidad, entonces sí que ha dicho la verdad, y demuestra que tú dices mentira.

Efectivamente, según la fe recta, la Trinidad, o sea, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, en cuyo nombre somos bautizados, es también nuestro único Señor Dios, y fuera de Él no hay otro. Ciertamente que es el mismo Dios de quien dice el Apóstol: *No hay ningún otro Dios, sino uno solo*¹⁵⁶. En realidad, si has aceptado que eso se ha dicho del Padre, Cristo no será para ti Dios, porque no puede contradecirse la Escritura cuando dice que *No hay ningún otro Dios, sino uno solo*. Sin decirte aquí nada del Espíritu Santo, que te he demostrado anteriormente que es Señor Dios y tú lo estás negando. Por tanto, si vosotros fuereis herejes macedonianos, que rechazan consentir en la fe católica solamente en lo que se refiere al Espíritu Santo, estaríais de acuerdo en que el Padre y el Hijo son ciertamente dos, el uno el Padre, el otro el Hijo; y en que son iguales y de una y la misma sustancia, y no obstante no son dos señores dioses, sino que los dos son a la vez un solo Señor Dios. Si vosotros al menos hubieseis llegado al error hasta este punto, ciertamente que no seríais apremiados por las palabras divinas.

Pues vosotros afirmáis que el Padre y el Hijo, que son un solo Señor Dios, ha dicho: *No hay otro fuera de mí*. Y ¡ojalá que no hubiese más que tratar con vosotros que admitieseis al Espíritu Santo, y que afirmaseis no que la dualidad, sino que la Trinidad es un solo Señor Dios! Pero ahora, cuando proclamáis al Padre Señor Dios y al Hijo Señor Dios, de tal modo que no confesáis que los dos a la vez son un solo Señor Dios, sino dos, el uno mayor y el otro menor, sois alcanzados plenamente por la espada de la verdad, que dice: *Escucha, Israel: el Señor, tu Dios, es un solo Señor*, el cual grita: *Yo soy el Señor, y no hay otro fuera de mí*. Tampoco Dios Padre hubiese permitido apartar a los israelitas del culto de muchos dioses falsos de tal modo que fuera a mentirles acerca de un solo Dios y Señor, y a decirles que no hay fuera el Él otro Señor, cuando sabía que su Hijo es Dios y Señor. ¡Imposible que la verdad y el Padre de la verdad engañase a su pueblo con una mentira! ¡Tamaña blasfemia horrenda y detestable es de los herejes, nunca de los católicos!

En una palabra: Dios dice la verdad cuando declara: *Escucha, Israel: el Señor, tu Dios, es un solo Señor*¹⁵⁷. Porque el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo no son tres dioses, sino un solo Dios; ni son tres señores, sino un solo Señor. En una palabra, dice la Verdad: *Yo soy el Señor, y no hay otro fuera de mí*¹⁵⁸, porque no dice eso solamente el Padre, sino que lo dice la misma Trinidad. Este es el único Señor, y no hay otro fuera de Él. Porque si el Padre dijese: *Yo soy el Señor, y no hay otro fuera de mí*, negaría en realidad que el Hijo Unigénito es Señor. Y ¿quién de nosotros se va a atrever a confesar que él es el Señor, contradiciéndolo el Padre, cuando dice: *Yo soy el Señor, y no hay otro fuera de mí*? Por tanto, según la fe recta, esa palabra no es del Padre, sino de la Trinidad, es decir, del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Que enmudezcan las lenguas de los que ignoran la verdad: esa Trinidad es un solo Dios. De este único Dios se dice: *Escucha, Israel: el Señor Dios tuyo es un solo Dios*. Este Dios único dice: *Yo soy el Señor, y no hay otro fuera de mí*. Es verdad que el Hijo está sometido al Padre según la forma de hombre. Sin

embargo, no son dos dioses y dos señores según la forma de Dios, sino que los dos con el Espíritu Santo es un solo señor.

3. Los testimonios que has alegado del apóstol Pablo hablan contra ti, y no te das cuenta. Efectivamente, él dice: *A todos vosotros la gracia y la paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo* ¹⁵⁹. ¿Cómo Jesucristo es Señor, si dice el Padre: *Yo soy el Señor, y no hay otro fuera de mí*? Luego esta palabra es no del Padre solo, como he dicho, sino de la Trinidad. Alegas otro testimonio, y ése contra ti mismo, cuando dice el Apóstol, según tu lenguaje: "Uno es Dios Padre, de quien proceden todas las cosas, también nosotros en Él; y uno es el Señor Jesucristo, por quien existen todas las cosas, también nosotros en Él". Pero el Apóstol dice: *también nosotros por Él*; no dice: "en Él". Y ¿qué tiene que ver todo esto en nuestro caso? Deslices semejantes suelen ocurrirles a los que citan de memoria sin leer debidamente los textos. Mira si no atentamente lo que se refiere a esta cuestión.

Advierte que el Apóstol dijo: *Para nosotros uno solo es Dios Padre, de quien proceden todas las cosas, también nosotros en Él, y uno solo es el Señor Jesucristo, por quien existen todas las cosas, también nosotros por Él*. Ha distinguido perfectamente dos personas, una la del Padre, otra la del Hijo, sin confusión alguna y sin error alguno. Porque no son dos los dioses padres, sino un solo Dios Padre; no son dos los señores Jesucristos, sino un solo Señor Jesucristo. Realmente, en la Trinidad, que es Dios, uno solo es el Padre, no dos o tres; y uno solo es el Hijo, no dos o tres; y uno solo el Espíritu de ambos, no dos o tres. Y el mismo Padre único es ciertamente Dios; y el mismo Hijo único, hasta para vosotros que lo confesáis, es Dios; y el mismo Espíritu de ambos, a pesar de que vosotros lo negáis, es Dios. Del mismo modo, si me preguntas por el Señor, te responderé que lo es cada uno de ellos. Pero proclamo públicamente que todos a la vez no son tres señores dioses, sino un solo Señor Dios. Esa es nuestra fe, porque ésa es la fe recta, que se llama también fe católica. A ti, como contradices a esta fe, te pido que expongas cómo Jesucristo es también Señor, porque has afirmado que no es de la Trinidad, sino del Padre solo la frase *Yo soy el Señor, y no hay otro fuera de mí*. Sin duda que te echas a temblar. Sin duda que no encuentras qué responder, sólo que no quieras callarte a pesar de quedar confundido. En efecto, si solamente el Padre, y no la Trinidad, que es Dios, ha dicho: *Yo soy el Señor, y no hay otro fuera de mí*, no hay duda que ha negado que el Hijo es Señor: porque si el Hijo también es Señor, es falso que *No hay otro Señor fuera de mí*. Pues no se trata de un señor como son los hambres señores de los hombres siervos, a los que el Apóstol dice que son señores según la carne, sino que se trata del Señor a quien es debida esa servidumbre, que en griego se llama $\delta\omicron\mu\lambda\omicron\sigma$, según la cual se dijo: *Adorarás al Señor tu Dios, y a Él solo servirás* ¹⁶⁰. Si no es la Trinidad este Señor, sino el Padre solo, se nos prohíbe ciertamente servir con tal culto a Cristo Señor, según hemos escuchado: *A Él solo servirás*. Si está dicho en este sentido, es igual que si dijera "A Dios Padre solo servirás". Por cierto que si es Él solo, y no la misma Trinidad, quien ha dicho: *Yo soy el Señor, y no hay otro fuera de mí*, ha negado que el Hijo es un Señor semejante, a quien le es debido el culto con el que únicamente se sirve a Dios en la religión verdadera. Efectivamente, no ha dicho "Yo soy el Señor mayor o mejor, y no hay otro tan grande o tan bueno fuera de mí", sino que, queriendo que se le sirva a Él solo con aquel culto que es debido al Señor Dios, dice: *Yo soy el Señor, y no hay otro fuera de mí*. Por tanto, si esa palabra, como proclama la fe católica, es de un solo Dios, que es la misma Trinidad, sin duda alguna que hay que servirlo a Él solo con ese culto que únicamente es debido al Señor Dios, porque Él es siempre el Señor, y no hay otro fuera de Él.

4. A continuación te pregunto cómo entiendes este pasaje: *Un solo Dios Padre, de quien todo procede, también nosotros en Él; y un solo Señor Jesucristo, por quien todo fue*

hecho, también nosotros por Él ¹⁶¹. O ¿es que no son todas las cosas también del Hijo, puesto que Él mismo dice: *Todo lo que hace el Padre, eso también hace igualmente el Hijo?* ¹⁶² Pues si distingues de modo que no son todas las cosas por medio del Padre, sino que proceden del Padre; ni que todas las cosas son del Hijo, sino por medio de Él, ¿quién de ellos te parece que es aquel de quien habla el mismo Apóstol? *¡Oh abismo de riquezas de sabiduría y ciencia de Dios! ¡Que insondables son sus juicios e irrastreables sus caminos! Porque ¿quién ha conocido el designio del Señor? O ¿quién ha sido su consejero? O ¿quien le ha dado primero a Él para que le devuelva? Porque de Él, y por Él, y en Él son todas las cosas. A Él la gloria por los siglos de los siglos. Amén* ¹⁶³. ¿Hay que entender al Padre o al Hijo? Porque primero ha nombrado a Dios al decir: *¡Oh abismo de riquezas de sabiduría y ciencia de Dios!* Y después le ha llamado Señor, cuando dice: *Porque ¿quién ha conocido el designio del Señor?* Pero todo esto no entra en nuestra discusión, porque vosotros asignáis también los dos nombres tanto al Padre como al Hijo. En efecto, vosotros no decís Dios al Padre de modo que neguéis que el Hijo es Dios; ni llamáis Dios al Hijo de modo que neguéis que el Padre es Dios. Por más que en ese testimonio apostólico que has aducido, el Padre se llama Dios y el Hijo Señor, es decir: *Un solo Dios, que es el Padre, de quien procede todo; y un solo Señor, que es Jesucristo, por quien todo fue hecho.*

Fíjate bien en el pasaje: *¡Oh abismo de riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios!* Porque ya sea el Padre, ya sea el Hijo, de Él, y por Él, y en Él son todas las cosas. ¿Cómo todo procede del Padre, puesto que el Apóstol ha querido que se entienda a cualquiera de ellos en este pasaje: *De Él, por Él y en Él son todas las cosas?* Por tanto, ya se trate del Padre o del Hijo, es muy cierto que *De Él, y por Él, y en Él son todas las cosas*, y se demuestra sin duda alguna la igualdad del Padre y del Hijo.

En cambio, porque no ha nombrado al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, sino a Dios y al Señor, que también suele llamarse la misma Trinidad, si quiso referir cada una de esas expresiones a cada una de las personas, diciendo: *de Él*, el Padre; y *por Él*, por el Hijo; y *en Él*, por el Espíritu Santo, ¿por qué no queréis reconocer que esta Trinidad es un solo Señor Dios? Porque está claro que no dice: de ellos, y por ellos, y en ellos, sino: *De Él, y por Él, y en Él son todas las cosas*. Tampoco dice: a ellos la gloria, sino *a Él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.*

5. Te engañas por completo cuando piensas que se dice del Padre solamente: *Nadie es bueno sino el único Dios*. En efecto, si hubiese dicho "Nadie es bueno sino solo el Padre", sin que hubiese querido dar a entender que era excluido el Hijo y el Espíritu Santo de esa bondad única, porque la locución que ya recordé antes: *Nadie conoce las cosas que son de Dios sino el Espíritu de Dios* ¹⁶⁴, tampoco excluye de esa ciencia al Hijo de Dios. ¡Cuánto más evidente es para nosotros la amplitud de inteligencia por no haber dicho "Nadie es bueno sino solo el Padre", sino *Nadie es bueno sino solo Dios* ¹⁶⁵, que es la misma Trinidad! En realidad, aquel a quien respondió eso Jesús buscaba no un bien cualquiera, sino el bien que le hiciera feliz; más aún, buscaba la misma felicidad verdadera, es decir, deseaba la vida eterna. Y había preguntado a Cristo como hombre, ignorando que Él era también Dios.

En efecto, había dicho: *Maestro bueno, ¿qué haré para conseguir la vida eterna?* Él le contesta: *¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino el único Dios* ¹⁶⁶. Igualmente cuando se lee en otro evangelista lo que es lo mismo: *Nadie es bueno sino solo Dios* ¹⁶⁷. Como si dijese: Con razón me llamarías bueno si me reconocieses Dios. Ciertamente, cuando tú piensas que yo no soy otra cosa que hombre, ¿por qué me llamas bueno? A ti no te hace bueno ni feliz sino el bien inmutable que es solo Dios. Porque el ángel bueno, el hombre bueno, cualquier otra criatura buena: todo eso no es bueno, de tal modo que

haga feliz a cualquiera que lo llegara a conseguir, ni hay vida feliz alguna que no sea la eterna. ¿Cómo, pues, no es un bien semejante el Hijo verdadero de Dios, y la vida eterna, a la que deseaba llegar aquel que le había preguntado?

6. Después, cuando yo he afirmado que *Nadie es bueno sino el único Dios*¹⁶⁸, se ha dicho de la misma Trinidad que es el único y solo Dios; tú, en cambio, has afirmado que se ha dicho de solo Dios Padre, porque Él de ningún otro es Dios, de ningún otro es bueno. Pero el Hijo es Dios del Padre, y es grande y es bueno del Padre.

Atiende con diligencia quién de nosotros piensa rectamente de Dios Padre y de Dios Hijo: Si yo, que afirmo que el Padre es ciertamente Dios, y que no es Dios de otro dios; en cambio, el Hijo que es Dios, es Dios del Dios Padre; pero éste tiene tanta grandeza de aquél, cuanto aquél no la tiene de ninguno. Y el Padre bueno no es bueno de otro bueno; mientras que el Hijo es bueno del Padre bueno, pero la bondad que tiene del Padre es igual a la que aquél no tiene de ninguno. O acaso tú, que afirmas que sólo el Padre es Dios bueno, porque ni es Dios de otro dios, ni es bueno de otro bueno. El Hijo, en cambio, no debe ser igual al Padre por eso, porque es Dios de Él, y es bueno de Él.

En esa afirmación tuya blasfemas contra los dos, a saber: contra el Padre, porque no ha engendrado un Hijo tan grande cuan grande es Él, ni tan perfecto cual es Él. Y contra el Hijo, porque Él no ha merecido nacer ni tan perfecto ni tan grande como perfecto y grande es Él que lo ha engendrado. Finalmente, estas dos realidades de que venimos hablando, a saber: la deidad y la bondad, no tienen razón de ser en tu opinión, porque Él ha dicho: *Nadie es bueno sino el único Dios*. Porque, ¿cómo es Dios si no ha podido engendrar un Hijo tan grande cuan grande es Él ni tan perfecto cual perfecto es Él? Y si no lo ha querido, ¿dónde está su bondad?

7. Pero insistes: "El Padre es la fuente de la bondad, porque lo que es bueno no lo ha recibido de nadie". ¿Es que por eso el Hijo es menos bueno, porque lo que es bueno lo ha recibido de tal Padre, el cual ha podido dar al Hijo al nacer tanta bondad cuanta tiene Él mismo porque es Dios, y se la ha dado porque el que es bueno no puede ser envidioso?

Porque si le ha dado a su único Hijo menos bondad de la que Él mismo tiene, es entonces menos bueno de lo que debió ser. Pensar eso es demencial. Por consiguiente, dio al Hijo tanta bondad cuanta tiene Él mismo. Y porque el Hijo lo es por naturaleza, y no por gracia, le ha dado la misma bondad al que nacía, y no al que la necesitaba. Es más, ni ha aumentado en sí este que lo ha recibido ni ha disminuido en sí aquel que lo ha dado, porque no es una inmutabilidad desde donde pueda cambiar ni es una plenitud donde pueda crecer. ¿Qué es entonces la misma bondad sino la vida vivificante? Por tanto, porque la fuente ha engendrado a la fuente, *igual que el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere*¹⁶⁹. Esto lo dijo el mismo Hijo, no yo. Por eso se dice con razón a Dios Padre: *Porque en ti está la fuente de vida*. Y ¿quién es esa fuente de vida en el Padre sino aquel de quien se dice: *En el principio existía el Verbo, y el Verbo existía en Dios, y el Verbo era Dios. Él existía en el principio en Dios*. De quien un poco después se dijo: *Y la vida es la luz de los hombres*¹⁷⁰. Esta fuente es la fuente de la vida, y esta luz es la luz de la luz. Así, después de decir: *En ti está la fuente de la vida*, añadió a continuación: *En tu luz veremos la luz*¹⁷¹, esto es: En tu Hijo veremos al Espíritu Santo, a quien también tú has reconocido que es iluminador en la primera parte de nuestro debate. Luego la fuente de la fuente es el Hijo del Padre, y los dos a la vez son la única fuente. Igual que es Dios de Dios, y los dos juntamente son un único Dios; y todo eso no sin el Espíritu de uno y otro.

Tomando de esta fuente de la bondad, de esta fuente de la vida, de esta luz inmutable, de esta plenitud indeficiente, es decir: del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, único y solo Señor Dios, todos los que creen verazmente, según la medida de su fe, se hacen buenos,

son vivificados, son iluminados, son llenados en plenitud. A los cuales, yo no sé con qué increíble temeridad, y hasta diría que con tu permisión, has añadido el Hijo Unigénito. Estas son tus palabras: "Sea el Hijo, sean los que han sido hechos mediante el Hijo, todos han recibido de aquella única fuente de bondad, según la medida de su fe, el ser buenos". ¿Dónde queda lo que habías confesado antes: que Él era Hijo por naturaleza y no por gracia? Advierte que vas contra tu propia sentencia. Advierte que ya manifiestas el secreto pérfido de vuestra herejía, porque estáis proclamando que el Unigénito, verdadero Hijo de Dios y verdadero Dios, no es Hijo por naturaleza, sino por gracia. Porque, si también Él, según tus palabras, ha recibido en la medida de su fe el ser bueno, luego es Hijo por gracia, no por naturaleza, y en algún tiempo no ha sido bueno, y creyendo fue hecho bueno, porque para ser bueno, como tú dices, recibió según la medida de su fe, de aquella fuente de la bondad, que es el Padre.

Nosotros leemos ciertamente que *Jesús iba creciendo en edad y sabiduría, y la gracia de Dios estaba con Él*¹⁷², pero según la forma del hombre que por nosotros tomó de nosotros, no según la forma de Dios, en la cual no ha juzgado ajeno a Él el ser igual a Dios. Aunque nosotros creemos que en la misma forma del hombre ha ido creciendo en edad y en sabiduría, sin embargo nosotros no leemos que Él haya merecido por la fe, desde no bueno, llegar a ser bueno.

Ahora la cuestión entre nosotros no gira en torno a la naturaleza del Hijo de Dios, en la cual, como nosotros afirmamos, vosotros negáis que es igual al Padre. Porque el Verdadero Hijo, el Hijo único, el Hijo, verdadero Dios de Dios verdadero, en nada ha degenerado del Padre. Tampoco vosotros habéis podido leer en parte alguna de las Escrituras Santas que el Padre sea incomparable al Hijo. Ni tú mismo has dicho de buena fe que el Padre es también inmenso, porque lo afirmas precisamente por eso, porque crees que el Hijo no es igualmente inmenso, sino limitado con una medida. ¡Guárdate contigo tu medida, con la cual mides a tu falso señor, y equivócate con ella sobre tu Señor verdadero!

Obstinación arriana en no ver al Hijo de Dios igual al Padre

XXIV. Tienes razón al reconocer que el Padre ama al Hijo, y que el Hijo ama al Padre, pero a condición de que confieses que el amor no es mayor en el Padre que en el Hijo. Porque son iguales por su naturaleza divina, y se aman a la recíproca igualmente. Pero el Hijo, en cuanto hombre, hace el mandato del Padre. En efecto, en cuanto Dios, el mismo Hijo es el mandato del Padre, porque Él es el Verbo del Padre. Por eso en otro pasaje dice del mandato del Padre, es decir, de sí mismo: *Yo sé que su mandato es la vida eterna*¹⁷³. Que el mismo Hijo de Dios sea la vida eterna lo atestigua la divina Escritura. Y cuando dice: *Él que me ve, ve también al Padre*¹⁷⁴, ¿quién ignora que lo dijo porque todo el que ve al Hijo por la inteligencia ve ciertamente al que es igual al Padre? Vosotros por eso no lo veis, porque no veis al Hijo por los ojos del corazón, cuanto puede verse en esta vida.

El Padre es mayor que el Hijo en cuanto hombre

XXV. Piensas sin razón que yo he dicho que el Padre es mayor por la forma de siervo que recibió el Hijo. Y es porque tú pretendes, según vuestra herejía, que el Padre sea mayor que el Hijo en la misma forma de Dios. Vosotros envidiáis al Hijo la forma paterna de tal modo que por eso deseáis que el Hijo haya nacido perfecto con perfección eterna, para que así no pueda llegar a la forma paterna, al menos en el crecimiento. Pero es inútil que el hombre envidie la misma forma paterna de Dios al Hijo, a quien el Padre no se la envidia, porque lo ha engendrado único igual a Él.

Pero replicas que no es grande la gloria del Padre, si esa forma de siervo es mayor que la forma por la cual son mayores también los ángeles. Ten cuidado si lo que intentas no es otra cosa que llegar a la gloria del único Padre por medio de la ofensa del Hijo único, es decir, que el Padre no se acreciente en gloria si el Hijo no se disminuye en naturaleza. Guárdate bien: pues ¿no sabes que tú injurias tanto al Padre como al Hijo si aquél no pudo o no quiso engendrar a uno igual a sí, ni éste nacer igual al Padre? Dios no quiere ser alabado como Padre de modo que pueda decirse que ha engendrado de sí mismo un Hijo degenerado. El buen amador del Hijo no quiere que la forma suya sea predicada de manera que su Hijo único no ha podido o tomarla al nacer o abarcarla al crecer. Y te parece que eso no dice nada grande de Dios Padre, si la forma de siervo es mayor, cuando parecen mayores hasta los ángeles. No estás pensando rectamente en el lugar que tiene en las cosas la naturaleza humana, que fue creada a imagen de Dios. Los ángeles pueden ser llamados mayores que el hombre, porque son mayores que el cuerpo del hombre; son también mayores que el alma, pero en la forma que hace pesado al cuerpo corruptible por mérito del pecado original. En cambio, sólo Dios es mayor que la naturaleza humana, cual la tomó Cristo del alma humana, que no pudo depravarse por pecado alguno. Finalmente, por qué se dijo: *Lo has hecho un poco menor que a los ángeles* ¹⁷⁵, lo ha declarado la Escritura donde se lee: *Y lo hemos visto a Jesús un poco menor que los ángeles por la pasión de muerte* ¹⁷⁶. Luego no por la naturaleza, sino por la pasión de muerte. Sin embargo, Dios solo es mayor que la naturaleza del hombre, que supera a las demás criaturas por el alma racional e intelectual. Y a Dios ciertamente no se le ha hecho injuria cuando se dijo *Dios es mayor que nuestro corazón* ¹⁷⁷. Luego el Hijo de Dios, que va a elevar hasta el Padre el hombre recibido, cuando decía: *Si me amaseis, os alegraríais ciertamente, porque voy al Padre; porque el Padre es mayor que yo* ¹⁷⁸, también prefería del todo a Dios Padre no sólo a su misma carne, sino también a su alma humana que Él llevaba: la cual es conocida toda entera como forma de siervo, porque toda criatura sirve al Criador.

Aun antes de la encarnación, el Hijo de Dios se hizo visible a los hombres

XXVI.1. Tu último punto de discusión fue cómo Dios se apareció a los antiguos, cuando Cristo aún no había tomado el cuerpo humano en el que fuese visto, siendo invisible de suyo la misma naturaleza divina. Como tú también has confesado eso, de tal modo que entre otras cosas llegas a decir que no sólo el Padre, pero ni el mismo Hijo es visible en la sustancia de su divinidad, y no solamente a los hombres, ni siquiera a las mismas potestades celestes. Después, cambiando ya de parecer, dices que Él, antes de su encarnación, se dejó ver de las miradas de los mortales, afirmando que lo que dice el Apóstol: *A quien nadie de los hombres ha visto ni puede ver* ¹⁷⁹, se dijo de Dios Padre; el Hijo, en cambio, tuvo por costumbre ser visto de los hombres desde el principio del género humano. Cuando quisiste probarlo, tomaste de las Escrituras santas muchos testimonios que no te han podido ayudar en nada. En efecto, en ninguna parte lees que Moisés escribió, como tú dices, que el Hijo ha sido visto siempre desde aquel primer hombre Adán hasta la misma encarnación. Pues aseguras que él describe eso en el libro del Génesis, lo cual es tan falso como ridículo. ¿Es que el libro del Génesis contiene todo lo que ha sucedido desde Adán hasta la encarnación de Cristo?, o ¿que el mismo Moisés hasta ha vivido en carne y escribió incluso todo lo que fue sucediendo hasta la época de la encarnación de Cristo? Afirmas todo eso, y crees que dices algo, y hasta te tienen en consideración quienes ni siquiera son capaces de apreciar eso que es tan manifiestamente falso.

2. Después, dime, ¿a qué viene y a qué se refiere lo que recuerdas sobre que el Padre dice al Hijo: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra?* ¹⁸⁰ ¿Acaso te ha faltado

tiempo para hablar que, sin tener en cuenta lo que te habías propuesto probar, has olvidado frívolamente la Escritura del Génesis? ¿Acaso se prueba allí que los hombres vieron a Cristo antes de asumir nuestra carne, porque el Padre dijo al Hijo: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra?*, añadiendo a continuación: *Y Dios creó al hombre* ¹⁸¹. Y ¿quién es Dios sino el Hijo? Y como para indicarme de antemano que lo tomas de mis escritos, dices: "Esto lo has escrito ciertamente en tus tratados". No quiero indagar la verdad de cuanto dices al advertir que no viene a cuento lo que afirmas. La cuestión entre nosotros es si Cristo se hizo visible a las miradas humanas en su divina sustancia. Y tú contestas que *Dios creó al hombre*, añadiendo "¿Quién es Dios sino el Hijo?", como si por ello fuese necesario que el hombre viese a Dios su creador con sus ojos de carne. Si fuese así, todos los hombres verían a Dios, porque ¿qué otro los crea en el seno de sus madres? Aún añades que: "Semejante Hijo, que es profeta de su progenitor, decía *No es bueno que el hombre esté solo. Hagámosle una ayuda semejante a él*" ¹⁸². Si ahora te pregunto, ¿quién te ha indicado que el Hijo ha dicho eso? ¡En qué apuros te vas a ver! Porque la Escritura, que dijo: *Al principio creó Dios el cielo y la tierra* ¹⁸³, sin expresar si lo creó el Padre, o el Hijo, o el Espíritu Santo, o la misma Trinidad, que es un solo Dios, recuerda a Dios también en otros pasajes, como cuando dice: *Y creó Dios; Dijo Dios* ¹⁸⁴, para todas sus obras, de las que ha afirmado que Él es el creador. Por eso habla con locuciones semejantes: *Y dijo Dios: Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra. Y Dios creó al hombre* ¹⁸⁵. Tampoco habló de modo diferente cuando dice: *No es bueno que el hombre esté solo. Hagámosle una ayuda semejante a él* ¹⁸⁶. ¿De dónde se te ha metido a ti que lo primero lo dijo el Padre y lo último lo dijo el Hijo? ¿Cómo distingues, cómo diferencias que el Padre dijo: *Hágase la luz* ¹⁸⁷ y lo que sigue, y que con certeza dijo el Padre: *Hagamos al hombre*, de que fue el Hijo quien dijo: *Hagámosle una ayuda*, cuando la Escritura no te dice otra cosa sino *Dijo Dios*? ¡Qué temeridad la tuya y qué presunción! Además, como estáis acostumbrados a afirmar que el Padre es mayor porque dijo: *Hágase esto o lo otro*, como quien manda al Hijo. Y que el Hijo por eso es menor, porque llevó a cabo lo mandado por el Padre, ¿qué vais a responder a lo que está escrito: *Hagamos al hombre*? Porque no dice como en lo anterior: "Hágase el hombre", como si se lo mandase al Hijo, sino: *Hagamos al hombre*. No te pregunto ahora que confieses quién lo dijo, porque tenemos ya tus palabras: que el Padre dijo eso al Hijo. Y ¿por qué no dice "Hágase" o "Haz", sino: *Hagamos*? ¿Es que Dios ordenó todo lo demás, y lo hizo el Hijo; en cambio, al hombre lo hicieron los dos, pero el Padre mandándolo y colaborando; y el Hijo, no mandándolo, sino solamente haciendo lo mandado? Si entiendes que el Padre mandó porque está escrito: *Dijo Dios: Hagamos al hombre*, entonces también lo mandó el Hijo, porque tú mismo aceptas que no dijo el Padre, sino el Hijo: *Hagámosle una ayuda*. Y lo mismo en: *Y Dios creó al hombre*, quieres tú que se entienda que el Hijo obedeció al Padre que manda, porque el Padre había dicho: *Hagamos al hombre*. Lo mismo cuando leemos: *Y el Señor infundió un sueño en Adán, y tomó una de sus costillas* ¹⁸⁸, más lo que sigue, donde se demuestra que la ayuda fue creada para el hombre, entendiendo, porque lo dices tú, que el Padre obedeció al Hijo que manda, ya que afirmas que no dijo el Padre, sino el Hijo: *Hagámosle una ayuda*.

3. Pero digo esto como si lo que tú has pretendido creer o sospechar se refiriese al asunto que aquí tratamos. Al afirmar tan seguro que es el Padre quien lo ha mandado, cuando se dijo: *Hagamos al hombre*; y que es el Hijo quien ha obedecido al decir: *Y Dios creó al hombre*, de seguro que te va a ayudar también que sea el Hijo quien ha dicho: *No es bueno que el hombre esté solo. Hagámosle una ayuda*; pero, si al decir eso, Él no lo ha mandado, porque vosotros así lo queréis, ¿cómo demuestras que el Hijo, que ha hecho al hombre, ha sido visto por el hombre? ¿Cómo pruebas que el Hijo, que dijo: *No es bueno que el hombre esté solo. Hagámosle una ayuda*, fue visto por el hombre, y aun por la

mujer misma, si es que no quieres que sea hecha por el Padre, para que no aparezca que el Padre ha obedecido al Hijo, sino que el mismo Hijo, como mandándose y obedeciéndose a sí mismo, dijo que debía ser hecha, y la hizo? Demuestra que el hombre ha visto y que la mujer ha visto al Hijo. Tú mismo habías prometido demostrar que, antes de que se encarnase, el Hijo fue visto por las miradas humanas. Demuestra entonces lo que has prometido. ¿A qué te sales por peteneras? ¿Por qué defraudas nuestra esperanza y no cumples tu promesa? ¡Estás multiplicando las palabras sin necesidad para malgastar un tiempo precioso!

Si el hombre ha visto al Hijo precisamente por haberlo hecho, y su mujer también le ha visto porque la ha hecho, confiesa, si te atreves, que Dios-Hijo no puede crear las cosas visibles, y que sus propias obras no le vean a Él, aunque vean lo demás. Si eso lo puede Dios-Hijo, entonces ¿qué es lo que has afirmado que hasta ahora Él crea todo lo que es visible, y, sin embargo, no lo ven los ojos que Él ha creado? ¿Por qué te has sacado esto del libro del Génesis en tu perorata? ¿Por qué nos has hecho perder un tiempo tan precioso para nosotros con tu charlatanería?

4. Insistes: "Es que ese Hijo se apareció a Adán, según lo que leemos que dice Adán: *He oído la voz del que deambulaba en el paraíso, y me he escondido, porque estoy desnudo*"¹⁸⁹. Si esto lo hubieses dicho antes, buen hombre, desde entonces habrías comenzado a cumplir tu promesa. Aunque también aquí Adán dice: *He oído tu voz*; y no dice "he visto tu rostro o tu figura". Y porque dice: *Me he escondido, porque estoy desnudo*, ha tenido miedo de que Dios le vea a él, y no ha manifestado que él haya visto a Dios. En efecto, si cuando oye la voz se sigue la visión, entonces también Dios Padre ha sido visto cuantas veces ha hablado al Hijo. Conocemos en el Evangelio las palabras del Padre, que habla y dice: *Tú eres mi Hijo amado*¹⁹⁰, etc., donde es oído por los hombres, pero no es visto. Igualmente en las palabras que añades, cuando dice: *¿Quién te ha dicho que estás desnudo?*, y lo que sigue. Dios pudo ser oído y no pudo ser visto. Date cuenta, pues, que todavía no has dicho nada de lo que has prometido. ¡Di, por fin, algo que debemos discutir o que aceptemos como favorable a tu causa!

5. Y continúas: "Este Dios se apareció también a Abrahán". No se puede negar que Dios se apareció a Abrahán. La Escritura, fidelísima, lo dice clarísimamente: *Dios se le apareció junto a la encina de Mambré*¹⁹¹. Pero tampoco aquí está declarado si fue el Padre o el Hijo. Al referir la Escritura cómo se le apareció Dios, declara que se le aparecieron tres varones, en los cuales más bien puede entenderse con verdad la misma Trinidad, que es el único Dios. Por lo menos, ve tres, y no los llama señores, sino Señor, porque la Trinidad es ciertamente tres personas, pero un solo Señor Dios. Este es el relato de lo que vio Abrahán: *Mirando, vio con sus propios ojos. Y he aquí que tres varones estaban de pie por encima de él. Y al verlos corrió a su encuentro desde la entrada de su tienda, y los adoró postrado en tierra, y exclamó "Señor, si he hallado gracia ante ti, no pases de largo junto a tu siervo"*¹⁹². Aquí vemos que se le aparecieron tres varones, y que son llamados un solo Señor, y que ruega al único Señor que no se olvide de su siervo, porque pareció conveniente a Dios visitar a sus siervos. Después habla en plural a las tres personas, diciendo: *Tomaré agua y lavaré vuestros pies, y os refrescaréis debajo del árbol. Tomad pan y comed. Después seguiréis vuestro camino, ya que os habéis desviado hacia vuestro siervo*¹⁹³.

Está claro que los invita como a hombres, porque no les ofrecería un refrigerio con que reconfortar los cuerpos si no los creyese hombres. Y la Escritura recuerda que ellos respondieron en plural, pues dice: *Y dijeron: "Obra así como has dicho"*¹⁹⁴. No dice: "Y dijo", sino *Dijeron*. A continuación, cuando la comida estaba preparada, dice la Escritura: *Y la sirvió ante ellos y comieron*¹⁹⁵. No dice la sirvió ante él y comió. Cuando llegó lo de

prometerle a Abrahán un hijo de Sara, porque se trataba de un beneficio divino, y no como era costumbre hacerse un obsequio entre los hombres, la Escritura cuenta que uno solo es el que dice: *¿Dónde está Sara, tu mujer?* No dice: "Y le dijeron a él", sino: *Y le dijo a él: ¿dónde está Sara, tu mujer?*¹⁹⁶ Y después manifiesta quién dijo eso, cuando habiéndose reído Sara, la misma Escritura dice: *Y el Señor dijo a Abrahán: ¿Por qué se ha reído Sara de sí misma?*¹⁹⁷, y el texto, que sigue hasta el final, habla en singular como un solo Señor. Después de eso, como si fuesen hombres, se narra ya en plural, que se fueron: *Y levantándose de allí los hombres, dirigieron una mirada hacia Sodoma y Gomorra, mientras Abrahán caminaba con ellos, acompañándolos*¹⁹⁸. De nuevo la Escritura vuelve al número singular, y dice: *El Señor dijo: ¿Acaso voy a ocultar yo a mi siervo Abrahán lo que voy a hacer?*¹⁹⁹ Seguidamente le promete a Abrahán una posteridad ilustre y copiosa, y le anuncia la destrucción de los sodomitas. Continuando la Escritura, dice: *Y dirigiéndose desde allí los hombres, llegaron a Sodoma. Y Abrahán permanecía aún de pie en la presencia del Señor. Y acercándose Abrahán dijo: No vayas a perder al justo con el impío, ¿va a ser el justo como un impío?*²⁰⁰ Después de la conversación del Señor y de Abrahán, sigue la Escritura: *Luego que terminó de hablar a Abrahán, el Señor se fue. Abrahán en cambio se volvió a su lugar. Pero llegaron dos ángeles a Sodoma por la tarde*²⁰¹. Estos son los personajes de quienes había dicho poco antes: *Levantándose de allí los hombres, llegaron a Sodoma*²⁰². Sin expresar que eran dos, cuando dijo desde el principio que tres hombres se aparecieron a Abrahán, y que fueron recibidos por él hospitalariamente, y al marchar los acompañó, caminando con ellos.

6. A lo mejor ya te lanzas a vociferar que en ellos estuvo el único Señor Jesucristo, que prometía y respondía a Abrahán en singular; en cambio, los otros dos eran ángeles suyos que vinieron a Sodoma como ángeles enviados por su Señor. Pero, aguarda, ¿por qué te vas a precipitar? Examinemos todo con cuidado, y veamos atentamente las palabras del Señor, que habla a Abrahán: *El clamor de Sodoma y de Gomorra se ha multiplicado. Y sus pecados son muy grandes. Por tanto, descendiendo a ellos, voy a ver si se cumple todo según el clamor de ellos que llega hasta mí*²⁰³. Aquí ha dicho que Él mismo va a bajar hasta Sodoma, adonde, sin embargo, no ha descendido Él mismo, sino los dos ángeles. En efecto: *Él se fue, luego que terminó de hablar a Abrahán. Abrahán, en cambio, regresó a su lugar. Y llegaron, como está escrito, los ángeles a Sodoma por la tarde;*²⁰⁴ ¿Y si en los dos ángeles está el único Señor, que, según su palabra, ha descendido a Sodoma en los mismos ángeles? ¿Acaso no es evidente que en los tres varones vio a un solo Señor? Y ¿qué otra cosa está figurada allí sino la misma Trinidad?

Pero analicemos si la santa Escritura nos demuestra que también en los dos ángeles, como he dicho, se halló el único Señor; no vaya a ser que parezca que lo hemos afirmado nosotros por nuestra cuenta.

*Llegaron, pues, los dos ángeles a Sodoma por la tarde. Lot estaba sentado junto a la entrada de Sodoma. Al verlos, Lot se levantó a recibirlos, y se prosternó rostro en tierra*²⁰⁵. Ves que aquí los ángeles son adorados por un hombre justo, ¿y tú no quieres que sea adorado el Espíritu Santo, a quien vosotros anteponéis también sin duda alguna a todos los ángeles? Vas a replicarme que él creía que eran hombres, porque los hospedó como a hombres. Pero esto va más contra ti, que afirmas que el Espíritu Santo, que debe ser preferido a todos los ángeles, no es adorado, cuando estás viendo que hasta hombres inferiores a los ángeles son adorados por hombres justos. Todavía puedes responder que adoró al Señor. Realmente en aquellos dos, que él creía que eran hombres, reconoció que era el Señor como en los profetas. Así te he demostrado lo que había prometido demostrar por medio de la Escritura santa; que fue reconocido en los

ángeles por un hombre justo el mismo Señor que dijo que se iba, luego que acabó de hablar a Abrahán, y que descendió en aquellos dos ángeles a Sodoma, como lo había dicho.

Les ofreció por tanto hospitalidad como a hombres santos de Dios, en los cuales reconoció que era Dios, puesto que, lo mismo que Abrahán, él ignoraba que ellos eran ángeles. En efecto, estos patriarcas están designados en la carta a los Hebreos, cuando al hablar de su hospitalidad dice: *Por ella (la fe) algunos sin saberlo hospedaron a ángeles*²⁰⁶. Recibiendo, pues, Lot, sin saber que fuesen ángeles, y conociendo, sin embargo, como le fue posible conocer al mostrárselo el mismo Señor, quién era en ellos -dejando en silencio lo que pasó entre tanto-, salió con ellos de Sodoma. Antes de hacerlo, como habla la Escritura, *Los varones dijeron a Lot: ¿tienes aquí yernos, hijos o hijas? O si tienes algún otro pariente en la ciudad, sácalos de este lugar, porque nosotros vamos a destruir este lugar, porque el clamor se ha elevado hasta el Señor, y el Señor nos ha enviado para destruirlo*²⁰⁷. Así es como ocurre aquel incendio de Sodoma, hecho por los ángeles que envió el Señor. En ellos, sin embargo, también estaba Él mismo, porque no envía a los suyos de modo que se separe de ellos. En ellos, pues, descendió a Sodoma, como había predicho que iba a hacerlo, cuando hablaba con Abrahán, y lo hizo después de haber dicho que Él se fue, y que los ángeles llegaron a Sodoma por la tarde.

Poco después, cuando lo sacaron fuera y le dijeron, como narra la misma Escritura, *Ponte a salvo y no mires atrás. No te detengas en toda la región. Ponte a salvo en el monte, para que no perezcas*²⁰⁸. Lot les dijo: *Te ruego, Señor, porque tu siervo ha hallado misericordia ante ti*²⁰⁹, etc. Como hubiese terminado de hablar, y hubiese elegido la pequeña ciudad en la cual se salvaría, sigue la Escritura y dice que le respondió: *Accedo a tu palabra, no destruiré la ciudad de que has hablado. Date prisa, para que estés a salvo allí, porque no podré hacer nada hasta que entres en ella*²¹⁰ ¿Quién le respondió esto sino aquel a quien había dicho: *Te ruego, Señor?* Esto se lo había dicho a los dos, no a uno solo, como clarísimamente está escrito: *Y les dijo Lot a ellos: Te ruego, Señor.* Luego Lot reconoció en los dos ángeles a un solo Señor, como Abrahán reconoció a uno solo en los tres.

7. No hay por qué decir que el que se fue y habló con Abrahán era el Señor y, en cambio, los dos que llegaron a Sodoma, una vez que Él se marchó, eran dos ángeles suyos. Porque todos los tres que se aparecieron a Abrahán son llamados varones, como la Escritura suele llamar varones también a los ángeles. Tampoco Abrahán obsequió a uno solo de ellos más rendida y humildemente que a los otros dos, sino que lavó igualmente a todos los pies, igualmente a todos les sirvió los manjares. Luego vio en todos a Dios. Por lo que la Escritura había predicho que Dios se había aparecido a Abrahán en los ojos corporales, pero que en ellos veía a Dios no con los ojos del cuerpo, sino del corazón, esto es, que entendió y reconoció. Del mismo modo Lot en los dos varones, con quien hablaba no en plural, sino en singular, y Él le respondía también como uno solo. Cierto que, primero, Abrahán por medio de los tres varones, y después, por uno solo oyó a aquel que habló, permaneciendo con Él, cuando iban los dos a Sodoma; y Lot, por medio de los dos, y, sin embargo, él oyó a un solo Señor, a quien rogaba por su liberación, y que le respondía. Cuando ambos, es decir, tanto Abrahán como Lot, los creían hombres a aquellos que eran ángeles, pero que entendían en ellos a Dios que era, y no creían ser el que no era.

¿Por qué se quiere aparecer esta Trinidad visible y unidad inteligible sino para que se nos insinuase que de tal manera los tres eran el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo que, sin embargo, a la vez no fuesen tres dioses y señores, sino un solo Señor Dios? Tú has dicho: "Este Dios se apareció a Abrahán", sabiendo que has leído lo que está escrito: que Dios se apareció a Abrahán en la encina de Mambré, como queriendo probar que el señor

Hijo se apareció a aquel Patriarca, te has apartado de esos tres varones, has silenciado del todo a aquellos en los cuales la Escritura narra que Dios se apareció a Abrahán, para darnos a entender tú mismo que la Trinidad-Dios no es de una sola sustancia, así como eran de una sola sustancia los tres varones que vio Abrahán, habiendo predicho la Escritura: *Dios se apareció a Abrahán*, sin ser, sin embargo, tres dioses, porque también se dijo que *Dios se apareció*, y no que se aparecieron dioses. El mismo Abrahán vio tres, y adoró a uno solo, de quien no quiso ser olvidado, y recibió de uno solo la respuesta de la divinidad. Ni pensó que los otros dos de ellos eran dioses, sino un solo Dios en todos. Porque también Lot vio a dos, y, sin embargo, reconoció a un solo Señor.

Donde a mí me parece que por los ángeles están significados el Hijo y el Espíritu Santo, porque aquellos ángeles dijeron que ellos eran enviados. Y de la Trinidad, que es Dios, se lee que sólo el Padre no es enviado; en cambio, se lee que son enviados tanto el Hijo como el Espíritu Santo, cuya naturaleza no por eso es diversa; porque también esos varones, por medio de los cuales están significados, eran de una sola y de la misma naturaleza. Tú has desviado con astuto silencio esa Escritura que podía convencerte. Y como has dicho "Ese Dios se apareció a Abrahán", queriendo pensar que sólo el Hijo se apareció en aquello que se lee en el Génesis que Dios se apareció a Abrahán, no has querido decir cómo se apareció, para que allí no fuese reconocido Dios, no sólo el Hijo, sino la Trinidad.

8. Has dicho también: "Si quieres creer que el Hijo se apareció a Abrahán, ciertamente el mismo Unigénito lo afirmó en el santo Evangelio así: *Abrahán, vuestro padre, se entusiasmó por ver mi día. Lo vio y se alegró* ²¹¹. ¡Dale con la promesa de discutir y volver a lo discutido! Como si el Hijo de Dios hubiese dicho: "Abrahán, vuestro padre, deseó verme, me vio y se alegró" Aunque esto también puede entenderse así: que el santo Patriarca vio al Hijo de Dios con los ojos interiores, no con los ojos carnales, que es de donde surge la cuestión entre nosotros. Pero, cuando dijo Cristo: *Abrahán deseó ver mi día. Lo vio y se alegró*, ¿por qué no entendemos el día de Cristo como el tiempo de Cristo, en que había de venir en la carne, tiempo que Abrahán, así como también otros Profetas, pudo ver en espíritu, y alegrarse? Así, pues, tampoco aquí has podido probar lo que te habías propuesto, y que tú habías prometido.

9. Después de todo esto, te has pasado a Jacob, que luchó con el ángel, a quien la misma Escritura del Génesis llama también hombre y Dios. Porque así se lee: *Jacob se quedó solo, y un hombre luchaba con él hasta la aurora. Pero vio que no podía con él, y le tocó el tendón de su muslo y quedó tieso el muslo de Jacob mientras luchaba con él. Y le dijo: Suéltame, porque viene la aurora. Pero él le contestó. No te soltaré hasta que me hayas bendecido. Y le preguntó: ¿Cuál es tu nombre? Le contestó: Jacob. Y le dijo: Tu nombre no se llamará más Jacob, sino que tu nombre será Israel, porque has podido con Dios, y eres poderoso con los hombres. Y Jacob le rogó diciendo: Declárame tu nombre. Y le contestó: ¿Por qué eso de preguntar tú mi nombre? Y le bendijo allí. Jacob llamó el nombre de aquel lugar Visión de Dios. Porque he visto a Dios cara a cara y he quedado con vida* ²¹². De esta lectura te esfuerzas tú en demostrar que el Hijo único de Dios se apareció visiblemente, aun antes de haber venido en la carne. En donde, aunque no es absurdo entender que Cristo está figurado por la profecía que anuncia las cosas futuras, porque era futuro que Jacob iba a aparecer como vencedor de Cristo en sus hijos, que crucificaron a Cristo. Y en sus hijos vería a Cristo cara a cara; y quedarían con vida los israelitas que vieron esto con fe. Sin embargo, a ese hombre, que peleó con Jacob, el profeta Oseas le llama evidentemente ángel. Porque así escribió de Jacob: *En el seno suplantó a su hermano y en la lucha pudo con Dios, y fue confortado con el ángel y venció* ²¹³.

Luego así como en el Génesis aquel que luchó con Jacob es llamado tanto hombre como

Dios, así también lo llama este profeta tanto Dios como ángel. Más aún: igual que quien era ángel es llamado hombre, como son llamados hombres los que se aparecieron a Abrahán, cuando, sin saberlo, tanto él como Lot hospedaron a ángeles. Luego Dios estaba en el ángel, como Dios está en el hombre, sobre todo cuando habla por medio del hombre. Así, en cuanto a Cristo, que es figurado tanto por este ángel como por el hombre.

En realidad hasta el mismo Isaac, el hijo de Abrahán, ¿qué otra cosa era sino Cristo en figura, cuando fue llevado como un corderillo para ser inmolado, y como cuando Cristo llevó su cruz, lo mismo él llevaba la leña sobre la que iba a ser colocado? Finalmente, ¿de qué nos admiramos que Jesucristo esté figurado por un ángel, si es figurado no sólo por un hombre, sino hasta por un animal? Porque, ¿qué otro era aquel carnero que estaba enredado en la zarza por los cuernos sino Cristo crucificado, coronado también hasta con espinas? Abrahán inmoló este carnero en lugar del hijo, a quien se le ordenó perdonar. Pues lo mismo ordenó Dios que se perdonase al hombre, de tal modo, sin embargo, que por un animal, y a causa de la pasión de Cristo, que estaba profetizada de ese modo, se cumpliese el misterio de la sangre sacrosanta. Si piensas entonces que el ángel que luchó con Jacob fue Cristo propiamente y no figuradamente, puedes decir que el carnero, que inmoló el patriarca Abrahán, fue también Cristo propiamente y no figuradamente. Puedes decir, en fin, que la piedra golpeada por la vara, que derramó agua abundantísima para el pueblo sediento, propiamente y no figuradamente fue Cristo. Así lo dice el Apóstol: *Pues bebían de la piedra espiritual que venía detrás, y la piedra era Cristo*²¹⁴. Esas figuras no fueron realidades propiamente, sino que, precediendo sus figuras, significaban las realidades que iban a venir. Figuras que, por medio de una criatura obediente a Dios, y sobre todo por medio del ministerio de los ángeles, se hacían visibles a las miradas de los mortales, actuando siempre el poder de Dios, aunque ocultando la naturaleza, ya sea del Padre, ya sea del Hijo, ya sea del Espíritu Santo.

10. Es inútil, pues, que afirmes que el Hijo de Dios fue visto por los hombres, y que el Padre, en cambio, no fue visto, cuando tanto el Padre como el Hijo y el Espíritu Santo pudo ser visto a través de una criatura sumisa a Él; pero a través de su naturaleza ninguno de ellos ha sido visto. Es decir, que Dios, de acuerdo con la debilidad sensorial de los hombres, está más significado en figuras que mostrado en la realidad. Así, pues, no ha sido visto como es. Ciertamente, esto está prometido a los santos en la vida futura. Por eso dice el apóstol Juan: *Queridísimos, ahora somos hijos de Dios, y aún no ha aparecido lo que seremos. Porque sabemos que cuando aparezca, seremos semejantes a Él, porque le veremos como es Él*²¹⁵.

Por consiguiente, los apóstoles vieron también en este mundo al Señor. Le vieron, pero no como es Él. Moisés, a lo más, deseaba que se le manifestase, aunque hablaba con Él cara a cara, como indica la Escritura.

Habiendo expuesto todo esto en mi exposición anterior, tú lo has ignorado, y como yo hubiese querido que se te leyera en público de los registros lo de mi exposición personal, tú, como si no lo hubieses oído, lo has silenciado. En cambio, al no discernir qué es ver a Dios a través de su sustancia, y qué es ver a Dios por medio de una criatura obediente, has caído en una blasfemia tan grande que llegas a decir que el Hijo Unigénito de Dios, por eso mismo que es Dios, es mudable; puesto que has pensado que debe atribuirse sólo al Padre lo que has dicho que está escrito: *Yo soy el que soy, y no he cambiado*. Como si el Hijo, o el Espíritu Santo, hubiese cambiado cuando se apareció visiblemente, ya sea aquél, porque consta que nació de mujer, ya sea éste, al mostrarse a las figuras humanas en figura de paloma o en lenguas de fuego. Sobre todo esto ya te he respondido en mi exposición, cuando te he demostrado que tú no has podido refutar lo que te he dicho.

Sin embargo, para comprender ahora cómo dijo Dios: *Yo soy el que soy, y no he*

cambiado; y más aún, lo que se halla escrito: *Porque yo soy el Señor, y no cambio*; porque no sólo el Padre, sino el único Dios, que es la misma Trinidad, ha dicho eso. Escucha el salmo donde se lee: *Tú, Señor en el principio creaste la tierra, y los cielos son obras de tus manos. Ellos perecerán. Tú, en cambio, permaneces. Y todos se gastarán como vestidos. Y como un manto los mudarás y serán mudados. Pero tú eres siempre el mismo, y tus años no se acaban* ²¹⁶. Que esto se refiere al Hijo de Dios lo atestigua la Sagrada Escritura en la carta a los Hebreos. ¿Quién no entiende donde dice: *Los cielos serán cambiados. Tú, en cambio, eres siempre el mismo*, que no significa otra cosa sino tú no te cambias? Por lo mismo, le conviene al Hijo de Dios decir: *Yo soy el que soy, y no he cambiado. O: Porque yo soy el Señor, y no cambio*. Lo cual tú has atribuido sólo al Padre por esto para que se creyera que el Hijo es mudable en su sustancia. ¡Como si hubiese tomado la naturaleza humana de modo que se cambiase en hombre! No borrarás tamaña blasfemia si no llegas a creer que en la ascensión de la naturaleza humana se ha añadido al Hijo lo que no era, pero en absoluto ha dejado o perdido nada de lo que era.

11. Ahora pregunto yo: ¿quién se apareció a Moisés en el fuego, cuando ardía la zarza y no se quemaba? Aunque también allí la Escritura declara que se apareció un ángel cuando dice: *Y se le apareció el ángel del Señor en la llama de fuego desde la zarza* ²¹⁷. ¿Quién va a dudar que Dios estuvo en el ángel? Pero ¿quién era ese Dios? ¿Era el Padre o era el Hijo? Tú vas a decir que era el Hijo, porque no quieres en modo alguno, ni siquiera por medio de la criatura obediente, que el Padre se haya aparecido a las miradas de los mortales. Pero cualquiera de ellos que elijas te responderé al uno y al otro. Si era el Padre, entonces el Padre se ha aparecido también a los hombres. Si era el que le enviaba, le respondió: *Yo soy el que soy* ²¹⁸. ¿Qué es esto sino decirle: Yo no soy mudable, según el texto profético que tú mismo has traído: *Yo soy el que soy, y no he cambiado?* ²¹⁹ Y nuevamente dijo a Moisés: *Yo soy el Dios de Abrahán, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob* ²²⁰. Atrévete, si puedes, a negar que el Dios de Abrahán, y de Isaac, y de Jacob es Dios Padre. Si no hablaba Él desde la zarza, hablaba el Hijo. Y si hablaba el Padre, confiesa entonces que el Padre también se ha aparecido a los hombres. Y si el uno y el otro es el Dios de Abrahán, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob, lo cual tú admites, ¿a qué dudas de que el uno y el otro son un solo Dios? Por cierto que Jacob es el mismo Israel, a cuyos hijos se dice: *Escucha, Israel, el Señor tu Dios es un solo Señor* ²²¹.

12. Por lo cual reconoce que es verdadero lo que te he dicho: que la divinidad se ha aparecido, cuando le plugo, a los ojos mortales, no en cuanto a su sustancia, en la cual Él es invisible e inmutable, sino por medio de la criatura sumisa a Él. Por tanto, yo no he dicho, como tú has querido hacerme decir o hacer decir a mis palabras, que la divinidad se hizo visible, cuando más bien había dicho que era invisible. Lo que sí he dicho es que, cuando la divinidad se manifestaba a los Padres, aparecía visible por medio de una criatura obediente. En efecto, hasta tal punto es invisible en su misma naturaleza, que el propio Moisés decía a Dios, con quien hablaba cara a cara: *Si he hallado gracia ante ti, manifiéstate a mí claramente* ²²². Eso es lo que he dicho. Reléelo, y encontrarás que digo verdad; y que, en cambio, tú no has querido o no has podido entender lo que yo he dicho.

Escúchame ahora, que voy a exponerte esto mismo algo más claramente. Yo digo que la divinidad del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo es invisible a los ojos mortales en su propia naturaleza y sustancia. En cambio, ¡lejos de mí el decir o afirmar que ella se cambia en formas visibles!, porque repito que ella es inmutable. La conclusión, por tanto, es que, cuando se ha manifestado, como le plugo, a las miradas humanas, lo hizo para que se entienda, por medio de una criatura obediente, que puede hacerse ver a los ojos mortales.

13. ¿A qué viene, habiéndolo ya discutido suficientemente, que, cuando has dicho del Padre que "Es el único invisible", tú has añadido "también el solo inabarcable e inmenso?" Por cierto, no leemos que Dios sea inabarcable. Ignoro en verdad por qué dices inabarcable. Porque si no puede ser abarcado, ¿cómo vienen al hombre no sólo el Hijo, sino también el Padre, como dice el mismo Hijo, y hacen su morada en él? Yo creo que Ellos son abarcados por aquel en quien Ellos hacen mansión. ¿Acaso se te ocurre decir que son abarcados no totalmente, sino en parte? Di lo que quieras, porque se te responderá: No son, pues, inabarcables aquellos que son al menos abarcables en parte. ¿Es por eso que a ti no te basta decir inabarcable, sino que has añadido también inmenso, para aclarar en qué sentido has dicho que es inabarcable? Es decir, ¿que la naturaleza humana no es capaz del todo, porque Él es inmenso? Ahora bien: otro tanto se puede decir también del Hijo. Porque nadie abarca al Verbo Unigénito de modo que se atreva a confesar que él es completamente capaz de Él. Tampoco nosotros dudamos en absoluto que Él es inmenso.

En realidad, yo te pregunto de quién entiendes lo que tú has escrito: "Es grande y no tiene fin; excelso e inmenso". Puesto que poco después se dice de Él: Este es nuestro Dios. Ningún otro será comparado a Él. Él encontró todo camino de la disciplina, y la dijo a Jacob su siervo y a Israel su amado. Después de eso apareció sobre la tierra, y convivió entre los hombres. Respóndeme: ¿quién es Él?, ¿quién es, repito, "grande y que no tiene fin; excelso e inmenso, que apareció, y convivió entre los hombres?" Tú te empeñas en que el Padre se apareció a los hombres por medio de su sustancia realmente invisible y no por medio de una criatura obediente. Tienes miedo de decir que es el Hijo, cuando oyes que "no tiene fin y es excelso e inmenso". Porque tú sostienes que el Padre solamente es inmenso. Tienes miedo de decir que es el Espíritu Santo, cuando oyes que "Él es nuestro Dios". Pues tú tampoco quieres que el Espíritu Santo sea Dios. ¿Qué vas a hacer? ¿Qué vas a responder, pobre hombre, que no quieres ser católico para confesar que aceptar que Cristo inmenso de tal modo apareció sobre la tierra en la forma de siervo y que convivió entre los hombres, no obstante la forma de Dios en la que permaneció invisible? "Él es nuestro Dios y ningún otro será comparado a Él". ¿Quién es el otro, fuera del anticristo, a quien la verdadera fe no cree verdadero Cristo, sino el error execrable de los judíos que lo difunde en vez del Cristo verdadero?

14. Si oras y pides, como confiesas, ser discípulo de las Escrituras divinas, considera los testimonios divinos que se refieren a nuestro debate. No vayas divagando por tantas cosas que no te sirven de nada. Elige prudentemente el callar, en vez de hablar inútilmente, cuando no encuentres qué responder a la evidencia de la verdad. Demuestras estar temiendo que te deje desnudo entre tus propios discípulos. ¡Ojalá que te revistas de Cristo, de tal modo que prefieras que tus discípulos lo sean más de Él que tuyos, porque a mí no me da pena, en cuanto me lo concede el Señor, trabajar para que tanto tú como tus discípulos seáis condiscípulos míos del único Maestro.

En cuanto a mi tratado, al que después de tanto tiempo sigues prometiendo que vas a responder, si lo vas a hacer como has respondido hasta ahora tanto a mis preguntas como a mis argumentos, estoy seguro de que no vas a responder nada. ¡Y, en cambio, no vas a callar para engañar del modo que sea a los hombres poco inteligentes!

En conclusión de todo esto que contigo he disputado como he podido, está bastante claro que es uno solo el poder del Padre, y del Espíritu Santo, que es una sola la sustancia, que es una sola la deidad, que es una sola la majestad, que es una sola la gloria, porque la misma Trinidad es nuestro solo Señor Dios, de quien se dijo: *Escucha, Israel: el Señor, Dios tuyo, es un solo Señor*²²³. Pero todo esto se dijo cuando el único Señor los conducía, y no hubo entre ellos un dios extraño. En realidad, también los conducía Cristo, al decir el Apóstol: *No tentemos a Cristo, como algunos de ellos lo tentaron*²²⁴. O Cristo

no es Dios, o Cristo es un dios extranjero. Aquí, pues, Dios es el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo, la Trinidad, que es un solo Dios, a quien, siendo uno, estamos obligados a servir con la servidumbre que únicamente se debe a Dios, cuando oímos: *Adorarás al Señor tu Dios, y a Él solo servirás* ²²⁵.

Así con esa servidumbre servimos a Cristo, de quien somos miembros, y al Espíritu Santo, de quien somos templos. Esta Trinidad, que es un solo Dios, dice: *Yo soy el Señor, y no hay otro fuera de mí* ²²⁶.

Así es Señor Cristo, a quien vosotros confesáis también Dios y Señor. También el Espíritu Santo es Señor de su casa, es decir, de su templo. Él es efectivamente el Espíritu del Señor, de quien se dice: *Pero el Señor es espíritu, y donde sopla el espíritu, allí hay libertad* ²²⁷.

Esta Trinidad es el Dios único, de quien dice el Apóstol: *No hay más Dios que uno solo* ²²⁸.

Cuando escucháis esto no os atrevéis a negar que el Unigénito es Dios. Este Dios, que es la Trinidad, dice: *Yo soy el que soy, y no he cambiado*. En efecto, no ha cambiado Cristo, a quien se dice: *Cambiarás los cielos; tú, en cambio, eres el mismo siempre* ²²⁹; o cambiará el Espíritu de la verdad, siendo inmutable la verdad, a la que el mismo Cristo da tanto honor que llega a decir: *Os conviene que yo me vaya. Porque si yo no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros* ²³⁰. Y: *Al que dijere una blasfemia contra el Hijo del hombre, le será perdonada. Pero al que la dijere contra el Espíritu Santo, no se le perdonará* ²³¹. Y después que dijo de sí mismo: *Mirad que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos* ²³², dijo de Él: *Que esté con vosotros eternamente* ²³³.

Si asientes pacíficamente a estos y otros testimonios semejantes, que es largo investigar y recoger del todo, llegarás a ser lo que dices, según tus peticiones y deseos: discípulo de las divinas Escrituras, para que todos nos alegremos de tu fraternidad.